

PRESA

ENCUADERNACIÓN

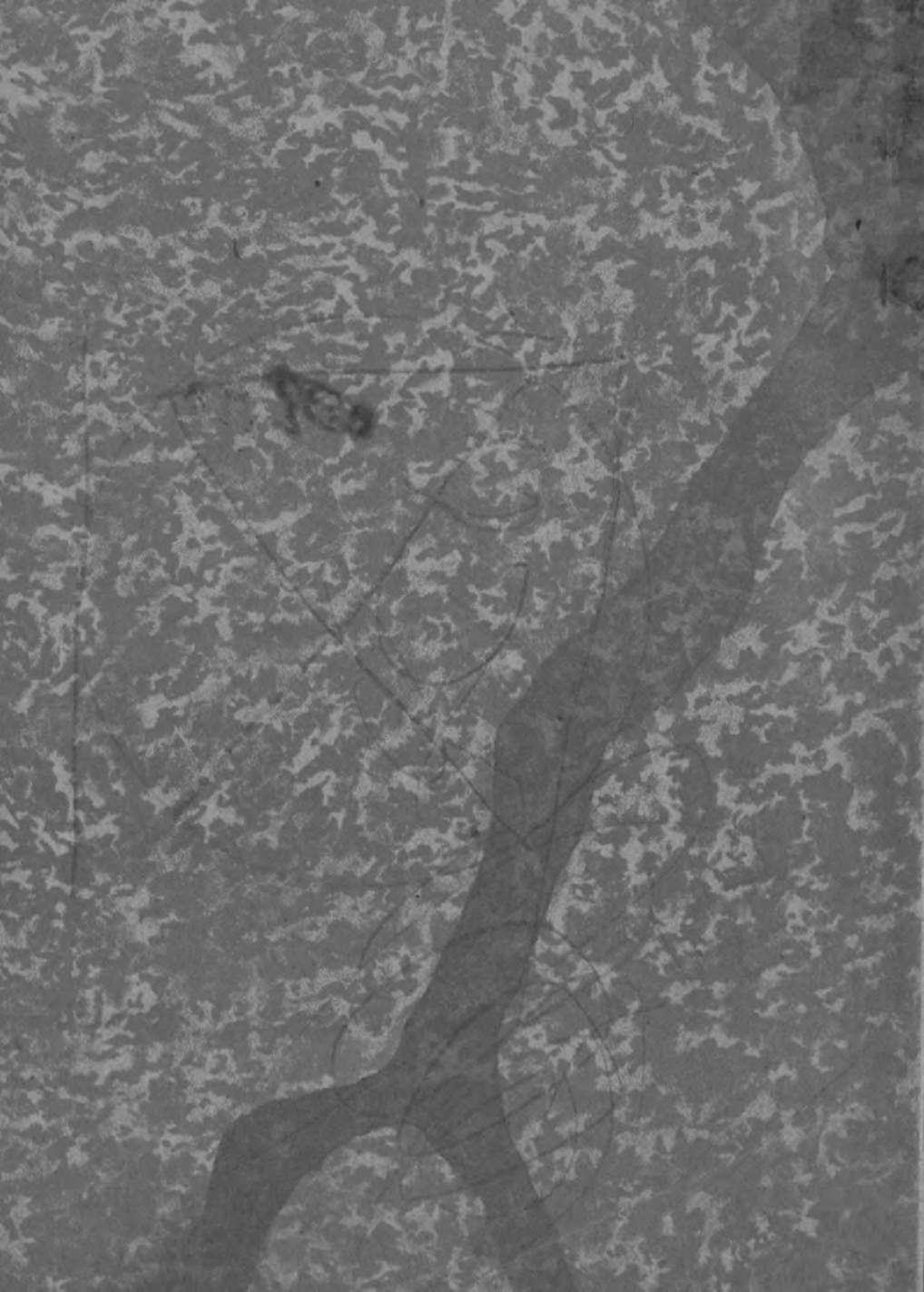
Calle RUIZ DE SALAZAR, núm. 22 (línea de
la Diputación Provincial).

Frente al nuevo Instituto.

LEÓN

IMP. MODERNA.-LEÓN

NRG





COLECCIÓN SELECTA DE TROZOS

Y

COMPOSICIONES EN PROSA Y VERSO

DE LOS

CLÁSICOS CASTELLANOS

OBRA DESTINADA A LOS EJERCICIOS PRÁCTICOS DE LECTURA
Y ANÁLISIS CASTELLANO

EN EL ESTUDIO DE ESTA ASIGNATURA

POR

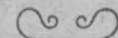
Felipe González Calzada

CATEDRÁTICO NUMERARIO

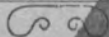
EN EL

Instituto de León

Natividad Rodríguez Fernández



Cuarta edición
notablemente aumentada



— 1917 —

Imp. Moderna y Encuadernación de Alvarez, Chamorro y C.
Cervantes, 3.—LEÓN

Esta obra es propiedad del colector,
quien se reserva todos los derechos que
la ley le concede.

Queda hecho el depósito correspon-
diente, y todos los ejemplares llevarán
una contraseña especial.

PROLOGO DE LA 1.^a EDICION

Hemos procurado reunir en este pequeño volumen algunos trozos selectos, tanto de los prosistas, como de los poetas castellanos, que han enriquecido nuestro idioma, con el fin de que sirvan a los alumnos de la asignatura de Castellano, para ejercitarse en la lectura de nuestros clásicos, fijándose en las bellezas y pureza de estilo que encierran, sirviéndoles al propio tiempo para los ejercicios prácticos de análisis gramatical.

No incluimos de cada autor sino pequeños trozos, con el fin de dar más variedad a la obra, y hemos puesto especial cuidado en que la elección resulte hecha del mejor modo posible, para que pueda reportar mayor utilidad al alumno, familiarizándole con el gusto de los buenos autores e instruyendo y educando su pensamiento.

Comprendemos la dificultad que encierra el poder hacer una buena colección de trozos literarios, dado lo complejo y variado de las materias tratadas por los diversos autores, y a procurar una selección lo más acertada posible, se han dirigido nuestros esfuerzos.

Si logramos que esta obrita sirva de alguna utilidad a los alumnos de Castellano, se verán colmados nuestros deseos.

MÁXIMAS Y PENSAMIENTOS DE VARIOS AUTORES

PARA SERVIR DE EJERCICIOS DE ANÁLISIS GRAMATICAL

No se metía el pastor en la consideración de los malos o buenos sucesos de la fortuna, ni en la mudanza y variación de los tiempos; no le pasaba por el pensamiento la diligencia y codicias del ambicioso cortesano, ni la confianza y presunción de la dama celebrada por solo el voto y parecer de sus aficionados. *Jorje de Montemayor.*

Fué tal el golpecillo, que me desatinó y sacó de sentido; y el jarrazo tan grande, que los pedazos dél se me metieron por la cara; rompiéndomela por muchas partes, y me quebró los dientes, sin los cuales hasta hoy día me quedé. *Hurtado de Mendoza.*

Mi amo nos mandó darle de beber, y así no pudo excusarse; pero jurésela, que me lo había de pagar; trújele la bebida en un vaso muy pequeño y penado, y el vino aguado, de manera que lo dejé casi con la sed. *Mateo Alemán.*

El que pierde caminando la verdadera senda, cuanto más se aleja, tanto más dificultosamente vuelve a cobrarla: el que hace costumbre en la ociosidad, tarde o nunca olvida los resabios que de ella se siguen. *Vicente Espinel.*

Y diciendo y haciendo, se entraron los dos, uno tras otro, pasando un zaguán, donde estaban algunos convalecientes pidiendo limosna para los que estaban furiosos. Llegaron a un patio cuadrado cercado de celdas pequeñas por arriba y por abajo, que cada una de ellas ocupaba un personaje de los sudichos. *Vélez de Guevara.*

Pero no sabemos de más, de que quedaron escritas y esculpidas aquellas dos colunas, una de piedra y otra de ladrillo: después acá todos los antiguos afirman que al principio los hombres no tenían papel ni pergamino, y que escribían en hojas de palma: y desto dura hasta hoy llamarse hojas las de los libros. *Pedro Mexía.*

En Tierra-firme y en las Islas, es árbol y fruta de mala fama; dicen que huelen a chinches y su sabor es muy grosero, y el efecto poco sano. En Santo Domingo y en aquellas islas hay montañas espesas de guayabos, y afirman que no había tal árbol cuando españoles arribaron allá, sino que llevado de no sé donde, ha multiplicado infinitamente. *P. José de Acosta.*

Yo con esto me comencé a afligir, y más me asusté cuando advertí que todos los que antes vivían en el pupilaje estaban como lesnas, con unas caras que parecía se afeitaban con diaquilón. *Quevedo.*

En el campo se crió, en el campo apacentaba su ganado y así no salían del campo sus pensamientos, hasta que el crudo amor tomó aquella posesión de su libertad, que él suele tomar de los que más libres se imaginan. *Jorje de Montemayor.*

Oye lo que con él nos pasó: entrósenos en casa a mediodía; cuando el embajador, mi amo, quería comer, y llegándose a él dijo ser un soldado natural de Córdoba, caballero principal della, y que tenía necesidad, y así le suplicaba se la favoreciese haciéndole merced. *Mateo Alemán.*

No hay cosa de que más te hayas de acordar que de aquellas en que has errado, por no tornar otra vez a caer en ello. Quien quiera puede errar, mas sólo el necio es el que persevera en el error. *Juan Luis Vives.*

Pues yo creo, dijo Cristilo, que los más que lo usan no son los buenos, sino los malos; los deshonestos callan, los adúlteros disimulan, los asesinos punto en boca, los ladrones entran con zapatos de fieltro y así todos los malhechores. *P. Baltasar Gracian.*

El monte excelso de la virtud está formado al revés de todos los demás montes. En los montes materiales son amenas las faldas, y ásperas las cimas: así como se va subiendo por ellos, se va disminuyendo la amenidad y creciendo la aspereza. El monte de la virtud tiene desabrida la falda y graciosa la eminencia. *P. Feijóo.*

La raíz de todos los males es el amor propio, así como la de todos los bienes es el amor de Dios; y así como el que a Dios ama no halla qué sufrir, porque no busca sino el querer de él, y en éste se deleita, así el que se ama halla todas las cosas ásperas y contrarias, y es atormentado con fatigas y diversidades de acaecimientos. *Juan de Avila.*

Las fuerzas morales son como las físicas; necesitan ser economizadas: los que a cada paso las prodigan, las pierden; los que las reservan con prudente economía, las tienen mayores en el momento oportuno. *Balmes.*

Con la cual región, si comparamos aqueste miserable desierto, es comparar el desasosiego con la paz, y el desconcierto, y la turbación, y el bullicio y disgusto de la más inquieta ciudad, con la misma pureza y quietud y dulzura. *Fr. Luis de León.*

Mas esta postrera vez, desta imagen que digo, me parece me aprovechó más; porque estaba ya muy desconfiada de mi, y ponía toda mi confianza en Dios. Paréceme, le dije entonces, que no me había de levantar de allí, hasta que hiciese lo que le suplicaba. *Santa Teresa de Jesús.*

Mas los mortales ignoran esta ciencia divina, porque desean que de la mano del Sumo Bien les vengan las consolaciones, deleites y premios terrenos y peligrosos; y los anteponen a los verdaderos y seguros. *Sor María de Jesús de Agreda.*

Como ambos querían ser más y mejor, y ninguno quería ser menos, determinaron hacer la prueba de cuál de los dos tendría más poder. *Fernán Caballero.*

Y si Grecia se admira de tantas victorias, hoy sentirá el rigor de vuestras espadas, que no supo conservar en su favor y defensa. *Moncada.*

Tuvieron al principio de su parte la justicia de las armas, y el cielo favoreció su causa con los primeros sucesos. *Solís.*

Todo está poblado, todo henchido de vida y sentimiento. ¿Qué digo henchido? La misma vida es alimento de la vida y los vivientes, de otros vivientes. *Jovellanos.*

Matarse por no morir es ser igualmente necio y cobarde. Es la acción más infame del entendimiento, por ser hija de tan ruines padres como son la ignorancia y el miedo. *Quevedo.*

Y con un muro que de repente a toda prisa levantaron, juntaron la parte de la ciudad que les quedaba, con el castillo. *Mariana.*

Trabajosa vida es la que pasamos y vivimos, señor mío, estos que somos escuderos de caballeros andantes: en verdad que comemos el pan en el sudor de nuestros rostros. *Cervantes.*

No puedo abrir mis ojos sin ver predicadores de tu alta sabiduría; ni puedo abrir mis ojos sin oír pregoneros de tu bondad: porque todo lo que hiciste me dice, Señor, quién eres. *P. Estella.*

Al que está parado, más peligros le aciertan; al que está quedado, quema más el sol; al ave que vuela, nunca tira el baladero; la parada y descuidada, es la que muere. *Mejía.*

De aquí se levantan grandes bandos, y de ellos la ruptura de la caridad del prójimo, y por lo tanto la imposibilidad de salvarse los hombres. *Venegas.*

El apetito tanto más tormento es para el alma, cuanto él es más intenso. De manera que tanto hay de tormento cuanto hay de apetito, y tantos más tormentos tiene, cuantos más apetitos la poseen. *San Juan de la Cruz.*

Y aun cuando calle la boca, sus ojos y el ardor de su rostro nos dicen su desesperada razón; porque lo que el corazón siente y lo que la lengua calla, lo vocea y pregona el semblante corajoso y de soberbia lleno. *Fr. Luis de León.*

No se repartían las presas en común; era de cada uno lo que tomaba; cada cual guardábalo como suyo. *Mendoza.*

Como el fuego que se hace al pie de un pino, a cualquier vientecillo que se levanta prende en el tronco y sube a la copa y de allí se va extendiendo la llama hasta tocar en lo que está más cerca, y uno y otro se arde todo el monte sin volver atrás. *P. Marquez.*

Si estuviera en mano humana dar vida como el quitarla; si hallase nueva invención y tan logrera arte la codicia, que vendiese la vida, los más avaros comprarían los años a peso de oro. *Nieremberg.*

Los hombres generosos y de altos pensamientos, siempre velan por alcanzar lo que desean, y siempre se desvelan por conservar lo que poseen. *Guevara.*

Los actos del amor con que se adquieren las virtudes son a Dios más agradables, que a los hombres las frescas mañanas. *San Juan de la Cruz.*

Detén, detén, Señor, la furia de mis pecados; manda a la tempestad que cese y a los vientos que no soplen, y dí a las ondas de mi perdición que estén quedas, y luego se hará gran bonanza en mi alma. *Malón de Chaide.*

No dejaré de rogaros como a padre y suplicaros como a señor, seáis manso en la conversación y medido en las palabras. *Guevara.*

Mis obras me deben mucho, pues que las dí el ser; mas débolas yo el no poder dejar de ser. Si las quemó, viviré por ellas, si muero por no quemarlas, viviré en ellas. *Quevedo.*

El secreto del gobierno del sol es inescrutable. Todo lo hace; todos ven que lo hace todo; véno lo hecho, y nadie lo ve hacer. *Cervantes.*

Cuando la luz de la fe entra en el alma ciega y sepultada en las tinieblas, la alumbra y hace que vea en un momento el suelo y el cielo. *Fr. Luis de León.*

Lo que ocupó el pie lo mantuvo el brazo y el ingenio: lo que pudo vencer con el arte, no lo remitió a la espada. *Saavedra.*

También él abreviaba el rezar y la mitad de la oración no acababa, porque me tenía mandado, que en yéndose el que la mandaba rezar, le tirase por cabo del capuz. *Hurtado de Mendoza.*

La salvación de la patria no está asegurada, y si nuestros enemigos venciesen, sé muy bien que mi sangre sería de las primeras que fuesen a enrojecer los patibulos. *Alcalá Galiano.*

Quisiera, Señor, quisiera ser indulgente y poderme contener: acaso mis palabras herirán con más calor que el conveniente el ministerio de templada severidad que ejerzo en nombre de la ley. *Meléndez Valdés.*

En cuanto al metro que más convenga a este género de composiciones, tengo también la desgracia de no estar completamente de acuerdo con alguno de nuestros modernos preceptistas. *Bretón de los Herreros.*

¿Qué caso puedo yo hacer de unos nobles fantasmones, que nada hacen toda la vida sino pasear calles, abultar corrillos y comer la hacienda que le dejaron sus mayores? *P. Feijóo.*

Acaso no está aún hallado el principio que ha de presidir a la grande obra de nuestra regeneración literaria, y nos agitamos a ciegas buscándole en una confusión parecida a la anarquía. *Pastor Díaz.*

La gracia del Espíritu Santo sea con vuestra merced y la dé fuerzas espirituales y corporales, para llevar tan gran golpe, como ha sido este trabajo. *Santa Teresa de Jesús.*

Agua en las aguas busca, y con la mano
El árbol fugitivo casi toca;
Huye el copioso Evidamo a su boca,
Y en vez de fruta toca el aire vano.

Juan de Arguijo

Ayer naciste, y morirás mañana,
Para tan breve ser ¿quién te dió vida?
¡Para vivir tan poco estás lucida,
Y para no ser nada estás lozana!

Góngora

No vine a este rigor por culpa ajena,
Yo dejé el ocio y paz en que vivía,
Y corrí al mal, corrí a la llama mía,
Y muero ardiendo en áspera cadena,

Francisco de Rioja

Vuelve, cuitada, vuelve al valle, donde
Queda muerto tu amor, en vano dando
Términos desdichados a tu suerte.
Morirás en su seno, reclinando
La beldad, que la cruda mano esconde
Delante de la nube de la muerte.

Francisco de la Torre

Por su cuerpo un deleite serpeaba,
Sus nervios suavemente entumeciendo,
Y el espíritu dentro resbalaba,
Grato sopor y languidez sintiendo.

Espronceda

Nubes de tempestad, que rompe el rayo
Y en fuego ornáis las desprendidas orlas,
Arrebatado entre la niebla oscura,
Llevadme con vosotras.

Becquer

Yo sé un himno gigante y extraño
Que anuncia en la noche del alma una aurora,
Y estas páginas son de ese himno
Cadencias que el aire dilata en las sombras.

Idem

Cuando en sombras la iglesia se envolvía,
De su ojiva calada,
¡Cuántas veces temblar sobre los vidrios
Vi el fulgor de la lámpara!

Idem

¡Qué hermoso es ver el día
Coronado de fuego levantarse,
Y a su beso de lumbre
Brillar las olas y encenderse el aire!

Idem

¡Estaba en un desierto! Aunque a mi oído
De las turbas llegaba el ronco hervir,
Yo era huérfano y pobre... ¡El mundo estaba
Desierto... para mí!

Idem

He envejecido, sí; ¡pese a mi estrella!
Harto lo dice ya mi afán doliente;
Que hay dolor que al pasar, su horrible huella
Graba en el corazón, si no en la frente.

Idem

Cayó sobre mi espíritu la noche;
En ira y en piedad se anegó el alma...
¡Y entonces comprendí por qué se llora,
Y entonces comprendí por qué se mata!

Idem

Despierta, hablas, y al hablar, vibrantes
Tus palabras, parecen
Lluvia de perlas que en dorada copa
Se derrama a torrentes.

Idem

Y sé que hay fuegos fátuos que en la noche
Llevan al caminante a perecer:
Yo me siento arrastrado por tus ojos,
Pero adonde me arrastran no lo sé.

Idem

—Niña: ¿por qué desvelada
Suspiras con tal empeño?
—El por qué, madre, no es nada;
Sólo me siento hostigada
Por las quimeras de un sueño.

Campoamor

¡Voy a morir! De nuestra vida escasa,
Pasa en engaños la primer mitad;
La otra mitad en desengaños pasa:
¡Nunca olvidéis esta cruel verdad!

Idem

¡Bella estación! Todo a gozar convida
Del placer sin medida...
—Mas ¿qué es eso que vuela?
—Una hoja que cae, y nos revela
La nada de las cosas de la vida.

Idem

La desgracia es precisa
Para grabar los hechos de la historia.
O se escribe con sangre nuestra gloria,
O la borra al pasar cualquiera brisa.

Idem

Al campo voy como a mi hogar primero,
Pues, al ir desde el valle hasta el otero,
De distancia en distancia,
El olor a tomillo y a romero
Me recuerdan las dichas de mi infancia.

Idem

Procura hacer, para apoyar la frente,
Un blando cabezal de la conciencia.
Para poder dormir tranquilamente
No hay un opio mejor que la inocencia.

Idem

Deja que miren mi vejez cansada
Esos ojos risueños,
Pues echa, sin quererlo, tu mirada
Un revoque al palacio de mis sueños.

Idem

Las Gracias fueron tres, sin duda alguna:
Pero desde hoy, el que lo diga miente.
Las Gracias eran tres antiguamente:
Después que esta nació ya no hay más que una.

Idem

¿Es sueño, o realidad, lo que he vivido?
No lo sé; pues yo que hablo, no estoy cierto
Si al juzgarme despierto, estoy dormido,
O al creerme dormido estoy despierto.

Idem

Yo suelo con tu nombre, niña hermosa,
Por más que el curso de mi edad avanza,
Hacer mi alma dichosa.
¡Sabe tan bien el pan de la esperanza
Que ya no me alimento de otra cosa!

Idem

Quise un día pintarte, en mi embeleso,
Blanca, este fuego que en mis venas arde;
Mas callé, porque vi que para eso
O yo nací muy pronto, o tú muy tarde.

Idem

No llores y hazte cargo
Que esa prenda querida
Al dejar esta vida,
Pasó de un sueño corto a un sueño largo.

Idem

No olvides que a Dios plugo
Curar con un deseo otro deseo.
Mata el verdugo al reo,
Y al verdugo después otro verdugo.

Idem

Toda cosa es nacida
Para tener un trágico destino,
Y girar y girar en remolino
En torno del sepulcro: esta es la vida.

Idem

¡Pensando en los adioses de aquel día
En llanto me deshago!
¡No puede describirte el alma mía
Los cien siglos de horror de un día aciago.

Idem

Aún tengo confianza
De que Dios me dará la fe perdida.
¡Bien haya el que ha inventado la esperanza
Que es la muerte el principio de otra vida!

Idem

Sí, aunque tierna y vivaz, aún eres pura,
No olvides el consejo que te ofrece
Esta eterna verdad de la Escritura:
«Todo el que ama el peligro en él perace»,

Idem

Aunque ve que le engañan con frecuencia,
No se quiere curar de su inocencia.

Idem

—¿Qué haremos cuando el cielo
Casas y templos con fragor derriba?
¿Qué haremos, preguntáis, almas de hielo?
¡Tener fe en la justicia de allá arriba!

Idem

Quando se abre la tierra estremecida,
El bueno reza, se resigna y muere;
Que es el único sabio en esta vida
El que sabe querer lo que Dios quiere.

Idem

Yo no sé en qué consiste
Que al verte tan feliz me siento triste.

Idem

Voy a decirte una verdad y es esta:
«No vale nuestra vida lo que cuesta».

Idem

Lo mismo que hace con los sueños míos,
Irás el tiempo robando tus quimeras:
Sin más que andar, los ríos
acaban por llevarse las riberas.

Idem

No deja verte bien ni un solo instante,
La inundación de luz de tu semblante.

Idem

No olvides ni un instante,
Que es quedarse detrás no ir adelante.

Idem

Hay Cresos que con ansia desmedida
Gastan la vida en apilar dinero,
Sin calcular primero
Que el oro vale menos que la vida.

Idem

No hay una luz más bella que la nube
Del humo del hogar que al cielo sube.

Idem

Cuando más desesperado
Voy del cielo a maldecir...
¡Bendigo a Dios, que me ha dado
La esperanza de morir!

Idem

Con más fe se soportara
La vida, si se pudiera
Llorar cuando se anhelara;
Morir cuando se quisiera.

Idem

Sufro poco, al recordar
Que ha de acabar mi sufrir;
Ni gozo, cuando al gozar,
Recuerdo que he de morir.

Idem

Sé que al morir, para alcanzar la gloria,
Limpió su corazón de tu memoria.

Idem

Como abuelo que a su niño
Lleva en brazos con cariño,
Rebosante de placer,
El silvestre, viejo austero
Lleva el trémulo cordero
que ha acabado de nacer.

Gabriel y Galán

Cruzan el cielo nubecillas ténues
Que parecen blanquísimas guedejas
Cortadas del vellón immaculado
Que dieron en Abril las corderuelas.

Idem

Y las alondras terrosas
Sus oídos, codiciosas,
Al dulce cantar abrieron,
Y sobre el surco posadas,
Con pupilas asombradas,
Pasar a Teresa vieron.

Idem

Descansa un rato, Teresa,
Que yo bien sé cuánto pesa
Lo que llevas en el pecho,
Y sé cómo caminamos
Cuando la carga llevamos
Hacia el contrario barbecho.

Idem

Una alondra feliz del pardo suelo
Fué la primera en presentir al día
Y loca de alegría
Al cielo azul enderezando el vuelo
Contábaselo al campo que aún dormía.

Idem

Cuchicheos de las brisas,
Melodías indecisas
Del tranquilo atardecer,
Aletazos de paloma,
Balbuceos del idioma
Que empieza el niño a aprender.

Idem

¡Nuestro Cristo es aquél! Nos lo legaron
los rudos patriarcas
Que vivieron con Él y a Él consagraron
Las nativas y fértiles comarcas.

Idem

Solita en el chozo
Se queda la niña
Mientras lleva el pastor las ovejas
A pacer por aquellas umbrías.

Idem

¡Quiero vivir! A Dios voy
Y a Dios no se va muriendo,
Se va al Oriente subiendo
Por la breve noche de hoy.

Idem

Nunca pusieron fin al triste lloro
Los pastores, ni fueron acabadas
Las canciones que sólo el monte oía,
Si mirando las nubes coloradas,
Al trasmontar del sol bordadas de oro,
No vieran que era ya pasado el día.

Garcilaso de la Vega

Un no rompido sueño,
Un día puro, alegre, libre quiero;
No quiero ver el ceño
Vanamente severo
De quien la sangre ensalza o el dinero.

Fray Luis de León

¡Ay! despertad, mortales;
Mirad con atención en vuestro daño:
¿Las almas inmortales
Hechas a bien tamaño
Podrán vivir de sombra, y solo engaño?

Idem

No he de callar, por más que con el dedo,
Ya tocando la boca, o ya la frente,
Silencio avises o amenazas miedo.

Quevedo

Lejos de mi sacrílega osadía:
Bástame que con plácido semblante
Aceptes, diosa, a mis anhelos pía,
Mi ardiente adoración.

Arjona

¡Ah! déjalos que gocen. Tu presencia
No turbe su contento;
Que es perpetua delicia su existencia
Y un siglo de placer cada momento.

Alberto Lista

Estremeciósese España
Del indigno rumor que cerca oía,
Y al grande impulso de su justa saña
Rompió el volcán que en su interior hervía.

Quintana

El aura respirad de la montaña,
Que vuelve al cuerpo laso
El perdido vigor, que a la enojosa
Vejez retarda el paso,
Y el rostro a la beldad tiñe de rosa.

Bello

Corres sereno y majestuoso, y luego
En ásperos peñascos quebrantado
Te abalanzas violento, arrebatado,
Como el destino irresistible y ciego.

Heredia

El alma libre, generosa y fuerte,
Viene, te ve, se asombra,
Menosprecia los frívolos deleites
Y aun se siente elevar cuando te nombra.

Idem

En vano ronco el mar alza sus montes
Y revienta a tus pies, do rebramante
Creciendo en blanca espuma, esconde y borra
El abrigo del puerto.

Duque de Rivas

Y aunque advertido procura
Disimular cual discreto,
A su noble rostro asoman
La aprobación y el contento.

Idem

Tú eres fuerza secreta que el mundo
En sus ejes impulsa a rodar,
Sentimiento armonioso y profundo
De los orbes, que anima tu faz.

Espronceda

Navega, velero mío,
Sin temor;
Que ni enemigo navío,
Ni tormenta, ni bonanza,
Tu rumbo a torcer alcanza,
Ni a sujetar tu valor.

Idem

A la voz de ¡barco viene!
Es de ver
Cómo vira y se previene
A todo trapo escapar;
Que yo soy el rey del mar,
Y mi furia es de temer.

Idem

¡Oh, dichosos mil veces, sí, dichosos
Los que podéis llorar! y ¡ay! sin ventura
De mí, que entre suspiros angustiosos
Ahogar me siento en infernal tortura.

Idem

Gocemos, sí, la cristalina esfera,
Gira bañada en luz: ¡bella es la vida!
¿Quién a parar alcanza la carrera
Del mundo hermoso que al placer convida?

Idem

Pero yo, que he pasado entre ilusiones,
Sueños de oro y de luz, mi dulce vida,
No os dejaré dormir en los salones
Donde al placer la soledad convida.

Zorrilla

Si es cierto lo que se espera,
Es un consuelo en verdad;
Pero siendo una quimera,
En tan frágil realidad
Quien espera desespera.

Idem

Tan galán como altanero
Dejó ver la escasa luz
Por bajo el arco primero
Un hidalgo caballero
En un caballo andaluz.

Idem

Tú empero que mi amor sigues doquiera
Cándida luna, en tu amoroso vuelo,
Tú eres la misma que miré en el cielo
De mi patria lucir.

Pastor Díaz

¿Ríes?... Juzga el volar cuando no vuelas...
¡Átomo harás del mundo que poseas
Y mundo harás del átomo que anheles!

Florentino Sanz

¡Pobre césped marchito! ¡Quién diría
Que el cantor de las flores en tu seno
Durmiera tan sin flores algún día!

Idem

Diéronte ajena tumba hados impíos...
¡Si ojos extraños la contemplan secos,
Hoy la riegan de lágrimas los míos!

Idem

No quiera Dios que en rimas insolentes
De mi pesar al mundo le dé indicios,
Imitando a esos genios imprudentes
Que alzan la voz para cantar sus vicios.

López de Ayala

Del aura dócil al impulso blando
La rubia mies en la llanura ondea;
Del dulce nido alrededor volando
La alondra gira y de placer gorjea.

Selgas

Y el sol que se reclina en Occidente
De su encendido manto se despoja,
Y en los blancos celajes del Oriente
Se pierde el rayo de su lumbre roja.

Idem

¿Qué sirve el esplendor, qué la opulencia,
La oscuridad, ni holgada medianía,
Si a sufrir el delito nos sentencia?

Ruiz Aguilera

Huya de las ciudades el que intente
Esquivar la batalla de la vida
Y en el ocio perderla muellemente.

Idem

Compadecer la desventura quiero
Del que, por no mirar la abierta llaga,
De su limosna priva al pordiosero.

Idem

¡Siempre luchar!... del hombre es el destino;
Y al que impávido lucha, con fe ardiente,
Le da la gloria su laurel divino.

Idem

Padecer es vivir; riego es el llanto
A quien la flor del alma, con su esencia
Debe perpétuo y virginal encanto.

Idem

¡Cuánta ilusión perdida en el vacío,
Y cuántos corazones anegados
En la amarga corriente del hastío.

Núñez de Arce

¡Libertad, libertad! No eres aquella
Virgen, de blanca túnica ceñida,
Que vi en mis sueños pudibunda y bella.

Idem

Su castigo en sus iras centellea
Pronto a estallar; que el rayo y el tirano
Hermanos son. ¡La tempestad los crea!

Idem

¡Con qué profundo amor, niño inocente,
Posternaba mi frente
En las losas del templo sacrosanto!
Llenábase mi joven fantasía
De luz, de poesía,
de mudo asombro, de terrible espanto.

Idem

¿Qué es la ciencia sin fe? Corcel sin freno,
A todo yugo ajeno,
Que al impulso del vértigo se entrega,
Y a través de intrincadas espesuras,
Desbocado y a oscuras
avanza sin cesar y nunca llega.

Idem

Yo engendré en la nocturna
Fiebre de mis pasiones primerizas,
Y hoy guardo en él, como en sagrada urna,
Del corazón las cálidas cenizas.

Querol

El débil numen que mi verso inspira
Nunca osó ambicionar más noble palma
Que traducir fielmente con la lira
La efusión de mi alma.

Idem

¡Padres míos, mi amor! ¡Cómo envenena
Las breves dichas el temor del daño!
Hoy presidís nuestra modesta cena,
Pero en el porvenir... yo sé que un año
Vendrá sin Noche-Buena.

Idem

Las lágrimas correr una tras una
Con noble orgullo por mi faz yo siento,
Pensando que hayan sido por fortuna,
Esas honradas manos mi sustento
y esos brazos mi cuna.

Idem

Si el vigor juvenil volver de nuevo
Pudiese a vuestra edad, ¿por qué estas penas?
Yo os daría mi sangre de mancebo,
Tornando así con ella a vuestras venas
Esta vida que os debo.

Idem

Ese plazo fatal, sordo, inflexible,
Miro acercarse con profundo espanto,
Y en dudas grita el corazón sensible:
—Si aplacar al destino es imposible,
¿Para qué amarnos tanto?

Idem

Pero en tanto, buen Dios, mi mejor palma
Será que prolonguéis la dulce calma
Que hoy nuestro hogar en su recinto encierra:
Para marchar yo solo por la tierra
No hay fuerzas en mi alma.

Idem

Estas pobres canciones que te consagro,
En mi mente han nacido por un milagro,
Desnudas de las galas que presta el arte,
Mi voluntad en ellas no tiene parte.

Balart

Desde que abandonastes nuestra morada,
De la mortal escoria purificada,
Transformado está el fondo del alma mía,
Y voces oigo en ella que antes no oía.

Idem

Obra tuya debe ser
Este cambio singular
Que no acierto a comprender:
Yo nunca supe cantar,
Y ahora canto sin saber.

Idem

Y estas tiernas emociones
Y dulces melancolías,
Origen de mis canciones,
¿Qué son, sino inspiraciones
Que tú del cielo me envías?

Idem

Tu cuerpo cubrí de flores,
Y te ceñí por corona
(¡Postrer don de mis amores!)
El velo de tu Patrona
La Virgen de los Dolores.

Idem

Santas inspiraciones que tú me envías,
Puedo decir, esposa, que no son mías:
Pensamiento y palabra de ti recibo;
Tú en silencio las dictas; yo las escribo.

Idem

Ya lo ves: las canciones que te consagro,
En mi mente han nacido por un milagro.
Nada en ellas es mío, todo es don tuyo:
Por eso a ti de hinojos, las restituyo.
¡Pobres hojas caídas de la arboleda,
Sin su verdor el alma desnuda queda!

Idem

Ya de mi amor la confesión sincera
Oyeron tus caladas celosías,
Y fué testigo de las ansias mías
La luna, de los tristes compañera.

Manuel del Palacio

Sólo tú mi secreto no conoces,
Por más que el alma con latido ardiente
Sin yo quererlo, te lo diga a voces.

Idem

Tu nombre dice el ave placentera
A quien visito yo todos los días,
Y alegran mis soñadas alegrías
El valle, el monte, la comarca entera.

Idem

El hombre honrado que a la tierra vino
Con noble corazón y suerte ingrata,
Se parece a un camino
Que al mismo que le pisa y le maltrata
Le señala su rumbo y su destino.

Idem

Yo en tanto silencioso y distraído
Acaso meditaba sin querer,
En ese mar profundo del olvido
Que no sabe los muertos devolver.

Idem

Y pasada la fiebre del combate,
Que yo tampoco olvido,
Algo conservo en mí que vibra y late
Y que matar los años no han podido.

Idem

Dan paso a los fulgores del sol resplandeciente
Calados rosetones y ojivos ventanales,
En que formara el arte mosaico transparente,
Uniendo y combinando polícronos cristales.

Sandoval

¡Qué trabajo me costó
El aprender a olvidar,
Cuando a quererte aprendí
Con tanta facilidad!

Díaz de Escobar

El gobernar es sufrir;
Dichas te dará el saber:
Más seguro es recurrir
A la ciencia que al poder.

Manuel Reina

Los envidiosos podrán
Al bueno en la sombra hundir;
Pero las nubes se van,
Y el astro vuelve a lucir.

Idem

¡A gozar, a reir! Luego puedes
Descansar en tu lecho de sándalo
Bajo el rico dosel de oro y púrpura.
¡Bebamos, bebamos!

Idem

Y al comparar aquel tiempo
De rosas, brisas y sol,
Con estos lúgubres días,
Se me parte el corazón.

Idem

Son los cantores del dolor, los genios
En cuyo llanto se bañó mi alma,
Que a visitarme vienen, y en las sombras,
Bañados de fulgores se destacan.

Idem

Las lágrimas que se lloran
Poco tiempo hacen sufrir.
¡Las malas son esas lágrimas
Que no llegan a salir!

— *Catarineu*

Llamó eterno a su querer,
Y hablaba con propiedad.
¡Todo lo que cansa pronto
Parece una eternidad!

Idem

Si son del tiempo al través,
Los siglos breves instantes,
Ante la eternidad es
Igual morir lustros antes
Que morir lustros después.

Sanmartín y Aguirre

Lágrimas nos costará,
Si volvemos a encontrarnos,
A ti lo que no me has dicho,
Y a mí lo que no he callado.

Díaz de Escobar

El cantar que más prefiero
Ese no le canto a nadie,
Que en el corazón lo guardo
Y del corazón no sale.

Idem

El vino, como el querer
Muchas veces nos engaña;
Pues se bebe sin sentirlo
Y después nos emborracha.

Idem

Pronto, madre mía,
Sé que has de dejarme,
Sé que has de ir muy lejos, donde ya más nunca
Tornés del viaje.

Salvador Rueda

Nunca, oh, Señor, como en la edad presente,
De su grandeza material ufana,
El desamparo y soledad que siente
Ha sentido tal vez la raza humana.

Ferrari

COMPOSICIONES EN PROSA

Alfonso X el Sabio

Estoria de Espanna o Crónica general

E otrosí Espanna es bien abundada de mieses e deleitosa de frutas, viciosa de pescados, sabrosa de leche e de todas las cosas que se de ella fazen. e llena de venados e de caça, cubierta de ganados, loçana de cavallos, provuechosa de mulos e segura e abastada de castiellos, alegre por buenos nipos, folgada de abundamiento de pan, rica de metales de plomo e de estanno, e de argen vivo, e de fierro, e de arambre, e de plata, e de oro, e de piedras preciosas, e de toda manera de piedra mármol, e de sales de mar, e de salinas de tierra, e de sal de penas, e de otros veneros muchos de azul e almagra, greda e alumbre, e otros muchos de cuantos se fallan en otras tierras... E sobre todas Espanna es abundada en grandeza, mas que todas preciada por lealtad. ¡O, Espanna! Non ha ninguno que pueda contar tu bien.

Crónica general

Fragmento del Prólogo

E por end Nos don Alfonso, por la gracia de Dios, rey de Castiella, de Toledo, de León, de Gallizia, de Seuilla, de Cordoua, de Murcia de Jahen et dell Algarue, ffiijo del muy noble rey don Ffernando et de la reina donna Beatriz, mandamos ejecutar quantos libros podemos auer de istorias, en que alguna cosa contassen de los fechos de Espanna et tomamos de la crónica del Arçobispo don Rodrigo, que fizo por mandado del rey don Ffernando nuestro padre, et de la de Maestre Luchas, obispo de Tuy, et de Paulo Orosio, et del Lucano, et de Sant Esidro el primero, et de Sant Alfonso, et de Sant Esidro el mancebo, et de Idacio, Obispo de Gallizia, et de Sulpicio. Obispo de Gasconna, et de los otros escriptos de los Concilios de Toledo, et de don Jordan, chanceller del Santo Palacio, et de Claudio Tholomeo, que departió del cerco de la tierra,

mejor que otro sabio fasta la su razon, et de Dion que escriou uerdadera la estoria de los godos, et de Pompeyo Trogo, et dotras estorias de Roma las que pudimos auer que contassen algunas cosas del fecho de Espanna, et compusiemos este libro de todos los fechos que fallar se pudieron della, desdel tiempo de Noe fasta este nuestro. Et esto ficiemos porque fuese sabudo el comienzo de los espannoles...

Del Código de las Siete Partidas

Partida primera.—Ley IV y siguientes

Ley tanto quiere decir como leyenda en que yace enseñanza e castigo escripto que liga e apremia la vida del home, que no faga mal, e muestra, e enseña el bien que el home debe facer, e usar; e otrosí es dicha ley, porque todos los mandamientos della deben ser leales, e derechos, e cumplidos segun Dios e segun justicia.

Las virtudes de las leyes son en siete maneras; La primera es crear. La segunda, ordenar las cosas. La tercera, mandar. La cuarta, ayuntar. La quinta, galardonear. La sexta, vedar. La setena, escarmentar. Onde conviene, quel que quisiere leer las leyes de este nuestro libro, que pare en ellas bien mientes; e que las escodriñe, de guisa que las entienda: ca si las bien entendiere fallará todo esto que diximos, e venirle han ende dos provechos. El uno que será más entendido; et otro que se aprovechará mucho dellas. E segun dixeron los sabios, el que lee las escripturas, e non las entiende, semeja que las desprecia. E otrosí es atal, como el que sueña la cosa, e cuando despierta no la falla en verdad.

Tomadas fueron estas leyes de dos cosas: la una, de las palabras de los Santos, que fablaron espiritualmente lo que conviene a la bondad del home, e salvamiento de su alma. La otra, de los dichos de los sabios que mostraron las cosas naturalmente: que es para ordenar los fechos del mundo, de como se fagan bien, e con razón. E el ayuntamiento de estas dos maneras de leyes han tan gran virtud, que aducen cumplido ayuntamiento al cuerpo, e al alma del home. E por ende el que las bien sabe, e entiende, es home cumplido, conociendo lo que ha menester para pro del alma e del cuerpo.

Pedro López de Ayala

Crónica del reinado de Pedro I de Castilla

CAPÍTULO VIII

E así como allí llegó, descavalgó del caballo ginete en que venía, dentro en la posada de mosén Beltrán, e dixo a mosén Beltrán: Cavalgad, que ya es tiempo que vayamos. E non le respondió ninguno, porque ya lo avían fecho saber al Rey don Enrique cómo el Rey don Pedro estaba en la posada de mosén Beltrán. Quando esto vió el Rey don Pedro dubdó, e pensó que el fecho iba mal, e quiso cavalgar en su cavallo ginete en que avía venido; e uno de los que estaban con mosén Beltrán travó dél e dioxle: Esperad un poco. E tóvose, que non le dexó partir. E venían con el Rey don Pedro esa noche don Fernando de Castro, e Diego González de Oviedo, fijo del Maestre de Alcántara, e Men Rodríguez de Sanabria, e otros. E luego que allí llegó el Rey don Pedro e le detuvieron en la posada de mosén Beltrán, como dicho avemos, sópolo el Rey don Enrique, que estaba ya apercebido e armado de todas sus armas, e el bacinete en la cabeza, esperando este fecho. E vino allí armado, e entró en la posada de mosén Beltrán: e así como llegó el Rey don Enrique, travó del Rey don Pedro. E él non le conocía ca avía grand' tiempo que non le avía visto: e dicen que le dixo un Caballero de los de mosén Beltrán: Catad que este es vuestro enemigo.

Infante D. Juan Manuel

Del libro del Patronio o el Conde de Lucanor

EXEMPLO IV

De lo que dijo un genovés a su alma
cuando se quería morir

Un día fablaba el conde Lucanor con Patronio, su consejero, et contábale su hacienda en esta manera: «Patronio, yo tengo, loado sea Dios, mi hacienda asaz en buen estado et en paz, et todo lo que me cumple según mis vecinos, et mis iguales,

et por ventura más. Et algunos conséjanme que comience un fecho de muy grand aventura et muy peligroso, et yo he muy grand voluntad de facer aquello que me aconsejan; pero por la fianza que en vos he non lo quis comenzar fasta que fablase convusco et vos rogase que me consejásedes lo que en ello ficiese.»

«Señor conde Lucanor, dijo Patronio, para que vos fagades en este fecho lo que vos más cumple, plazerme hia que supiésedes lo que contesció a un genovés». Et el conde le rogó quel dijiese cómo fuera aquello, et Patronio le dijo: «Señor conde Lucanor; un genovés era muy rico et muy andante, según sus vecinos, et aquel genovés adolesció muy mal, et de que entendió que non podía escapar de la muerte, fizo llamar a sus parientes et a sus amigos, et de que todos fueron con él, envió por su mujer et por sus fijos, et asentóse en un palacio muy buono donde parecía la mar et la tierra, et fizo traer ante sí todo su tesoro et todas sus joyas: et desque todo lo tuvo ante sí, comenzó en manera de trebejo a fablar con su alma en esta guisa: «Alma, yo veo que tú te quieres partir de mí, et non sé por qué lo faces; ca si tú quisieres mujer et fijos, bien los vees aquí delante; tales de que te debes tener por pagada; et siquieres parientes et amigos, vees aquí muchos et muy buenos et muy honrados; et si quieres muy grand tesoro de oro, et de plata, et de piedras preciosas, et de joyas, et de paños, et de mercaderías, tú tienes aquí tanto dello que te non face mengua mas: si tú quieres naves et galeras que te ganen et te traigan grand haber et muy grand honra, veslas aquí donde están en la mar, que parescen desde mi palacio; et si quieres muchas heredades et huertas muy fermosas et muy deleitosas, veslas do parescen destas finiestas; et si quies caballos, et mulas, et canes para cazar et tomar plazer, et joglares para te facer alegria et solaz, et muy buena posada, mucho apostada de camas et de estrados et de todas las otras cosas que son y menester, de todas estas cosas a ti non mengua nada; et pues tú has tanto bien en non te tienes por pagada nin puedes sufrir el bien que tienes, et con todo esto non quieres así fincar, et quieres buscar la que non conoces, de aquí adelante ve con la ira de Dios, et será muy nacio qui de ti se doliere por mal que te venga.»

Bachiller Alfonso de la Torre

De la Visión Delectable

Avisos y consejos que da la Templanza sobre la intemperancia y apetitos de los hombres

No trabaxes como allegues riquezas supérfluas, que son causa de tristezas e trabaxos; mas trabaxa como no seas mendigo ni puesto en necesidad grande: que la pobreza extrema aborrecida es de la condición humana. E así, seyendo contento de lo tuyo, no avrás envidia ni procurarás lo ageno. No fuyas todas las delectaciones como insensible e rústico, ni las persigas como intemperado. De las palabras torpes abstenerse has cá el su uso intemperancia engendra. Ama las palabras honestas e verdaderas mas que apartadas e afeytadas: mira lo que dices e la manera del decir. Lo que sabes enséñalo sin jactancia; e lo que no sabes confiésalo sin vergüenza... Guárdate de lisonjeros, ni quieras por lisonjas merecer la amistad de ninguno: guárdate de la compañía de los viles: alégrate quando desplaces a los malos y piensa que es tan malo alabarte los torpes como si te alabasen de torpeza. Amostrará de grado: reprenderás con paciencia. Non seas audaz nin presuntuoso. Si alguno te reprende debidamente, piensa que aprovechó, si indebidamente, sabe que pensó aprovechar. Fuye de tus vicios, e non seas curioso inquiridor de los agenos, ni aspero reprehendedor. Al que yerra perdona de grado. No ensalces sobre mesura a ninguno, ni lo abaxes... Al que te llama, óyele, e respóndele de grado: al que entiende déxalo luego. No seas modesto en las plazas, e intemperado en tu casa. Sey movible e non ligero; sey constante, e no pertinaz o porfioso. A todo hombre serás igual. No menospreciarás a los menores con soberbia, ni temerás o los mayores con la rectitud de la vida... A todos sey benigno; a pocos familiar, no a ninguno doblado. Sey más profundo en el juicio que aparente en la palabra: y mejor en la vida que en la cara. Sey amador de la clemencia e perseguidor de la crueldad. No seas sembrador de tu fama, ni retrahedor de la agena: no creas las suspiciones ni los crímenes, ni las nuevas vanas.

Rodrigo de Cota y Fernando de Rojas

De "La Celestina," tragicomedia de Calisto y Melíbea

Celestina. ¿De qué te santiguas, Sempronio? Creo que en verme.

Sempronio. Yo te lo diré: la rareza de las cosas es madre de la admiración, la cual admiración concebida en los ojos, descende al ánimo por ellos; el ánimo es forzado descubrillo por estas exteriores señales. ¿Quién jamás te vido por la calle, abajada la cabeza, puestos los ojos en el suelo, y no mirar a ninguno como agora? ¿Quién te vido hablar entre dientes por las calles, y venir aguijando, como quien va a ganar beneficio? Cata, que toda esta novedad es para se maravillar quien te conoce. Pero esto dejado, dime por Dios, ¿con qué vienes? Dime si tenemos hijo o hija; que desde que dió la una te espero aquí, y no he sentido mejor señal que tu tardanza.

Celestina. Hijo, esa regla de bobos no es siempre cierta, que otra hora me pudiera más tardar y dejar allí las narices, y otras dos, narices y lengua; así que, mientras más tardara más caro me costase.

Sempronio. Por amor mío, madre, no pases de aquí sin me lo contar.

Celestina. Sempronio amigo, ni yo me podría parar, ni el lugar es aparejado. Vente conmigo delante Calisto, oirás maravillas; que será desflorar mi embajada comunicándola con muchos. De mi boca quiero que sepa lo que se ha hecho, que aunque hayas de haber alguna partecilla del provecho, quiero yo todas las gracias del trabajo.

Sempronio. ¿Partecilla, Celestina? Mal me parece esto que dices.

Celestina. Calla, loquillo, que parte o partecilla, cuanto tú quieres te daré. Todo lo mío es tuyo: gocémonos y aprovechémonos, que sobre el partir nunca reñiremos. Y también tú sabes cuánta más necesidad tienen los viejos que los mozos, mayormente tú, que vas a mesa puesta.

Vicente Espinel

Vida del escudero Marcos de Obregón

Estaba un caballero portugués, amigo mío, haciéndose la barba con un mal oficial, que con mala mano y peor navaja le rapaba, de manera que le llevaba los cueros del rostro. Alzó el suyo el portugués, y le dijo: Señor barbero, si desfollades, desfollades dulcemente: mais si rapades, rapades moito mal. Estando un amigo mío y yo a la puerta de una iglesia, que se llama Omnium Sanctorum, pasó un caballero portugués, con seis pajes y dos lacayos muy bien vestidos a la castellana y quitándose la gorra a la Iglesia, quitámosela nosotros a él usando de cortesía. Volvió como afrentado y me dijo: Ollai senhor castillano, non vos tirei a vos a barreta, se naon a o Santísimo Sacramento. Dije yo: Pues yo se la quité a vuesa merced. Compungido de esta respuesta dijo el portugués: Ainda vos a tirei a vos, sennor castillano. Venía por la calle del Atambor un portugués con un castellano, y como el portugués iba enamorando las ventanas, no vió un hoyo donde metió los pies y se tendió de bruces. Dijo el castellano: Dios te ayude; y respondió el portugués: Ya naon pode.

Fernán Pérez de Oliva

De la dignidad del hombre

Antonio. Sobre el hombre es nuestra contienda; que Aurelio dice ser cosa vana y miserable, y yo soy venido a defenderlo, y queremos te rogar tú seas nuestro juez, a quien todos con mucha razón acatan por sabio principal.

Dinarco. Yo quisiera ser merecedor de la estima en que me tenéis, por cumplir vuestra voluntad como deseo; pero de cualquiera manera que sea, yo y estos mis amigos holgaremos de oír tan buena disputa. Y yo confío tanto de vuestros ingenios y saber, que no se os esconderán las razones que para esta contienda hobiéredes menester, de donde yo pienso quedar tan instruído, que habré cobrado aviso para no errar en la sentencia.

Antonio. Pues tú nos muestras la manera que debemos tener en esta disputa.

Dinarco. Porque no se confundan vuestras razones me parece que cada uno diga por sí su parecer entero. Tú, Aurelio, dirás primero, y después te responderá Antonio: y así guardaréis la forma de los antiguos oradores, en cuyas contiendas el acusador era el primero que decía y después el defensor.

Aurelio. Pues vosotros os sentad en esos céspedes; y yo en ese tronco sentado, os diré lo que me parece.

Dinarco. Sentaos todos, de manera que podáis tener reposo.

Fray Luis de Granada

De "La Guía de Pecadores,"

¿Pues qué será juntar con esto toda esta mesa tan rica y tan abundosa del mundo que crió este Señor para tu servicio? Todo cuanto hay debajo del cielo, o es para el hombre, o para cosas de que se ha de servir el hombre. Porque si él no come el mosquito que vuela por el aire, cómelo el pájaro de que él se mantiene. Y si él no paca la yerba del campo, pácela el ganado de que él tiene necesidad. Tiende los ojos por todo ese mundo, y verás cuán anchos y espaciosos son los términos de tu hacienda, y cuán rica y abundosa tu heredad. Lo que anda sobre la tierra, y lo que nada en las aguas, y lo que vuela por el aire, y lo que resplandece en el cielo tuyo es. Ca todas esas cosas son beneficios de Dios, obras de su providencia, muestras de su hermosura, testimonios de su misericordia, centellas de su caridad y predicadores de su largueza. Mira cuántos predicadores de su largueza. Mira cuántos predicadores te envía Dios para que le conozcas. Todas cuantas cosas hay (dice S. Agustín) en el cielo y en la tierra me dicen, Señor, que te ame; y no cesan de decirlo a todos, porque nadie se puede excusar.

¡Oh si tuvieses oídos para entender las voces de las criaturas! sin duda verías cómo todas ellas a una te dicen que ames a Dios. Porque todas ellas callando dicen que fueron criadas para tu servicio, porque tú amases y sirvieses por ti y por ellas al común Señor. El cielo dice: yo te alumbro de día y de noche con mis estrellas, porque no andes a oscuras; y te envío diversas influencias para criar las cosas, porque no mueras de hambre. El aire dice: yo te doy aliento de vida, y te refresco y templo el calor de las entrañas, para que no te consuma y tengo en mí muchas diferencias de aves, para que deleiten tus ojos con su hermosura y tus oídos con su canto, y tu paladar con su sabor.

Luis Vélez de Guevara

El Diablo Cojuelo

Y diciendo y haciendo, se entraron los dos, uno tras otro, pasando un zaguán, donde estaban algunos convalecientes pidiendo limosna para los que estaban furiosos. Llegaron a un patio cuadrado cercado de celdas pequeñas por arriba y por abajo, que cada una de ellas ocupaba un personaje de los sudichos. A la puerta de una de ellas estaba un hombre muy bien tratado de vestido, escribiendo sobre la rodilla, y sentado en una banqueta, sin levantar los ojos del papel, y se había sacado uno con la pluma sin sentirlo. El Cojuelo le dijo: Aquél es un loco arbitrista, que ha dado en decir que ha de hacer la reducción de los cuartos, y ha escrito sobre eso más hojas de papel que tuvo el pleito de D. Alvaro de Luna. Bien haya quien le trajo a esta casa, dijo D. Cleofás, que son los locos más perjudiciales de la república. Esotro que está en esotro aposento, prosiguió el Cojuelo, es un ciego enamorado, que está con aquel retrato de su dama en la mano y aquellos papeles que le ha escrito, como si pudiera ver lo uno, ni leer lo otro y da en decir que ve con los oídos. En esotro aposentillo, lleno de papeles y libros, está un gramático, que perdió el juicio buscándole a un verbo griego el gerundio. Aquél que está a la puerta de esotro aposentillo, con unas alforjas al hombro y en calzón blanco, le han traído, porque siendo cochero, que andaba siempre a caballo, tomó el oficio de correo de a pie. Esotro que está en esotro de más arriba con un halcón en la mano, es un caballero que, habiendo heredado mucho de sus padres, lo gastó todo en la cetrería, y no le ha quedado más que aquel halcón en las manos, que se las come de hambre.

Jorje de Montemayor

La Diana

Después que hubieron cantado, dijo la una, que Dorida se llamaba: Cintia ¿es esta la ribera a donde un pastor llamado Sireno, anduvo perdido por la hermosa pastora Diana? La otra le respondió: Esta sin duda debe ser; porque junto a una fuen-

te, que está cerca de este prado, me dicen que fué la despedida de los dos, digna de ser para siempre celebrada, según las amorosas razones que entre ellos pasaron. Cuando Sireno esto oyó, quedó fuera de sí, en ver que las tres ninfas tuviesen noticias de sus desventuras. Y prosiguiendo Cintia dijo: Y en esta misma ribera hay otras muy hermosas pastoras y otros pastores enamorados, adonde el amor ha mostrado grandísimos efectos, y algunos muy al contrario de lo que se esperaba. La tercera, que Polidora se llamaba, le respondió: Cosa es esa de que yo no me espantaría, porque no hay suceso en amor, por avieso que sea, que ponga espanto a los que por estas cosas han pasado. Mas dime. Dorida, ¿cómo sabes tú de esa despedida? Sólo, dijo Dorida, porque al tiempo que se despidieron junto a la fuente que digo, lo oyó Celio, que desde encima de un roble les estaba acechando, y la puso toda al pie de la letra en verso, de la misma manera que ella pasó; por eso si me escuchais, al son de mi instrumento pienso cantalla.

Santa Teresa de Jesús

Del libro "Exclamaciones del alma a su Dios,,"

I

¡Oh vida, vida! ¿Cómo puedes sustentarte estando ausente de tu Vida? En tanta soledad en qué la empleas? ¿Qué baces, pues todas tus obras son imperfectas y faltas? ¿Qué te consuela oh ánima mía, en este tempestuoso mar? Lástima tengo de mí, y mayor del tiempo que no viví lastimada. ¡Oh Señor, que vuestros caminos son suaves! Mas ¿quién caminará sin temor? Temo de estar sin serviros, y cuando os voy a servir, no hallo cosa que me satisfaga, para pagar algo de lo que debo. Parece que me querría emplear todo en esto, y cuando bien considero mi miseria, veo que no puedo hacer nada que sea bueno si no me lo dáis Vos. ¡Oh Dios mío, misericordia mía! ¿qué haré para que no deshaga yo las grandezas que Vos hacéis conmigo? Nuestras obras son santas, son justas, son de inestimable valor, y con gran sabiduría, pues la misma sois Vos, Señor. Si en ella se ocupa mi entendimiento, quéjase la voluntad, porque querría que nadie le estorbase a amaros; pues no puede el entendimiento en tan grandes grandezas alcanzar quién es su Dios, y deséale gozar, y no ve cómo puesta en cárcel tan penosa como esta mortalidad. Todo lo estorba,

aunque primero fué ayudada en la consideración de vuestras grandezas, a donde se hallan mejor las innumerables bajezas mías.

Carta a Fray Luis de Granada

La gracia del Espíritu Santo sea siempre con vuestra paternidad, amén. De las muchas personas que aman en el Señor a vuestra paternidad; por haber escrito tan santa y provechosa doctrina, y dan gracias a su Magestad, y por haberle dado a vuestra paternidad para tan grande y universal bien de las almas, soy yo una. Y entiendo de mi, que por ningún trabajo hubiera dejado de ver a quien tanto me consuela oír sus palabras, si se sufriera conforme a mi estado, y ser mujer. Porque sin esta causa, la he tenido de buscar personas semejantes, para asegurar los temores, en que mi alma ha vivido algunos años. Y ya que esto no he merecido, heme consolado de que el señor Don Teotonio me ha mandado escribir ésta; a lo que yo no hubiera atrevimiento. Mas fiada en la obediencia, espero en nuestro Señor me ha de aprovechar, para que vuestra paternidad se acuerde alguna vez de encomendarme a nuestro Señor; que tengo de lo gran necesidad, por andar con poco caudal, puesta en los ojos del mundo, sin tener ninguno para hacer de verdad algo de lo que imaginan de mí.

Entender vuestra paternidad esto, bastaría a hacerme merced y limosna; pues tan bien entiende lo que hay en él, y el gran trabajo que es, para quien ha vivido una vida harto ruin. Con serlo tanto, me he atrevido muchas veces a pedir a nuestro Señor la vida de vuestra paternidad sea muy larga. Plegue a su Magestad me haga esta merced, y vaya vuestra paternidad creciendo en santidad y amor suyo. Amén.

Indina sierva y súdita de vuestra paternidad. Teresa de Jesús, carmelita.

El señor don Teotonio, creo es de los engañados en lo que me toca. Díceme quiere mucho a vuestra paternidad. En pago de esto, está vuestra paternidad obligado a visitar a su señoría, no se crea tan sin causa.

El P. Pedro de Ribadeneyra

Tratado de la tribulación

Cualesquiera de nuestros sentidos y potencias se deleita con su objeto propio y proporcionado, y se entristece cuando

el objeto le es contrario y desconveniente. El ojo naturalmente se alegra con la vista de cosas lindas, y el oído con la música concertada, y el gusto con los manjares sabrosos, y el olfato con los olores suaves; y al revés, reciben pena estos sentidos cuando lo que se ve es triste, y lo que se gusta es desabrido y lo que se oye y se huele es desagradable e insuave. Lo mismo podemos decir en los demás sentidos y potencias, interiores y exteriores, y aquella pena y aflicción que reciben, o con el objeto contrario, o con la falta y deseo de su propio y conveniente objeto, llamamos tribulación; y llámase de tribulo, voz latina, que es una yerba aguda y espinosa, que en castellano llamamos abrojo, porque es como él, espina y lastima. Otros derivan este nombre de tribulación de tribula, que en latín es lo que nosotros llamamos trilla, instrumento bien conocido de los labradores, con la cual en la era se trillan y apuran las mieses. Porque, así como la mies se aprieta y quebranta con la trilla, y se despide la paja y queda limpio y mondo el grano, así la tribulación, apretándonos y quebrantándonos, nos doma y humilla, y nos enseña a apartar la paja del grano y lo precioso de lo vil, y nos da luz para que conozcamos lo que va de cielo a tierra y de Dios a todo lo que no lo es.

El P. Luis de la Palma

Camino espiritual

Mas para sufrir las adversas, es en primer lugar la paciencia, a la cual pertenece moderar la tristeza que suelen causar los males de esta vida, como son enfermedades, pobreza, deshonoras, contradicciones, persecuciones y muertes de personas conjuntas en sangre o en amistad y cosas semejantes. Moderar la tristeza que resulta de estas cosas adversas, de manera que no exceda los límites de la razón, esto es paciencia; también lo es gobernarse en estas ocasiones de manera que no se dé muestra o significación de ánimo flaco o vencido con el peso de la tribulación, ni se vea en el hombre exterior cosa que no sea de corazón esforzado y varonil. Y si estos males duran por mucho tiempo, y el remedio se dilata, así como se añade nueva dificultad por la largueza del tiempo, así es menester nueva virtud que alargue el ánimo y le haga igual, no sólo a la grandeza del mal, sino a la duración de él, y esta llamamos longanimidad. De esta manera queda nuestro espíritu bien armado con la virtud de la fortaleza, así para sufrir las cosas adversas, como para emprender las dificultosas.

Fray Luis de León

De los nombres de Cristo

LIBRO PRIMERO

Era por el mes de Junio, a las vueltas de la fiesta de San Juan al tiempo que en Salamanca comienzan a cesar los estudios cuando Marcelo, el uno de los que digo (que así le quiero llamar con nombre fingido, por ciertos respetos que tengo, y lo mismo haré a los demás), después de una carrera tan larga, como es la de un año en la vida que allí se vive, se retiró, como a puerto sabroso a la soledad de una granja que, como vuestra merced sabe, tiene mi monasterio en las riberas del Tormes; y fuéronse con él, por hacerle compañía y por el mismo respeto, los otros dos. Adonde habiendo estado algunos días, acontenció que una mañana, que era del día dedicado al apóstol San Pedro, después de haber dado al culto divino lo que se le debía todos tres juntos se salieron de la casa a la huerta que se hace delante della. Es la huerta grande, y estaba entonces bien poblada de árboles, aunque puestos sin orden más eso mismo hacía deleite en la vista, y sobre todo, la hora y la sazón.

Pues entrados en ella, primero, y por un espacio pequeño se anduvieron paseando y gozando del frescor, y después se sentaron juntos a la sombra de unas parras y junto a la corriente de una pequeña fuente, en ciertos asientos. Nace la fuente de la cuesta que tiene la casa a las espaldas, y entraba en la huerta por aquella parte, y corriendo y estropezando; parecía reirse. Tenían también delante de los ojos y cerca de ellos una alta y hermosa alameda. Y más adelante, y no muy lejos, se veía el río Tormes, que aun en aquel tiempo hinchiendo bien sus riberas, iba torciendo el paso por aquella vega. El día era sosegado y purísimo y la hora muy fresca. Así que asentándose y callando por un pequeño tiempo, después de sentados, Sabino (que así me place llamar al que de los tres era el más mozo), mirando hacia Marcelo y sonriéndose, comenzó a decir así.

De La perfecta casada

Que es decir, que ha de estudiar la mujer, no en empeñar a su marido, y meterle en enojos y cuidados, sino en librarle dellos, y en serle perpetua causa de alegría y descanso. ¿Porque, qué vida es la de aquel que ve consumir su patrimonio en los antojos de su mujer? ¿Y que sus trabajos todos se los lleva el río, o por mejor decir el albañar? ¿Y que tomando cada día nuevos censos, y creciendo de continuo sus deudas, vive vil esclavo, aherrojado del joyero y del mercader? Dios, cuando quiso casar al hombre, dándole mujer dijo: Hagámosle un ayudador su semejante; de donde se entiende que el oficio natural de la mujer, y el fin para que la crió, es para que sea ayudadora del marido y no su calamidad y desventura, ayudadora y no destruidora. Para que le alivie de los trabajos que trae consigo la vida casada, y no para que le añada nuevas cargas. Para repartir entre sí los cuidados y tomar ella su parte, y no para dejarlos todos al miserable mayores y más acrecentados. Y finalmente, no las crió Dios para que sean rocas donde quiebren los maridos, y hagan naufragio de las haciendas y vidas; sino para puertos deseados y seguros, en que, viniendo a sus casas, reposen y se rehagan de las tormentas de negocios pesadísimos, que corren fuera dellas.

Fray Juan de los Ángeles

De la armonía del hombre

A esta simple inteligencia corresponde un suave, agradable y puro amor del ánimo, que inmediatamente recibe inclinación al sumo bien, así representado por la simple inteligencia, y naturalmente se mueve a lo bueno. Los que en esta amorosa potencia se ejercitan y tienen familiaridad con Dios, tan alto se levantan algunas veces, que callando por poco tiempo su entendimiento, de sí y de todas las cosas juntamente se olvidan, y son todos tragados de Dios y transformados en él. Rusbrochio llamó vida divina la de este tercer hombre: porque en ella se contempla atentamente Dios y se une a El el alma por desnudo amor, y le goza y gusta cuanta sea su dulcedumbre, derrítase y renuévase de continuo en él: y este es el camino del raptó y elevación sobre todas nuestras fuer-

zas, a un estado donde el mismo Dios nos rige, y el alma sufre su operación y es ilustrada con claridad divina, no de otra manera que estos aires con los rayos del sol, el hierro con el calor y virtud del fuego. También quiero que sepas que el ánima del hombre se llama principalmente así, porque vivifica y anima al cuerpo, y en las fuerzas o virtudes de ella, dichas racionales, conviene a saber, Razón, Voluntad y Memoria, resplandece la imagen de la Santísima Trinidad. Pero según el hombre superior o simple inteligencia, es el ánima dicha espíritu, o íntimo o mente u hondón, como ya has oído, la cual es dotada de tanta nobleza, que no hay palabras con que esto se pueda declarar. Este íntimo retraimiento de la mente ninguna cosa criada le puede henchir, ni dar hartura, sino sólo el Criador con toda su inmensidad y grandeza: y aquí tiene Él su pacífica mirada como en el mismo cielo: si es necesario que le vayamos a buscar fuera de nosotros cuando quisiésemos hablar con Él: porque en cuanto no le desterramos por el pecado, inseparablemente asiste en este su retraimiento, aparejado para oírnos y para hacernos merced, aunque algunas veces tan disimulado como sino estuviese. Por lo cual debemos convertir aquí a Él todas las fuerzas de nuestra ánima, con singular atención y reverencia. De este espíritu, o íntimo, o centro, o ápice del ánima proceden todas las fuerzas de ella, no de otra manera que los rayos proceden del sol y a él vuelven como a su original principio, y esto mediante la obradora caridad y verdadera intención a Dios.

Fray Pedro Malón de Chaide

La conversión de la Magdalena

Más fuerte es el amor que la muerte. Su ardor y llamas son más vivas que las del fuego, porque el fuego quema el cuerpo, mas el amor abrasa el alma. Si diere un hombre toda su hacienda por ser amado, tendránla en poco, porque el amor ni se compra ni se vende: libre es, y libre se da. Suelen los que aman suspirar y alegrarse. Suspiran porque se pierden a sí mismos dejando de ser suyos. Gózanse, porque se pasan en otra cosa mejor. Arden y hiélanse en un punto como los que tienen cición de terciana; y hiélanse porque los desampara el calor del soberano rayo. Y porque a la frialdad se le sigue el temor; y al calor la osadía, por esto son cobardes y animosos. Temen perder lo que aman, y tienen ánimo para acometer grandes cosas por el amado.

El amor hace discretos a los necios, y de aguda vista a los cegajosos.

Llamaba Zenón al amor de Dios de amistad, de libertad y concordia: porque poca amistad puedo yo tener con vos, si el amor no nos toma las manos. Es suma libertad, porque, no hay cosa a que se rinda, sino sólo a lo que ama, porque en esto está su gloria. Es causa de concordia, porque por él la tienen los elementos, las repúblicas; por él viven en paz los hombres y los animales. Pintaban antiguamente la imagen del amor entre la de Mercurio y Hércules. Mercurio era el dios de la elocuencia y Hércules el de la fortaleza; porque donde hay aviso y prudencia, juntamente con fortaleza, allí hay amor y concordia.

Diego Hurtado de Mendoza

Historia de la guerra contra los moriscos del reino de Granada

DEL LIBRO PRIMERO

Había en el reino de Granada costumbre antigua como la hay en otras partes, que los autores de delito se salvaran y estuviesen seguros en lugares de señorío; cosa que, mirada en común y por la haz, se juzgaba que daba causa a más delitos, favor a los malhechores, impedimento a la justicia y desautoridad a los ministros de ella. Pareció por estos inconvenientes, y por ejemplo de otros estados, mandar que los señores no acogiesen gentes de esta calidad en sus tierras, confiados que bastaba sólo el nombre de justicia para castigarlos donde quiera que anduviesen. Manteníase esta gente con sus oficios en aquellos lugares, casábanse, labraban la tierra, dábanse a vida sosegada. También les prohibieron la inmunidad de las iglesias arriba de tres días; mas después que les quitaron los refugios perdieron la esperanza de seguridad, y diéronse a vivir por las montañas, hacer fuerzas, saltar caminos, robar y matar. Entró luego la duda tras el inconveniente sobre a qué tribunal tocaba el castigo, nacida de competencia de jurisdicciones; y no obstante que los generales acostumbrasen hacer estos castigos como parte del oficio de la guerra, cargaron, a color de ser negocio criminal, la relación apasionada o libre de la ciudad y la autoridad de la audiencia, y púsose en manos de los alcaldes, no excluyendo en parte al Capitán general.

El Lazarillo de Tormes

Del "Tratado III,"

Desta manera me fué forzado sacar fuerzas de flaqueza, y poco a poco, con ayuda de las buenas gentes, dí conmigo en esta insigne ciudad de Toledo, a donde con la merced de Dios, donde a quince días se me cerró la herida, y mientras estaba malo siempre me daban alguna limosna, mas después que estuve sano todos me decían: tú bellaco y gallofero eres; busca, busca un amo a quien sirvas. ¿Y a dónde se hallará ese, decía yo entre mí, si Dios agora de nuevo (como crió el mundo), no le criase? Andando así discurriendo de puerta en puerta, con harto poco remedio (porque ya la caridad se subió al cielo): topóme Dios con un escudero que iba por la calle con razonable vestido, bien peinado, su paso y compás en orden: miróme y yo a él, y díjome: muchacho, ¿buscas amo? Yo le dije: sí, señor; pues vente tras mí, me respondió, que Dios te ha hecho merced en topar conmigo; alguna buena oración rezaste hoy. Seguile, dando gracias a Dios por lo que le oí, y también que me parecía, según su hábito y continente, ser el que yo había menester. Era de mañana cuando este mi tercero amo topé, y llevóme tras sí gran parte de la ciudad. Pasamos por las plazas donde se vendía pan y otras provisiones; yo pensaba y aun deseaba que allí me quería cargar de lo que se vendía, porque esta era propia hora cuando se suele proveer de lo necesario; mas muy a tendido paso pasaba por estas cosas. Por ventura no le ve aquí a su contento, decía yo, y querrá que lo compremos en otro cabo.

Diego Enriquez del Castillo

Crónica de Enrique IV

E así llamados aquellos señores e caballeros del Real, e venidos ante su presencia les dixo: Sin dubda, caballeros, mucho me pluguiera que el rigor de la batalla fuera hoy escusado, así porque las muertes, de donde mayor enemiga recrece, se quitarán, como porque de la guerra nunca procede amistad ni concordia. Pero considerando la poca templaça e menos acatamiento del Arzobispo de Toledo e de los otros caballeros e

grandes que están en Olmedo contra mi servicio, e visto cómo quieren mostrar más soberbia que obediencia, e más presunción que cortesía, sin venir en conocimiento de sus yerros, que con tanta fealtad han ensayado, quiero, contra mi grado, dar lugar al rompimiento que hoy se espera. E pues que vosotros como leales, haciendo lo que debeis, e pagando la debda de vuestra nobleza, soys alegres e contentos con la batalla, yo conformándome con vuestro deseo e animoso querer, doy a ello mi consentimiento con protestación que hago, tomando a Dios por juez y testigo, que me desplace de ello, y que sería más contento con su obediencia, que con la rebeldía que tienen, permaneciendo como están en su dañado propósito de deslealtad. Por tanto ordenad vuestras batallas e vamos contra ellos; porque soy cierto e tengo tal seguridad de la grand bondad de Dios, que nos dará hoy vencimiento contra su soberbia: en tal manera, que serán abatidos los enemigos, e nosotros prosperados.

Hernando del Pulgar

Crónica de los Reyes Católicos

El Cardenal y el Conde de Benavente, e los caballeros e capitanes que estaban con la Reina le dixeron: Señora, si dais lugar que algunos de los que allí vienen entren en el alcázar, de creer es que cometan algún grand insulto en vuestro deservicio, e mal de todos los que aquí estamos, porque vienen más armados de furia que de razón. Por ende, mandad que se guarden las puertas, porque ninguno dellos pueda entrar. Oídas estas palabras por la Reina, e conocida la turbación de aquellos que con ella estaban, luego se levantó e dixo al Cardenal e al Conde e a los otros caballeros, que no se apartasen de aquel lugar do los dexaba. Y ella fué para el patín del alcázar, e contra el parecer de aquellos caballeros que con ella estaban, mandó, que abriesen las puertas para que entrasen todos cuantos pudiesen entrar. E luego fué un mensagero, que les dixo: Amigos, la Reina manda que todos entreis quantos aquí venis. E abiertas las puertas entraron todos quantos pudieron caber dentro; e la Reina allí con ellos, les dixo así: Decid agora vosotros mis vasallos e servidores lo que quereis, porque lo que a vosotros viene bien, aquello es mi servicio e me place que se faga, pues es bien común de toda la cibdad. Aquella gente, oídas las palabras de la Reina dichas a su voluntad, luego se aplacó e mitigó la furia con que

venían; e fabló uno dellos, e dixo: Señora, lo primero que este pueblo suplica a Vuestra Alteza es, que el Mayordomo Andrés de Cabrera no tenga la tenencia deste alcázar. E como procedía a otras demandas, la Reina le impidió que dixese más: e díxoles: Eso que quereis vosotros, quiero yo: por ende subid luego a esas torres, e a esos muros, e no dexéis ende persona alguna del Mayordomo, ni desotros que me tienen ocupado este alcázar: el cual quiero yo tener, e confiarlo de un mi criado, que guarde la lealtad que debe a mí, e a la honra de todos vosotros. Oidas por aquel común estas palabras, luego a gran prisa, como vulgo favorecido por su Rey, subieron a las torres e al muro, diciendo a grandes voces: Viva la Reina.

Florián de Ocampo

De la Crónica general de España

Era entonces Annibal mancebo de mucha disposición, alto y delgado de cuerpo; la cara tenía larga, la nariz ahilada, las barbas y cabellos encrespados y mucho bien puestos; era muy bien razonado, muy cortés en demasía, la conversación mucho dulce, con la cual tenía mezclada gravedad mansa y amorosa, llena de buen donaire. Cuando le hicieron esta vez gobernador y capitán de los exércitos y señorío que Cartago tenía dentro de España, sería de hasta unos veinte y seis años; y puesto que fuese mozo, conociase del tanta sagacidad y prudencia, que primero ni después nunca se halló capitán en las cosas de la guerra más industrioso ni sabio. Jamás tuvo persona tal ingenio para dos cosas diversas, que son obedecer y mandar, ni con más entendimiento lo supo hacer; tanto que la gente del exército de ningún otro se confió más, ni con igual osadía venía a las afrentas, que cuando sabía estar él presente. Fué muy osado en acometer cosas peligrosas y muy inclinado a tratar hechos difíciles: y lo que suelen tener pocos hombres, de que le venían mayores peligros, no se turbaba para que por ellos dexase de tomar consejo reposadamente y usar del. Nunca receló fatiga, ni su corazón fué vencido de pensamientos ni cuidados, como quiera que los tuvo más continuos y mayores que ningún otro de su tiempo, sufría con igual perseverancia la calor y los fríos: en su comer templadísimo. No tenía tiempo señalado para dormir, sino quando le faltaban ocupaciones o negocios.

Pedro Antonio de Alarcón

Diario de un testigo de la guerra de Africa

Yo vi a Prim en aquel supremo instante, pues me encontraba allí, en compañía del valeroso e inspirado Vallejo, con quien había subido desde el Morabito a fin de contemplar el campamento moro: y en verdad te digo, que tanto él como yo nos entusiasmos mucho más con la sublime actitud del conde de Reus que con la vista de las tiendas africanas.

Es menester conocer a aquel hijo de la guerra, a aquel fiero catalán, aquel ardiente soldado, para imaginarlo en tan crítica situación. Estaba pálido y casi verdoso; sus ojos lanzaban rayos, su boca contraída dejaba escapar una especie de rugido, que lo mismo parecía un lamento que una histérica carcajada. Hallábase al frente de los de Córdoba, delante de todos, con el caballo vuelto hacia ellos, con la espada desnuda, retorcido el musculoso cuerpo bajo el anchuroso uniforme, tranquilo y arrebatado a un mismo tiempo su corazón, como debe estarlo el del hombre que va a atentar contra su vida.

Ya lo había apurado todo, arengas, amenazas, palabras de camarada y amigo. Por segunda vez había intentado aquella arremetida dificultosa, y por segunda vez el regimiento de Córdoba se había estrellado contra una bocanada de viento cuajado de mortífero plomo.

Y el enemigo avanzaba entre tanto, y las posiciones conquistadas a precio de tanta sangre española iban a quedar por suyas. Y el equipo de aquellos dos batallones caería en poder de los marroquíes. Y España sería vencida por vez primera en el africano continente.

P. Juan de Mariana

De la "Historia general de España,"

La ciudad de Granada por su sitio, grandeza, fortificación, murallas y baluartes, parecía ser inexpugnable. Por la parte de Poniente se extiende una vega como de quince leguas de ruedo, muy apacible y muy fértil, así de sí misma como por la mucha sangre que en ella se derramara por espacio de muchos años, que la engrasaba a fuer de letame, y por regarse

con treinta y seis fuentes que brotan de aquellos montes cercanos, más fresca y provechosa de lo que fácilmente se podría encarecer. Por la parte de Levante se empina la sierra de Elvira en que antiguamente estuvo asentada la ciudad de Elliberis, como lo da a entender el mismo nombre de Elvira: la Sierra Nevada cae a la banda de Mediodía, que con sus cordilleras trabadas entre sí llega hasta el mar Mediterráneo; sus laderas y faldas no son muy ásperas, y así están muy cultivadas y pobladas de gentes y casas.

La ciudad está asentada parte en llano y parte sobre dos collados, entre los cuales pasa el río Darro, que al salir de la ciudad se mezcla y deja su agua y su nombre en Jenil, río que corre por medio de la vega y la baña por el largo. Las murallas son muy fuertes con mil y treinta torres a trechos muy de ver por su muchedumbre y buena estofa. Antiguamente tenía siete puertas, al presente doce. No se puede sitiar por todas partes por ser muy ancha y los lugares muy desiguales. Por la parte de la vega, que es lo llano de la ciudad y por do la subida es muy fácil, está fortificada con torres y baluartes. En aquella parte está la iglesia Mayor, mezquita en tiempo de Moros, de fábrica grosera, al presente de obra muy prima, edificada en el mismo sitio. Por su majestad y grandeza muy venerada de los pueblos comarcanos: señalada e ilustre no tanto por sus riquezas, cuanto por el gran número y bondad de los ministros que tiene.

Francisco de Quevedo y Villegas

Del libro "Política de Dios y gobierno de Cristo,"

Preguntaron a Jesús si era el prometido, el que había de venir; y Cristo respondió con obras sin palabras; pues luego resucitó muertos, dió vista a los ciegos, pies a los tullidos, habla a los mudos, salud a los enfermos, libertad a los poseídos del demonio: y después dijo: «Id y diréis a Juan que los muertos resucitan, los ciegos ven, los mudos hablan, los tullidos andan, los enfermos guarecen». Quien a todos da y a nadie quita; quien a todos da lo que les falta; quien a todos da lo que han menester y desean, ese Rey es, ese es el prometido, es el que se espera, y con El no hay más que esperar. Pobladas están de coronas y cetros estas acciones. No dijo: «Yo soy rey»; sino mostróse rey. No dijo: «Yo soy el Prometido»; sino cumplió lo prometido. No dijo: «No hay que esperar a otros»; sino obró de suerte, que no dejó que esperar de otro.

Sacra, Católica, Real Majestad, bien puede algo mostrar encendido su cabello en corona ardiente en diamantes, y mostrar inflamada su persona con vestidura, no sólo teñida, sino embriagada, con repetidos hervores de la púrpura: y ostentar soberbio el cetro con el peso del oro, y dificultarse a la vista remontado en trono desvanecido y atemorizar su habitación con las amenazas bien armadas de su guarda: llamarse rey, y firmarse rey; mas serlo y merecer serlo, si no imita a Cristo en dar a todos lo que les falta no es posible, Señor: Lo contrario más es ofender que reinar.

Diego de Saavedra Fajardo

Del libro "Empresas políticas."

La política de estos tiempos presupone la malicia y el engaño en todo, y se arma contra él de otros mayores, sin respeto a la religión, a la justicia y fe pública. Enseña por lícito todo lo que es conveniente a la conservación y aumento; y ya comunes estas artes, batallan entre sí, se confunden y se castigan unas con otras, a costa del público sosiego, sin alcanzar sus fines. Huya el príncipe de tales maestros, y aprenda de la misma naturaleza, en quien sin malicia, engaño ni ofensa está la verdadera razón de estado. Aquélla solamente es cierta, fija y sólida, que usa en el gobierno de las cosas vegetativas y vivientes, y principalmente la que por medio de la razón dicta a cada uno de los hombres en su oficio, y particularmente a los pastores y labradores para la conservación y aumento del ganado y de la cultura; de donde quizá los reyes que del cayado o del arado pasaron al cetro, supieron mejor gobernar sus pueblos. Vélese el pastor (cuya obligación y cuidado es semejante al de los príncipes) de la leche y lana de su ganado, pero con tal consideración, que ni le saca la sangre, ni le deja tan rasa la piel, que no pueda defenderse del frío y del calor. Así debe el príncipe, como dijo el rey don Alfonso, «guardar más la pro comunal que la suya misma, porque el bien y la riqueza de ellos es como suya». No corta el labrador por el tronco el árbol, aunque sea menester hacer leña para sus usos domésticos, sino le poda las ramas, y no todas; antes las deja de suerte que puedan volver a brotar, para que vestido y poblado de nuevo, le rinda al año siguiente el mismo beneficio; consideración que no cae en el arrendador; porque, no teniendo amor a la heredad, trata solamente de disfrutarla en el tiempo que la goza, aunque después quede inútil a su dueño.

Francisco de Moncada

De la "Expedición de catalanes y aragoneses
contra turcos y griegos,,

La antigüedad, madre del olvido, por quien han perecido claros hechos y memorias ilustres, entre otras que nos dejó confusas, ha sido el origen de los almugávares; pero según lo que yo he podido averiguar, fué de aquellas naciones bárbaras que destruyeron el imperio y nombre de los romanos en España, y fundaron el suyo, que largo tiempo conservaron con esplendor y gloria de grande majestad, hasta que los sarracenos en menos de dos años le oprimieron, y forzaron a las reliquias deste universal incendio que entre lo más áspero de los montes buscasen su defensa donde las fieras muertas por su mano les dieron comida y vestido.

Pero luego su antiguo valor y esfuerzo, que el regalo y delicias tenían sepultado, con el trabajo y fatiga se restauró y les hizo dejar las selvas y bosques, y convertir sus arinas contra moros, ocupadas antes en dar muerte a fieras. Con la larga costumbre de ir divagando, nunca edificaron casas ni fundaron posesiones; en la campaña y en las fronteras de enemigos tenían su habitación y el sustento de sus personas y familias: despojos de sarracenos, en cuyo daño perpetuamente sacrificaban las vidas, sin otra arte ni oficio más que servir pagados en la guerra, y cuando faltaban las que sus reyes hacían, con cabezas y caudillos particulares corrían las fronteras, de donde vinieron a llamar los antiguos el ir a las correrías, *ir en almugavería*.

Francisco Manuel de Melo

De la "Historia de los movimientos, separación y guerra
de Cataluña,,

Señalábase entre todos los sediciosos uno de los segadores, hombre facineroso y terrible, al cual, queriendo prender, por haberle conocido, un ministro inferior de justicia, hechura y oficial del Monredón (de quien hemos dicho), resultó desta contienda ruido entre los dos; quedó herido el segador, a quien

ya socorría gran parte de los suyos. Esforzábase más y más uno y otro partido empero siempre ventajoso el de los segadores. Entonces algunos soldados de milicia que guardaban el palacio del Virrey, tiraron hacia el tumulto, dando a todos más ocasión que remedio. A este tiempo rompían furiosamente en gritos: unos pedían venganza; otros, más ambiciosos, apellidaban la libertad de la patria; aquí se oía: «¡Viva Cataluña y los catalanes!» Allí otros clamaban: «¡Muera el mal gobierno de Felipe!» Formidables resonaron la primera vez estas cláusulas en los recatados oídos de los prudentes; casi todos los que no las ministraban las oían con temor, y los más no quisieran haberlas oído. La duda, el espanto, el peligro, la confusión, todo era uno; para todo había su acción, y en cada cual cabían tan diferentes efectos; sólo los ministros reales y los de la guerra lo esperaban, iguales en el celo. Todos aguardaban por instantes la muerte (el vulgo furioso pocas veces para sino en sangre); muchos sin contener su enojo, servían de pregón al furor de otros; éste gritaba cuando aquél hería y éste con las voces de aquél se enfurecía de nuevo. Infamaban los españoles con enormísimos nombres, buscábanlos con ansia y cuidado, y el que descubría y mataba, ese era tenido por valiente, fiel y dichoso.

Las milicias armadas con pretexto de sosiego, o fuese orden del Conde, o sólo de la ciudad, siempre encaminada a la quietud; los mismos que en ellas debían servir a la paz ministraban el tumulto.

Antonio de Solís y Rivadeneyra

De la "Historia de la conquista de Méjico,,"

Peleaba Hernán Cortés a caballo socorriendo con su tropa los mayores aprietos y llevando en su lanza el terror y el estrago del enemigo, pero le traía sumamente cuidadoso la porfiada resistencia de los indios, porque no era posible que se dejasen de apurar las fuerzas de los suyos en aquel género de continua operación; y discurriendo en los partidos que podría tomar para mejorarse o salir al camino, le socorrió en esta congoja una observación de las que solía depositar en su cuidado para servirse de ellas en la ocasión. Acordóse de haber oído referir a los mejicanos que toda la suma de sus batallas consistía en el estandarte real, cuya pérdida o ganancia decidía sus victorias o la de sus enemigos; y fiado en lo que se turba, y descomponía el enemigo al acometer de los caballos, to-

mó resolución de hacer un esfuerzo extraordinario para ganar aquella insignia sobresaliente que ya conocía. Llamó a los capitanes Gozalo de Sandoval, Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y Alonso Dávila para que le siguiesen y guardasen las espaldas como a los demás que asistían a su persona, y haciéndoles una breve advertencia de lo que debían obrar para conseguir su intento, embistieron a poco más de media rienda por la parte que parecía más flaca o menos distante del centro. Retiráronse los indios, temiendo, como solían, el choque de los caballos, y antes que se cobrasen al segundo movimiento, se arrojaron a la multitud confusa y desordenada con tanto ardimiento y desembarazo, que rompiendo y atropellando escuadrones enteros pudieron llegar sin detenerse al paraje donde existía el estandarte del imperio con todos los nobles de su guardia y entre tanto que los capitanes se desembarazaban de aquella numerosa comitiva, dió de los pies a su caballo Hernán Cortés y cerró con el capitán general de los mejicanos, que al primer bote de su lanza cayó mal herido por la otra parte de las andas. Habíanle ya desamparado los suyos, y hallándose cerca un soldado particular que se llamaba Juan de Salamanca, saltó de su caballo y le acabó de quitar la poca vida que le quedaba con el estandarte, que puso luego en manos de Cortés. Era este soldado persona de calidad, y por haber perfeccionado entonces la hazaña de su capitán, le hizo algunas mercedes el Emperador, y quedó por timbre de sus armas el penacho de que se coronaba el estandarte.

Miguel de Cervantes y Saavedra

De "Don Quijote de la Mancha,"

Que trata de la primera salida que de su tierra hizo
el ingenioso don Quijote

Hechas, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo a poner en efecto su pensamiento, apretándole a ello la falta, que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza según eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, abusos que mejorar y deudas que satisfacer; y así sin dar parte a persona alguna de su intención, y sin que nadie le viese, una mañana antes del día (que era uno de los calurosos del mes de Julio) se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga; tomó su lanza y por la puerta falsa de un corral, salió al campo con grandísimo con-

tento y alborozo de ver con cuánta facilidad habia dado principio a su buen deseo. Mas apenas se vió en el campo, cuando le asaltó un pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa: y fué que le vino a la memoria que no era armado caballero, y puesto que lo fuera habia de llevar armas blancas, como novel caballero sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase. Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas pudiendo más su locura, que otra razón alguna, propuso de hacerse armar caballero del primero que topase, a imitación de otros muchos que así lo hicieron, según él habia leído en los libros que tal le tenían. En lo de las armas blancas pensaba limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen más que un armiño; y con esto se quietó, y prosiguió su camino, sin llevar otro, que el que su caballo quería, creyendo que en aquello consistia la fuerza de las aventuras. Yendo, pues, caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mismo, y diciendo: ¿Quién duda si no que en los venideros tiempos, cuando salga a luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere, no ponga, cuando llegue a contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera? Apenas habia el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habian saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora, que dejando la blanda cama del celoso marido, por las puertas y balcones del manchego horizonte a los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel (y era la verdad que por él caminaba) y añadió diciendo: ¡dichosa edad, y siglo dichoso, aquel a donde saldrán a luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles, y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro!

Discurso de Don Quijote sobre la edad de oro

¡Dichosa edad, y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna; sino porque entonces los que en ella vivían, ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*! Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sus-

tento tomar otro trabajo, que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos en magnífica abundancia sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquiera mano sin interés alguno la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas con que se comenzaron a cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia. Aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre: que ella sin ser forzada ofrecía por todas partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían. Entonces sí, que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero en trenza y en cabello, sin más vestidos que aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, a quien la púrpura de Tiro y la que por tantos modos martirizada seda encarecen; sino de algunas hojas de verdes lampazos y yedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas, como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones, que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los conceptos amorosos del alma simple y sencillamente del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificio-so rodeo de palabras para encarecerlos. No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encage aun no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había que juzgar ni quien fuese juzgado.

Que trata del curioso discurso que hizo Don Quijote de las armas y las letras

Pues comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es más rico el soldado, y veremos que no hay ninguno más pobre en la misma pobreza, porque está ate-

nido a la miseria de su paga, que viene o tarde o nunca, o a lo que garbear por sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia, y a veces suele ser su desnudez tanta, que un colete acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa con solo el alimento de su boca, que como sale del lugar vacío tengo por averiguado que debe salir frío contra toda naturaleza; pues esperad que espere que llegue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual, si no es por su culpa, jamás pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere, y revolverse en ella a su sabor sin temor que se le encojan las sábanas. Lléguese pues a todo esto el día y la hora de recibir el grado de su ejercicio. Lléguese un día de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza, hecha de hilas para curarle algún balazo, que quizá le habrá pasado las sienes, o le dejará estropeado de brazo o pierna: y cuando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser que se quede en la misma pobreza que antes estaba; y que sea menester que suceda uno y otro reencuentro una y otra batalla y que de todas salga vencedor, para medrar en algo; pero estos milagros vense raras veces. Pero decidme, señores, si habéis mirado en ello: ¿cuán menos son los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella? sin duda habéis de responder que no tienen comparación ni se pueden reducir a cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo. Todo esto es al revés en los letrados, porque de faldas, que no quiero decir de mangas, todos tienen en qué entretenerse: así que, aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio.

De los consejos que dió Don Quijote a Sancho Panza antes que fuese a gobernar la Insula Barataria

En esto llegó Don Quijote, y sabiendo lo que pasaba, y la celeridad con que Sancho se había de partir a su gobierno con licencia del duque le tomó por la mano, y fué con él a su estancia, con intención de aconsejarle cómo se había de haber en su oficio. Entrados, pues, en su aposento, cerró tras sí la puerta, y hizo casi por fuerza que Sancho se sentase junto a él, y con reposada voz le dijo:

Infinitas gracias doy al cielo, Sancho amigo, de que antes y primero que yo haya encontrado con alguna buena dicha,

te haya salido a ti a recibir y a encontrar la buena ventura: yo, que en mi buena suerte te tenía librada la pagada de tus servicios, me veo en los principios de aventajarme; y tú antes de tiempo contra la ley del razonable discurso, te ves premiado de tus deseos. Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfían y no alcanzan lo que pretenden; y llega otro, y sin saber cómo, ni cómo no, se halla con el cargo y oficio que otros muchos pretendieron y aquí entra y encaja bien el decir que hay buena y mala fortuna en las pretensiones. Tú, que para mí sin duda alguna eres un perro; sin madrugar ni trasnochar, y sin hacer diligencia alguna, con sólo el aliento que te ha tocado de la andante caballería sin más ni más te ves gobernador de una ínsula, como quien no dice nada. Todo esto digo, oh, Sancho, para que no atribuyas a tus merecimientos la merced recibida, sino que desgracias al cielo que dispone suavemente las cosas, y después, las darás a la grandeza que en sí encierra la profesión de la caballería andante. Dispuesto pues el corazón a creer lo que te he dicho, está, oh hijo, atento a este tu Catón, que quiere aconsejarte, y ser norte y guía, que te encamine y saque a seguro puerto deste mar proceloso donde vas a engolfarte: que los oficios y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones.

De la novela "Rinconete y Cortadillo,,

Yo nací en el Pedroso, lugar puesto entre Salamanca y Medina del Campo: mi padre es sastre; enseñóme su oficio, y de corte de tijera, con mi buen ingenio, salté a cortar bolsas: enfadóme la vida estrecha del aldea, y el desamorado trato de mi madrastra, dejé mi pueblo; vine a Toledo a ejercitar mi oficio, y en él he hecho maravillas; porque no pende relicario de toca ni hay faldriquera tan escondida, que mis dedos no visiten, ni mis tijeras no corten, aunque le estén guardando con los ojos de Argos; y en cuatro meses que estuve en aquella ciudad nunca fui cogido entre puertas, ni sobresaltado, ni corrido de corchetes, ni soplado de ningún cañuto: bien es verdad que habrá ocho días que una espía doble dió noticia de mi habilidad al correjidor, el cual, aficionado a mis buenas partes, quisiera verme; mas yo, que por ser humilde, no quiero tratar con personas tan graves, procuré no verme con él, y salí de la ciudad con tanta priesa, que no tuve lugar de acomodarme de cabalgaduras, ni blancas, ni de algún coche de retorno, o por lo menos de un carro. Eso se borre, dijo Rincón; y pues ya nos conocemos, no hay para qué aquesas

grandezas ni altiveces; confesemos llanamente que no tenemos blanca, ni aun zapatos. Sea así, respondió Diego Cortado, que así dijo el menor que se llamaba y pues nuestra amistad, como vuesa merced, señor Rincón, ha dicho, ha de ser perpétua, comencémosla con santas y loables ceremonias; y levantándose Diego Cortado, abrazó a Rincón, y Rincón a él tierna y estrechamente, y luego se pusieron los dos a jugar a la veintiuna con los ya referidos naipes limpios de polvo y de paja, mas no de grasa y malicia; y a pocas manos alzaba también por el as cortado, como Rincón, su maestro.

De “Los trabajos de Persiles y Segismundo,”

Cambiándose el viento y enmarañándose las nubes, cerró la noche oscura y tenebrosa, y los truenos dando por mensajeros a los relámpagos tras quien se siguen, comenzaron a turbar los marineros, y a deslumbrar la vista de todos los de la nave, y comenzó la borrasca con tanta furia, que no pudo ser prevenida de la diligencia y arte de los marineros, y así a un mismo tiempo los cogió la turbación y la tormenta: pero no por eso dejó cada uno de acudir a su oficio, y a hacer la faena que vieron ser necesaria, si no para excusar la muerte para dilatar la vida; que los atrevidos que de unas tablas la fían, la sustentan cuanto pueden, hasta poner su esperanza en un madero, que acaso la tormenta desclavó de la nave, con el cual se abrazan, y tienen a gran ventura tan duros abrazos. Mauricio se abrazó con Tránsila, su hija; Antonio con Ricla y con Constanza, su madre y hermana; sólo la desgraciada Auristela quedó sin arrimo, sino el que le ofrecía su congoja, que era el de la muerte, a quien ella de buena gana se entregara, si lo permitiera la cristiana ley y católica religión, que con muchas veras procuraba guardar: y así se recogió entre ellos, y hechos un nudo, o por mejor decir, un ovillo, se dejaron calar así hasta la postrera parte del navío; por excusar el miedo espantoso de los truenos, y la interpelada luz de los relámpagos, y el confuso estruendo de los marineros; y en aquella semejanza del limbo se excusaron de no verse, unas veces tocar al cielo con las manos, levantándose el navío sobre las mismas nubes, y otras veces barrer la gavia las arenas del mar profundo. Esperaban la muerte cerrados los ojos, o por mejor decir, la temían sin verla; que la figura de la muerte, en cualquier traje que venga, es espantosa, y la que coge a un desapercibido en todas sus fuerzas y salud es formidable.

P. Fray Benito Jerónimo Feijóo

Del "Teatro crítico Universal,,

Si los hombres se conviniesen en hacer el aprecio justo de los oficios o ministerios humanos, apenas habría lugar a distinguir en ellos, como atributos separables, la honra y el provecho. Miradas las cosas a la luz de la razón, lo más útil al público es lo más honorable, y tanto más honorable cuanto más útil. En mi dictamen el animal más despreciable del mundo es un hombre que de nada sirve en el mundo, que sea rico, que sea pobre, que alto, que humilde, que noble, que plebeyo. ¿Qué caso puedo yo hacer de unos nobles fantasmones, que nada hacen toda la vida, sino pasear calles, abultar corrillos y comer la hacienda que les dejaron sus mayores? Yo imagino a los nobles, que lo son por nacimiento, como unos simulacros que representan a aquellos ascendientes suyos, que con su virtud y acciones gloriosas adquirieron la nobleza para sí y para su posteridad, y bajo esta consideración los venero; esto es, puramente como imágenes que me traen a la memoria la virtud de sus mayores; de este modo mi respeto todo se va en derecho a aquellos originales, sin que a los simulacros por sí mismos, les toque parte alguna del culto. Al contrario por sí mismo o por su propio mérito, a aquel que sirve útilmente a la república, sea ilustre o humilde, su nacimiento; y así mismo venero aquella ocupación con que la sirve, graduando el aprecio por su mayor o menor utilidad, sin atender a si los hombres la tienen por alta o baja, brillante u oscura...

A todo aquello que es capaz de honra aumenta la honra o da nuevo lustre a la utilidad. Los reinos, las ciudades, las familias, hasta los institutos religiosos, hacen, si no vanidad, aprecio de esta prerrogativa. Aun muchas de aquellas cosas que el tiempo deteriora y minor la utilidad, se hacen más estimables cuanto más antiguas, a manera de los hombres a quienes la ancianidad estraga, pero autoriza.

Gaspar Melchor de Jovellanos

Del "Informe en el expediente de la Ley Agraria,"

Es una verdad innegable que la virtud y los talentos no están vinculados al nacimiento ni a las clases, y que por lo mismo fuera una grave injusticia cerrar a algunas el paso a los servicios y a los premios. Sin embargo, es tan difícil, esperar el valor, la integridad, la elevación de ánimo y las demás grandes calidades que piden los grandes empleos, de una educación oscura y pobre, o de unos ministerios, cuyo continuo ejercicio encoge el espíritu, no presentándole otro estímulo que la necesidad, ni otro término que el interés, cuanto es fácil hallarlas en medio de la abundancia, del esplendor, y aun de las preocupaciones de aquellas familias que están acostumbradas a preferir el honor a la conveniencia; y a no buscar la fortuna, sino en la reputación y en la gloria. Confundir estas ideas, confirmadas por la historia de la naturaleza y de la sociedad, sería lo mismo que negar el influjo de la opinión en la conducta de los hombres; sería esperar del mismo principio que produce la material exactitud de un curial, aquella santa inflexibilidad con que un magistrado se ensordece a los ruegos de la amistad, de la hermandad y del favor, o resiste a los violentos huracanes del poder. Sería suponer que con la misma disposición de ánimo que dirige la ciega y maquinal obediencia de un soldado, puede un general conservarse impávido y sereno en el conflicto de una batalla, respondiendo él solo de la obediencia, y del valor de sus tropas, y arriesgando al trance de un momento su reputación, que es el mayor de sus bienes.

De la "Oración inaugural en la apertura del Instituto Asturiano,"

Asturianos, ved aquí el grande objeto de los nuevos estudios a que hoy os llama nuestro buen Rey: promover los conocimientos útiles, para perfeccionar las artes lucrativas; para presentar nuevos objetos al honesto trabajo; para dar nueva materia al nuevo comercio y la navegación; para aumentar la población y la abundancia, y para fundar sobre una misma base la seguridad del Estado y la dicha de sus miembros. Tal

es el término de su beneficencia, y tal debe ser el de vuestras vigiliass.

Para conseguir tan grandes fines os llama vuestro Rey al estudio de la naturaleza, y os convida a que busquéis en ella aquellas útiles verdades sobre que están librados. He aquí la divisa de este nuevo Instituto. No se tratará en él de ofuscar vuestro espíritu con vanas opiniones, ni de cebarle con verdades estériles. No se tratará de empeñarle en indagaciones metafísicas, ni de hacerle vagar por aquellas regiones incógnitas donde anduvo perdido largo tiempo. ¿Qué es lo que puede encontrar en ellas la temeraria presunción del hombre? desde Zenón a Espinosa, y desde Tales a Malebranche, ¿qué pudo descubrir la ontología sino monstruos, o quimeras, o dudas o ilusiones? ¡Ah! Sin la revelación, sin esta luz divina que descendió del cielo para alumbrar y fortalecer nuestra oscura, nuestra flaca razón, ¿qué hubiera alcanzado el hombre de lo que existe fuera de la naturaleza? ¿Qué hubiera alcanzado aún de aquellas santas verdades que tanto ennoblecen su ser, y hacen su más dulce consolación?

Leandro Fernández de Moratín

De "La Comedia nueva o el Café,"

D. Antonio.—Parece que se hunde el techo, Pipí.

Pipí.—Señor...

D. Ant.—¿Qué gente hay arriba, que anda tal estrépito? ¿Son locos?

Pipí.—No, señor; poetas.

D. Ant.—¿Cómo poetas?

Pipí.—Sí, señor. ¡Así lo fuera yo! ¡No es cosa! Y han tenido una gran comida. Burdeos, pajarete, marrasquino... ¡uff!

D. Ant.—¿Y con qué motivo es esa francachela?

Pipí.—Yo no sé; pero supongo que será en celebridad de la comedia nueva que se representa esta tarde, escrita por uno de ellos.

D. Ant.—¿Conque han hecho una comedia? ¡Haya picarillos!

Pipí.—Pues qué. ¿no lo sabía V?

D. Ant.—No por cierto.

Pipí.—Pues ahí está el anuncio en el *Diario*.

D. Ant.—En efecto, aquí está: (*Leyendo en el "Diario," que está sobre la mesa*) «Comedia nueva titulada *El gran cerco de Viena*». ¡No es cosa! ¡Del sitio de una ciudad hacen una comedia! ¡Si son el diantre! ¡Ay, amigo Pipí, cuánto más vale ser mozo de café que poeta ridículo.

Pipí.—Pues mire V., la verdad... yo me alegrara de saber hacer así... alguna cosa...

D. Ant.—¿Cómo?

Pipí.—Así, de versos... ¡Me gustan tanto los versos!

D. Ant.—¡Oh! los buenos versos son muy estimables: pero hoy día son tan pocos los que saben hacerlos... tan pocos... tan pocos...

Pipí.—No, pues los de arriba bien se conoce que son del arte. ¡Válgame Dios! ¡Cuántos han echado por aquella boca! Hasta las mujeres.

D. Ant.—¡Oígal! ¿También las señoras decían coplillas?

Pipí.—¡Vaya! Allí hay una doña Agustina, que es mujer del autor de la comedia... ¡que, si V. viera! Unas décimas compone de repente... No es así la otra, que en toda la mesa no ha hecho más que retozar con aquel D. Hermógenes y tirarle miguitas de pan al peluquín.

Juan Donoso Cortés

De "Un discurso académico,"

Hay un libro, tesoro de un pueblo que hoy es fábula y ludibrio de la tierra, y que fué en tiempos pasados la estrella del Oriente, adonde han ido a beber su divina inspiración todos los grandes poetas de las regiones occidentales del mundo, y en el cual han aprendido el secreto de levantar los corazones y de arrebatarse las almas con sobrehumanas y misteriosas armonías. Este libro es la *Biblia*, el libro por excelencia.

En él aprendió Petrarca a modular sus gemidos; en él vió Dante sus terroríficas visiones; de aquella fragua encendida sacó el poeta de Sorrento los espléndidos resplandores de sus cantos. Sin él, Milton no hubiera sorprendido a la mujer en su primera flaqueza, al hombre en su primera culpa, a Luzbel en su primera conquista, a Dios en su primer ceño; ni hubiera podido decir a la gente la tragedia del Paraíso, ni cantar con canto de dolor la mala ventura y triste hado del humano linaje. Y para hablar de nuestra España, ¿quién enseñó al maestro Fray Luis de León a ser sencillamente sublime? ¿De quién aprendió Herrera su entonación alta, imperiosa y robusta? ¿Quién inspiraba a Rojas aquellas lúgubres lamentaciones, llenas de pompa y majestad, y henchidas de tristeza, que dejaba caer sobre los campos marchitos, y sobre los mustios collados, y sobre las ruinas de los imperios, como un puñado de luto? ¿En cuál escuela aprendió Calderón a remontarse a las eternas moradas sobre las plumas de los vientos? ¿Quién puso delan-

te de los ojos de nuestros grandes escritores místicos los oscuros abismos del corazón humano? ¿Quién puso en sus labios aquellas santas armonías y aquella vigorosa elocuencia, y aquellas tremendas imprecaciones, y aquellas fatídicas amenazas, y aquellos arranques sublimes, y aquellos suavísimos acentos de encendida caridad y de castísimo amor con que unas veces ponían espanto en la conciencia de los pecadores, y otras levantaban hasta el arrobamiento las limpias almas de los justos? Suprimir la Biblia con la imaginación y habréis suprimido la bella, la grande literatura española, o la habréis despojado al menos de sus destellos más sublimes, de sus más espléndidos atavíos, de sus soberbias pompas y sus santas magnificencias.

Antonio Alcalá Galiano

De "Un discurso político,"

Pasemos ahora a examinar, si las circunstancias son de tal naturaleza, que debamos satisfacer el artículo 308 de la constitución.

El señor Argüelles ha citado el ejemplo de Roma, y yo no ignoro cuán diferente era el estado de aquella república; pero tampoco se me negará la energía con que Cicerón hizo que se castigase a los cómplices de Catilina, que César aseguró la tranquilidad pública, y que Sila salvó la constitución del estado, aunque por medio de medidas crueles: y si tuvieron lugar las guerras civiles entre César y Pompeyo, esto fué después, y no tuvo relación con las medidas adoptadas antes.

También ha hablado el señor Argüelles del efecto que tuvieron las medidas terribles adoptadas en Francia en tiempo de su revolución. Confieso que me llenó de terror al contemplarlas; pero este terror no me impediría entrar en las páginas de la revolución francesa, cuando en ellas encuentro principios que aplicar a nuestras circunstancias. No citaré los hechos de sangre y de horror que se cometieron en aquella nación: pero sí diré, que con las medidas que adoptaron y con su energía, supo todavía en medio de tantas crueldades, ocupar un lugar en la historia, más tranquilo y respetable que el que disfrutaban aquellas naciones que gimen bajo el despotismo.

La salvación de la patria no está asegurada, y si nuestros enemigos venciesen, sé muy bien que mi sangre sería de las primeras que fuesen a enrojecer los patibulos.

Después de haber entrado en lo más difícil de la cuestión,

de haber abogado por la Francia misma, y de hacer ver que lo último que debe perderse es el don precioso de la libertad, recuerdo la historia de la Inglaterra, y entro en un campo más vasto que el que presenta la de otras naciones.

Juan Meléndez Valdés

De "Un discurso forense."

Señor: V. A. ha escuchado estos días la triste relación de uno de los atentados más atroces a que pueden atreverse una pasión furiosa y el desenfreno de costumbres, y el loable empeño con que lo intentara disminuir la elocuencia de sus defensores. Otro que yo, amaestrado por un largo ejercicio en el arte difícil de bien hablar, y lleno de las luces y conocimientos que me faltan, llorando hoy compadecido sobre el delito y los infelices delinquentes, abrazaría gustoso esta ocasión de hacer triunfar victoriosamente la santidad de las leyes, y escarmentar en sus cabezas con un ejemplo saludable a la maldad y la relajación, que ya parece no reconocen en su descaro ni límites ni freno. Lejos, como lo está esta causa, de las marañas y criminales artificios con que los malvados se suelen ocultar a cada paso para huir la espada vengadora de la justicia, vería en ella a dos parricidas alevosos, sin velo ni disfraz alguno: un delito por sus atroces circunstancias sin ejemplo, aunque envuelto al principio en el horror de las tinieblas, descubierta ya, puesto en claro como la misma luz, y confesado paladinamente; al público y a la virtud clamando sin cesar por el desagravio de la inocencia atropellada, y a las costumbres y al santo nudo conyugal solicitando ardientemente las penas más severas para respirar en adelante en seguridad y en reposo.

Todo esto vería un fiscal acostumbrado a hablar en este sitio, y seguro ya de su reputación y su gloria. Pero yo, que empiezo por la primera vez las funciones de mi terrible ministerio acusando este atentado, horror y execración de todos; yo, pobre de ingenio, escaso de razones y falto de elocuencia, ¿qué podré decir que baste a satisfacer a V. A., ni llene dignamente su celo y sus deseos? ¿Qué podré decir que corresponda al público clamor contra los delinquentes? ¿Qué, instruido en ese voluminoso proceso atropelladamente y en brevísimos días? Mis palabras serán de necesidad desmayadas: mis reflexiones y argumentos menos poderosos que lo mucho

que habrá meditado V. A. con su profunda sabiduría, y mis votos en nombre de la ley, acordándole como abogado suyo sus sagrados decretos, inferiores en mucho a los votos de todos los buenos, y al celo santo que veo resplandecer en el semblante y siento arder en el pecho nobilísimo y justo de V. A.

José María Queipo de Llano

Conde de Toreno

De la "Historia del levantamiento, guerra y revolución de España,"

D. Manuel Godoy había nacido en Badajoz, en 12 de Mayo de 1767, de familia noble, pero pobre. Su educación había sido descuidada; profunda era su ignorancia. Naturalmente dotado de cierto entendimiento, y falto de memoria, tenía facilidad para enterarse de los negocios puestos a su cuidado. Vario e inconstante en sus determinaciones, deshacía en un día y livianamente lo que en otro, sin más razón, había adoptado y aplaudido. Durante su ministerio de Estado, a que ascendió en los primeros años de su favor, hizo convenios solemnes con Francia perjudiciales y vergonzosos; primer origen de la ruina y desolación de España. Desde el tiempo de la escandalosa campaña de Portugal, mandó el ejército con el título de generalísimo, no teniendo a sus ojos la ilustre profesión de las armas otro atractivo ni noble cebo que el de los honores y sueldos; nunca se instruyó en los ejercicios militares; nunca dirigió ni supo las maniobras de los diversos cuerpos; nunca se acercó al soldado ni se informó de sus necesidades o relaciones; nunca, en fin, organizó la fuerza armada de modo que la nación, en caso oportuno, pudiera contar con un ejército pertrechado y bien dispuesto, ni él con amigos ni partidarios firmes y resueltos; así la tropa fué quien primero le abandonó. Reduciase su campo de instrucción a una mezquina parada que algunas veces ofrecía delante de su casa, a manera de espectáculo, a los ociosos de la capital y a sus bajos, y, por desgracia, numerosos aduladores; ridículo remedo de las paradas que en París solía tener Napoleón.

Antonio Ferrer del Río

De la "Historia del reinado de Carlos III en España,"

Bajo las tiendas de campaña Carlos I, y metido entre monjes lo más del tiempo Felipe II, gobernaban sin iniciativa de sus ministros. Secretarios se llamaban exactamente los que hacían oficio de tales, pues era su incumbencia casi exclusiva escribir y comunicar las resoluciones soberanas. Así varios de ellos debieron su fortuna a la gallarda forma de letra, y empezando a servir de pajes a otros secretarios de Estado, concluyeron por sucederles, por tener encomiendas de las Ordenes militares y por llevar títulos de Castilla. Batallador el primero de estos monarcas, admitía y provocaba lides y ganaba triunfos excelsos: estadista el segundo combinaba difíciles planes para atraerse ventajosas alianzas: ni uno ni otro vislumbraron la hora de gobernar en paz y justicia; y ambos, después de consumir las crecidas rentas de la corona, y los muchos servicios extraordinarios votados por las Cortes, y el oro y la plata que de Méjico y el Perú les transportaron sus bajeles; y de vender jurisdicciones, ejecutorias de nobleza, repartimientos de indios, juros, encomiendas y regidurías; y de negociar préstamos con grandes, iglesias y mercaderes; y de recibir cuantiosos donativos; y de suspender legítimos pagos; y de pasar terribles ahogos, dejaron el erario exhausto, la administración desorganizada y el crédito sin señal de vida.

Ramón de Mesonero Ramos

De las "Escenas Matritenses,"

Entré, no sin pavor, en aquella terrible morada; atravesé el primer patio, y me dirigí a la iglesia que veía enfrente, mirando a todas partes por si descubría algunos de los encargados del cementerio; pero a nadie vi, y mientras hice mi breve oración, tuve lugar para cerciorarme de que nadie sino yo respiraba en aquel sitio. Volví a salir de la iglesia a uno de los seis grandes patios de que consta el cementerio, y siguiendo a lo largo de sus paredes, iba leyendo las lápidas e inscripciones colocadas sobre los nichos, al mismo tiempo que mis pies pisaban la arena que cubre las sepulturas de la multitud.

Esta consideración, la soledad absoluta del lugar y el ruido de mis suspiros, que repetía el eco en los otros patios, me llenaba de pavor, que subía de todo punto cuando leía entre los epitafios el nombre de alguno de mis amigos, o de aquellas personas a quienes vi brillar en el mundo.

— ¡Y qué! decía yo: ¿será posible que aquí, donde al parecer estoy solo, me encuentre rodeado de un pueblo numeroso, de magnates distinguidos, de hombres virtuosos, de criminales desgraciados, de las gracias de la juventud, de los encantos de la belleza y la gloria del saber? «*Aquí yace el excelentísimo señor Duque de...*» ¿Será verdad?

«Al que de un pueblo ante sus pies rendido
Vi aclamado, en la casa de la muerte
Le hallo ya entre sus siervos confundido.»

Pero ¿qué miro? ¿Tú también, bella Matilde, robada a la sociedad a los quince años, cuando formabas sus mayores esperanzas? ¿Y tú, desgraciado Anselmo, a quien el mundo pagó tan mal tus nobles trabajos y fatigas por su bienestar?... Mas ¿de qué sirven todos esos títulos y honores que ostenta esa lápida, para quien ya es un montón de tierra?... ¡Adulación, adulación por todas partes!... *Aquí yace don... arrebatado por una enfermedad a los 87 años...* ¡Lisonjeros! escuchad a Montaigne, y él os dirá que *a cierta edad no se muere más que de la muerte...* Pero allí veo sobre una lápida un genio apagando una antorcha, sin duda uno de nuestros hombres grandes... ¡Insensato! un hombre oscuro; ¿ni cómo podía ser otra cosa? El cementerio es moderno, y en el día escasean mucho los hombres verdaderamente ilustres, o no se entierran en su patria. Y si no, ¿dónde se halla Isla, Cienfuegos, Meléndez, Moratin?... Si acaso nos queda alguno, busquémoslo en el suelo, en las sepulturas de la multitud.

Mariano José de Larra

(FIGARO)

De los "Artículos de Costumbres,"

YO QUIERO SER CÓMICO

Anché io son pittore.

No fuera yo Figaro, ni tuviera esa travesura y maliciosa índole que malas lenguas me atribuyen, si no sacara a luz pú-

blica cierta visita que no ha muchos días tuve en mi propia casa.

Columpiábame en mi mullido sillón, de estos que dan vueltas sobre su eje, los cuales son especialmente de mi gusto por asemejarse en cierto modo a muchas gentes que conozco, y me hallaba en la mayor perplejidad sin saber cuál de mis numerosas apuntes elegiría para un artículo que me correspondía ingerir aquel día en la Revista.

Quería yo que fuese interesante sin ser mordaz, y conocía toda la dificultad de mi empeño, y sobre todo qué fuese serio, porque no está siempre un hombre de buen humor o de buen talante para comunicar el suyo a los demás.

No dejaba de atormentarme la idea de que fuese histórico, y por consiguiente verídico, porque mientras yo no haga más que cumplir con las obligaciones de fiel cronista de los usos y costumbres de mi siglo, no se me podrá culpar de mal intencionado, ni de amigo de buscar pendencias por una sátira más o menos.

Hallábame, como he dicho, sin saber cuál de mis notas escogería por más inocente, y no encontraba por cierto mucho que escoger, cuando me deparó felizmente la casualidad, materia sobrada para un artículo, al anunciarme mi criado a un joven que me quería hablar indispensablemente.

Pasó adelante el joven haciéndome una cortesía bastante zurda como de hombre que necesita y estudia en la fisonomía del que le ha de favorecer sus gustos e inclinaciones, o su humor del momento para conformarse prudentemente con él, y dando tormento a los tirantes y rudos músculos de su fisonomía para adoptar una especie de careta que desplegase a mi vista sentimientos mezclados de afecto y de diferencia, me dijo con voz forzosamente sumisa y cariñosa:

—¿Es usted el redactor llamado Figaro?

—¿Qué tiene usted que mandarme?

—Vengo a pedirle un favor... ¡Cómo me gustan sus artículos de usted!

—Es claro... Si usted me necesita...

—Un favor de que depende mi vida acaso... ¡Soy un apasionado, un amigo de usted!

—Por supuesto... siendo el favor de tanto interés para usted...

—Yo soy un joven...

—Lo presumo.

—Que quiero ser cómico, y dedicarme al teatro...

—¿Al teatro?

—Sí, señor... como el teatro está cerrado ahora..

—Es la mejor ocasión.

—Como estamos en cuaresma y es la época de ajustar para la próxima temporada cómica, desearía que usted me recomendase.

—¡Bravo empeño!—¿A quién?

—Al Ayuntamiento.

—¡Hola! ¿Ajusta el Ayuntamiento?

—Es decir, a la empresa.

—¡Ah! ¿Ajusta la empresa?

—Le diré a usted... según algunos, esto no se sabe... pero... para cuando se sepa.

—En ese caso no tenga usted prisa, porque nadie la tiene...

—Sin embargo, como yo quiero se cómico...

—Cierto. ¿Y qué sabe usted? ¿Qué ha estudiado usted?

—¿Cómo? ¿Se necesita saber algo?

—No; para ser actor, ciertamente, no necesita usted saber cosa mayor...

—Por eso: yo no quisiera singularizarme; siempre es malo entrar con ese pie en una corporación.

Cecilia Bohl de Faber ("Fernán Caballero,")

Doña Fortuna y don Dinero

CUENTO POPULAR

Quiero favorecerle, amigo, dijo don Dinero metiendo al pobre pomposamente un duro en la mano.

Al pobre le pareció aquello un sueño, y echó a correr que volaba; que la alegría le puso alas a los pies; arribó derecho a una panadería y compró pan; pero cuando fué a sacar la moneda, no halló en el bolsillo sino un agujero, por el que se había salido el duro sin despedirse.

El pobre, desesperado, se puso a buscarlo; pero ¡qué había de hallar! Cochino que es para el lobo, no hay San Antón que le guarde. Tras el duro perdió el tiempo, y tras el tiempo la paciencia y se puso a echarle a su mala fortuna cada maldición que abría las carnes.

Doña Fortuna se tendía de risa; la cara de don Dinero se puso aún más amarilla de coraje, pero no tuvo más remedio que rascarse el bolsillo y darle al pobre una onza.

A éste le entró un alegrón que se le salía el corazón por los ojos. Esta vez no fué por pan, sino a una tienda en que

mercó telas para echarles a la mujer y a los hijos un racioncito de ropa encima. Pero cuando fué a pagar y entregó la onza, el mercader se puso por esos mundos diciendo que aquello era una mala moneda, que por lo tanto sería su dueño un monedero falso, y que lo iba a delatar a la justicia. El pobre, al oír esto, se abochornó y se le puso la cara tan encendida que se podían tostar habas en ella: tocó la suela y fué a contarle a don Dinero lo que le pasaba, llorando por su cara abajo.

Al oírlo doña Fortuna se destornillaba de risa y a don Dinero se le iba subiendo la mostaza a las narices. Toma, le dijo al pobre dándole dos mil reales; mala fortuna tienes, pero yo te he de sacar adelante, o he de poder poco.

El pobre se fué tan enajenado que no vió hasta que se dió de narices con ellos, a unos ladrones que le dejaron como su madre le parió.

Juan Valera

Pepita Jiménez

Mañana como en casa de la famosa Pepita Jiménez, de quien habrá V. oído hablar, sin duda alguna. Nadie ignora aquí que mi padre la pretende.

Mi padre, a pesar de sus cincuenta y cinco años, está tan bien, que puede poner envidia a los más gallardos mozos del lugar. Tiene además el atractivo poderoso, irresistible para algunas mujeres, de sus pasadas conquistas, de su celebridad, de haber sido una especie de D. Juan Tenorio.

No conozco aún a Pepita Jiménez. Todos dicen que es muy linda. Yo sospecho que será una beldad lugareña y algo rústica. Por lo que de ella se cuenta, no acierto a decidir si es buena o mala moralmente; pero sí que es de gran despejo natural. Pepita tendrá veinte años; es viuda; sólo tres años estuvo casada. Era hija de doña Francisca Gálvez, viuda, como usted sabe, de un capitán retirado,

Que le dejó a su muerte
Sólo su honrosa espada por herencia,

según dice el poeta. Hasta la edad de diez y seis años vivió Pepita con su madre en la mayor estrechez, casi en la miseria.

Tenía un tío llamado D. Gumersindo, poseedor de un mezzísimo mayorazgo, de aquellos que en tiempos antiguos una vanidad absurda fundaba. Cualquiera persona regular hubiera vivido con las rentas de este mayorazgo en continuos apuros,

llena tal vez de trampas y sin acertar a darse lustre y decoro propios de su clase; pero D. Gumersindo era un ser extraordinario: el genio de la economía. No se podía decir que crease riqueza; pero tenía una extraordinaria facultad de absorción con respecto a la de los otros, y en punto a consumirla, será difícil hallar sobre la tierra persona alguna en cuyo mantenimiento, conservación y bienestar hayan tenido menos que afanarse la madre naturaleza y la industria humana. No se sabe cómo vivió; pero el caso es que vivió hasta la edad de ochenta años, ahorrando sus rentas íntegras y haciendo crecer su capital por medio de préstamos muy sobre seguro.

José María de Pereda

El Sabor de la Tierruca

Amenizábase el regadeo con dichos y risotadas y se tiznaba la cara con pellejos quemados al que se distraía un instante; en el cual empeño, condición especial de las magostas, eran las mujeres las más tercas.

Así se andaba allí, tan pronto sorbiendo como mascando, como limpiándose la cara con el delantal o la manga de la camisa, cuando apareció Chiscón en la magosta, por el lado de Rinconeda. No se supo nunca si fué casual o de intento la llegada del calabaceado mocetón, y a nadie agradó verle allí tan de improviso; pero como saludó muy atento, se le brindó con lo que había. Tomó por no desairar la oferta, una castaña, y se llevó a los labios la bota de vino; y debió infundirle ánimos la cortés acogida, porque, en vez de seguir su camino, sentóse con los de Cumbrales.

Terminado el refrigerio, se enterró la bruja entre las ya tibias cenizas de la lumbre, y volvió a comenzar el baile. Cada moza fué sacada por un mozo, y el de Rinconeda se quedó entre los pocos desaparejados que miraban; pero se tocó a lo alto, y entonces, al amparo de la costumbre, que es ley en muchos casos, y en tales como aquél, indiscutible, echó fuera al mozo que bailaba con Catalina, creyendo el testarudo que así no eran posibles las calabazas; pero se equivocó. La esquiava moza se plantó en firme en cuanto le tuvo delante, y en seguida la volvió la espalda. Sintió Chiscón el golpe en lo más vivo, y para disimular sus efectos, echó fuera al mozo que le seguía por la izquierda. También entonces se le plantó la moza. Atolondrado ya por la ira y el despecho, siguió fila abajo empeñado en hallar pareja: pero sólo halló desaires en todas partes.

José Ortega Munilla

La Cigarra

Pronto se aparecieron a sus ojos exploradores los primeros edificios de la calle de Fuencarral, cuyas tiendas encendían entonces los mecheros de gas de sus escaparates. Los faroles del público alumbrado lucían. Ya también, y su resplandor, al refractarse en las mojadas aceras, dábales reflejos acerados y blancos. Gruesas gotas caían sin cesar sobre los cristales de las tiendas y de los balcones, deslizándose luego por ellos como lágrimas. Las luces de las casas dibujaban en aquel aire caliginoso, y por decirlo así palpable, manchas rojas de triste fulgor sangriento.

A pesar de que la noche era horrible, no faltaban transeuntes que, armados de sus paraguas casi todos, desafiaban impávidos la inclemencia celeste. Iban a buen paso, como quien se dirige a su negocio o al ajeno (que para el caso es lo mismo), y se deslizaban sobre las relucientes losas a manera de sombras. Numerosos carruajes corrían en todas direcciones, causando con su celeridad y su traqueteo estrepitoso, admiración profunda a la muchacha. Pero aquella admiración no fué muy duradera, y a ella sustituyó en el alma de la niña un dolor, un desconuelo amarguísimo: la idea del abandono absoluto en que se encontraba.

—¡Cuánta gente!—pensó descolgándose de la espalda la guitarra y cogiéndola entre los brazos como a un niño.—Yo no conozco a nadie absolutamente; nadie me habla ni se fija en mí... ¡Virgen del cielo, qué pena! ¿Qué va a ser de tí Solita—exclamó hablando consigo misma—en medio de esta barraúnda?... Mi madrecita me dijo que rezara a la Virgen siempre que estuviese triste y me dieran ganas de llorar... pero ¡he llorado tanto! y he empleado tantas veces ese remedio sin que me alivie el dolor del corazón, que mi pena es incurable!...

Después, fijando los ojos, arrasados de lágrimas, en la guitarra, exclamó:

—¡Pobrecilla! Tú eres mi acompañante, mi amiga, mi madre, mi padre y mi mundo todo. Sin ti no hubiera llegado a este Madrid... ¡Buena estás, guitarra!... En Betanzos se te rompió la prima: en León, a un mismo tiempo saltaron la segunda y tercera... ¡No te quedan sino los bordones, que dan un son triste como el de las campanas cuando tocan a muerto!

Jacinto Benavente

Los intereses creados

Crispín. Duras necesidades de la vida pueden obligar al más noble caballero a empleos de rufián, como a la más noble dama a bajos oficios; y esta mezcla de ruindad y nobleza en un mismo sujeto desluce con el mundo. Habilidad es mostrar separado en dos sujetos lo que suele andar junto en uno solo. Mi señor y yo, con ser uno mismo, somos cada uno una parte del otro. ¡Si así fuera siempre! Todos llevamos en nosotros un gran señor de altivos pensamientos, capaz de todo lo grande y de todo lo bello .. Y a su lado el servidor humilde, el de las ruines obras, el que ha de emplearse en las bajas acciones a que obliga la vida... Todo el corte está en separarlos de tal modo, que cuando caemos en alguna baja podamos decir siempre: «no fué mía, no fuí yo, fué mi criado». En la mayor miseria de nuestra vida hay algo en nosotros que quiere sentirse superior a nosotros mismos. Nos despreciaríamos demasiado si no creyésemos valer más que nuestra vida... Ya sabéis quién es mi señor: el de los altivos pensamientos, el de los bellos sueños. Ya sabéis quién soy yo: el de los ruines empleos, el que siempre muy bajo rastrea y socaba entre toda mentira, y toda indignidad y toda miseria.

José Echegaray

O locura o santidad

Doña Angela.—(*Oculto*). ¿Lo ve usted? Como siempre, leyendo y pensando.

Don Tomás.—(*Oculto*). Angela, su esposo de usted es un sabio; pero no abusemos de la sabiduría. Si la cuerda, cuanto más tensa, da sonidos más agudos, también con mayor facilidad se rompe; y al romperse, a la divina nota sucede un eterno silencio. Mientras el cerebro se agita en sublimes espasmos, la locura acecha; no lo olvide usted.

Don Lorenzo.—¡Estraño libro, libro sublime! ¡Cuántos problemas puso Cervantes en ti, quizá sin saberlo! ¡Loco tu héroe! Loco, sí, loco. El que no oyera más que la voz del deber, al marchar por la vida; el que en cada instante,

dominando sus pasiones, acallando sus afectos, sin más norte que la justicia, ni más forma que la verdad, a la verdad y a la justicia acomodase todos sus actos, y con sacrilega ambición quisiera ser perfecto como el Dios de los cielos... ese, ¡qué ser tan extraño sería en toda sociedad humana! ¡Qué nuevo don Quijote entre tanto y tanto Sancho! Y al tener que condenar en uno el interés, la vanidad en otro, la dicha en aquél, los desordenados apetitos de éste, las flaquezas de todos ¡cómo su propia familia, a manera del alma y la sobrina del andante caballero, cómo sus propios amigos, de igual suerte que el cura, y el barbero, y Sansón Carrasco; cómo jayanes y doncellas, y duques y venteros, y moros y cristianos a una voz le declararan loco y por loco él mismo se tuviera, o al morir lo fingiría, porque le dejasen al menos morir en calma!

Gregorio Martínez Sierra

Canción de cuna

Hermana tornera.—Diga, qué se le ofrece, hermano.

Voz.—Pues de parte de la señora alcaldesa, que los tenga muy felices, y que aquí tiene un recuerdo suyo, y que siente no venir en persona a felicitarla; pero que no puede por lo que ustedes saben (*La Priora suspira, levantando los ojos al cielo, y las demás hacen coro al suspiro*), y que aunque pudiera por eso, tampoco podría, porque está en cama con el dolor que ustedes saben.

Hermana tornera.—Todo sea por Dios. ¿No mejora la pobre de sus dolencias? Dígale que esta tarde le mandaremos un tarrito de un unguento de Santa Clara, y que estas pobres monjas no la olvidan en sus oraciones. Aquí quedan pidiendo por ella para que el Señor le dé conformidad... (*Da la vuelta al torno y aparece en él un cesto, primorosamente cubierto con un paño blanco.*) ¡Ah!, y que la madre agradece muchísimo el obsequio. Vaya con Dios, hermano. (*Acercándose al grupo con el cesto que ha cogido del torno.*) ¡Pobre señora! ¡Cuántas tribulaciones le da nuestro Señor sobre la cruz del matrimonio.

La priora.—Para ella, más pesada que para nadie. Tan piadosa la pobre, y casada con un liberalote.

La maestra de novicias.—Y que desde que tiene la sartén por el mango se ha desatado el hombre. ¿Oyeron vuestras reverencias ayer a media tarde repicar las campanas de

la parroquia? Pues es que el muy hereje las mandó voltear, porque en las elecciones de Madrid sacaron mayoría los republicanos.

Todas.— ¡Jesús, Jesús!

Serafín y Joaquín Alvarez Quintero

Mañana de sol

D.^a Laura.— (*Indignada*) ¡Hombre de Dios!

D. Gonzalo.— (*Volviéndose*). ¿Es a mí?

D.^a Laura.— Sí, señor; a usted.

D. Gonzalo.— ¿Qué pasa?

D.^a Laura.— ¡Que me ha espantado usted los gorriones, que estaban comiendo miguitas de pan!

D. Gonzalo.— ¿Y yo, qué tengo que ver con los gorriones?

D. Laura.— ¡Tengo yo!

D. Gonzalo.— ¡El paseo es público!

D.^a Laura.— Entonces no se queje usted, de que le quiten el asiento los curas.

D. Gonzalo.— Señora, no estamos presentados. No sé por qué se toma usted la libertad de dirigirme la palabra. Sígueme, Juanito. (*Se van los dos por la derecha*).

D.^a Laura.— ¡El demonio del viejo! No hay como llegar a cierta edad para ponerse impertinente. (*Pausa*) Me alegro; le han quitado aquel banco también. ¡Anda! para que me espantes los pajaritos. Está furioso... Sí, sí; busca, busca. Como no te sientes en el sombrero... ¡Pobrecillo! Se limpia el sudor... Ya viene, ya viene... Con los pies levanta más polvo que un coche.

Joaquín Dicenta

Juan José

Rosa.— (*Aterrada*) ¡No, Juan José! ¡Te lo suplico...! ¿Quieres que te lo pida con los brazos en cruz...? ¡No le esperes...! ¡Perdóname...! ¡Vete!

J. José.— ¡Perdonarte cuando pides por él...! ¡irme...! ¡Claro, tan hecha estás a mandar en mí. a que nunca haya dicho «no», cuando me has suplicado, que hasta ahora mismo, en este momento, crees que te haré caso, que me iré...! Crees mal; no me voy. Espero.

Rosa.—¡Por piedál

J. José.—¡Piedál! A otros hombres pueden hablandarles el corazón pidiéndoles por sus padres, por sus hermanos, por sus hijos, por un cariño que tire de ellos...! ¡A mí, no! ¡Yo no tengo padres: ni hermanos, ni familia...! ¡Nada...! ¡Te tenía a tí y te he perdido! No hay nadie que pueda llamar a éste (*El corazón.*) nadie! ¡Con que no supliques, porque tus súplicas dan en piedral!

Rosa.—¡Oye...!

J. José.—(*Con firmeza.*) ¿No has oído que no? (*Prestando atención hacia fuera.*) ¡Suben...!

Rosa.—(*Poniendo también atención.*) ¡Sí! (*Con angustia.*) ¡Es él...! Son sus pasos! (*Con terror.*)

J. José.—¡Sus pasos...! (*Con amargura e ira.*) ¡Conoces sus pasos...! ¡Nunca has conocido los míos! (*Con desesperación.*) ¡Te juro que no volverás a oír los de él! (*Se dirige al fondo.*)

Manuel Linares Rivas

María Victoria

Marq.^a—¿Y esto?

Marq.—De Urbiza.

Marq.^a—¿Para María Victoria?

Marq.—Para las dos; ha dicho para las señoras...

Marq.^a—¡Qué delicadeza! Le invité a ver la procesión desde aquí, porque hablamos anoche en el palco, estando él, y me pareció de rigor...

Marq.—Naturalmente.

Marq.^a—Y mira qué atento... está muy en sociedad.

Marq.—No es de nuestra alcurnia, pero lo disimula.

Marq.^a—¿Qué es lo que disimula?

Marq.—Quiero decir que a pesar de la diferencia de cuna, sus modales y sus juicios son acertadísimos.

Marq.^a—Es un caballero.

Marq.—Yo no tendría reparo en admitirle en mi familia si la ocasión se presentase.

Marq.^a—¿Por qué habías de hacerlo?

Marq.—Y yo creo que lo intenta. Pero esa chiquilla...

Marq.^a—Bien la predico: lo de Juan es un disparate.

Marq.—Evidente.

Benito Pérez Galdós

Episodios nacionales

Yo estoy exánime y no me puedo mover. Esos hombres que veo pasar por delante de mí, no parecen hombres. Están flacos, macilentos y sus rostros serían amarillos si no les ennegreciera el polvo y el humo. Brillan bajo la negra ceja los ojos que ya no saben mirar sino matando. Se cubre de inmundos harapos, y un pañuelo ciñe su cabeza como un cordel. Están tan escuálidos, que parecen los muertos del montón de la calle de la Imprenta, que se han levantado para relevar a los vivos. De trecho en trecho se ven, entre columnas de humo, moribundos, en cuyo oído murmura un fraile conceptos religiosos. Ni el moribundo entiende, ni el fraile sabe lo que dice. La religión misma anda desatinada y medio loca. Generales, soldados, paisanos, frailes, mujeres, todos están confundidos. No hay clases ni sexos. Nadie manda ya, y la ciudad se defiende en la anarquía.

No sé lo que me pasa. No me digáis que siga contando, porque ya no hay nada. Ya no hay nada que contar, y lo que veo no parece cosa real, confundiéndose en mi memoria lo verdadero con lo soñado. Estoy tendido en un portal de la calle de la Albardería, y tiemblo de frío; mi mano izquierda está envuelta en un lienzo lleno de sangre y fango. La calentura me abrasa, y anhelo tener fuerzas para acudir al fuego. No son cadáveres todos los que hay a mi lado. Alargo la mano y toco el brazo de un amigo que vive aún.

COMPOSICIONES EN VERSO

Del "Poema del Myo Çid,"

Antel Campeador doña Ximena fincó los ynois amos:
Lorana de los oios, quisol'besar las manos;
Merced, Campeador, en ora buena fuestes nado:
Por malos mestureros de tierra sodes echado:
Merced ya, Çid, barba tan complida:
Feme ante vos yo e vuestras fijas iffantes son e de días chicas,
Con aquésta mis dueñas de quien so yo servida,
Yo lo veo que estades vos en ida,
E nos de vos partirnos hemos en vida,
Dandnos consejo por amor de Santa María.
Enclinó las manos en la su barba velida;
A las sus fijas en braços las prendía,
Lególas al corazón ca mucho las quería.
Lora de los ojos tan fuerte mientras sospira:
Ya, doña Ximena, la mi mugier tan cumplida,
Como a la mi alma yo tanto vos quería:
Ya lo vedes que partirnos tenemos en vida:
Yo iré e vos fincaredes remanida:
Plega a Dios e a Sancta María
Que aun con nis manos case estas mis fijas,
O que de ventura e algunos días vida
E vos, mugier ondrada, de mi seades servida.
Grand yantar le facen al buen Campeador:
Tañen las campanas en San Pedro a clamor.
Por Castiella oyendo van los pregones,
Como se va de tierra myo Çid el Campeador.

Poema de las "Mocedades del Çid,"

Allegó don Diego Laynes al rey bessarle la mano.
Quando esto vió Rodrigo, non le quiso besar la mano.
Rodrigo fincó los ynojós por le bessar la mano.
El espada traya luenga; el rey fué mal espantado.
A grandes voses dixo: «Tiratme alla esse peccado».
Dixo estonce don Rodrigo: «Querría más un clavo,
Que vos seades mi señor, nin yo vuestro vassallo.

Porque vos la bessó mi padre, soy yo mal amansellado».
Essas oras dixo el rey al conde don Ossorio, su amo:
«Datme vos aca essa doncella, despossaremos este losano».
Aun non lo creyó don Diego, tanto estaba espantado,
Salió la doncella, e traela el conde por la mano.
Ella tendió los ojos, e a Rodrigo comensó de catarlo.
Dixo: «Señor, muchas mercedes, ca este es el conde que yo demándo».
Ally despossavan a doña Ximena Gomes con Rodrigo el Castellano.
Rodrigo respondió muy sannudo contra el rey Castellano:
«Señor, vos me despossastes más a mi pessar que de grado;
Mas promételo a Christus que vos non besse la mano,
Nin me vea con ella en yermo nin en poblado,
Fasta que vensa cinco lides en buena lid en campo».
Quando esto oyó el rey, físose maravillado.
Dixo: «Non es ombre, mas figura ha de peccado.

Gonzalo de Berceo

Vida de Santo Domingo de Silos

En el nomne del Padre, que fizo toda cosa,
Et de don Jhesuchristo, fijo de la Gloriosa,
Et del Spiritu sancto, que egual dellos posa,
De un confesor sancto quiero fer una prosa,
Quiero fer una prosa en roman paladino,
En qual suele el pueblo fablar a su vecino,
Ca no so tan letrado por fer otro latino,
Bien valdrá commo creo, un vaso de bon vino.
Quiero que lo sepades luego de la primera,
Cuya es la ystoria, metervos en carrera:
Es de Sancto Domingo, toda bien verdadera.
El que dicen de Silos, que salva la frontera,
En el nomne de Dios, que nombramos primero,
Suyo sea el preçio, yo seré su obrero,
Galardon del laçerio, yo en él lo espero,
Que por poco servicio da galardon larguero.
Sennor Sancto Domingo, dizlo la escriptura,
Natural fué de Cannas, non de bassa natura,
Lealmente fué fecho a toda derechura,
De todo muy derecho, sin nulla depresura.
Pariantes ovo buenos, del Criador amigos,
Que 'siguién los ensiemplos de los padres antiguos.
Bien sabien escusarse de ganar enemigos:
Bien les venie en mientes de los buenos castigos.

Juhan avie nomne, el su padre onrado.
Del linage de Mannas un omne sennalado
Amador de derecho, de seso acabado,
Non falsarie su dicho por haber monedado.

Del "Poema de Apolonio,"

Ay rey Apolonyo, de ventura pesada,
Si sopiesses de tu fija tan mal es aontada,
Pesar auries e duelo, e sería bien vengada;
Mas cuydo que non biues, onde non sso yo buscada.
De padre nin de madre por mios graues pecados,
Non sabré el çimenterio do fueron soterrados;
Tráyenme como a bestia siempre por los mercados,
De peyores de mi faziendo sus mandados.
Reuiscó Apolonio, plogol de coraçón,
Entendió las palabras que vivien por razón;
Tornóse contra ella, demandol si mintie o non,
Preguntol por paraula de grado el naron.
Duenya, si Dios te dexe al tu padre veyer,
Perdóname el fecho, darte de mio auer;
Erré con fellonía puedes lo bien creyer,
Ca nunqua fiz tal yerro nia lo cuydé facer.
Demas, si me dixiesses qua puede te membrar
El nombre del ama te ssolie criar,
Podriemos nos por ventura amos alegrar,
Lo podría la fija, tu el padre cobrar.
Perdonólo la duenya, perdió el mal taliento,
Dió a la demanda leyal recudimiento,
La ama, diçe, de que siempre menguada me sientto,
Dixéronle Licórides, sepades que non nos miento,
Vio bien Apolonio que andaua carrera;
Endendió bien sen es fallo que la su fija era,
Salló fuera del lecho luego de la primera,
Diziendo valme, Dios, que eres vertut uera.

Del "Libro de Alexandre,"

Era por Alexandre todesto demostrado.
Aun auieno al en el su naçemiento,
Fijos de altos condes nacieron más de ciento,
Fueron pora servirlo todos de bon taliento,
En escrito yaz esto, sepades, non uos miento.
En mannas de grant preçio fué luego entendiendo

Esfforçio e franqueza fué luego decojiendo,
Yual con la edat el coraçon creçiendo:
Aun abes faulaua ya lo yuan temiendo.
Los unos a los otros faulauan entre dientes:
Este moço conquerrá las ençianas yentes:
Felippo e Olimpías que son sus parientes,
Auían grant alegría, metien en ello mientes.
El infante, magar ninno auie grant coraçon
Azie en corpo chico braueza de leon:
Mas destaiaruos quiero de la su criazon,
Ca conuien que nos passemos a la meior razon
Acabo de pocos annos el infant fué criado:
Nunca omne uio moço tan acabado,
Ya cobdiciaua armas, e conquerir regnado
Semeiaua Hercules, tanto era esforçiado.
El padre de VII annos metiolo a leer,
Diolo a maestros ornados de sesso e de saber
Los meiores que pudo en Greçia escoger
Que lo sopiessen en las VII artes enponer.
Aprendia de las VII artes cada día liçion,
De todas cada dia fazie disputaçion,
Tanto annie buen enienno e sotil coraçon
Que uenció los maestros a poca de sazon.

Juan Alfonso de Baena

Ferrand Lopes de Saldaña,
Mi señor gentil loçano,
Ssecretario e escrivano,
Del muy alto Rrey d'España:
Rruego vos que muy syn saña
Supliquedes al privado
Muy leal del Rrey loado,
Que obre siempre fosaña.

Ferrand Lopes de Saldaña,
Mi señor e mi amigo,
Entendet bien lo que digo
Non tagays el juego maña,
Yo deseo cosa estraña
Creed lo syn duda alguna,
Que el muy grant señor de Luna
Fuesse cónsol de Alimaña.

Eferad Lopes de Saldaña,
Creet mas que en el offiçio

Qu'el me dió a su serviçio
Yo só presto e mi conpañã:
En pero porque el araña
Me conquista e me guerrea,
Deseo aver su librea
E del Rrey mula Castaña.

Ferrand Lopes de Saldaña,
Sy por vos algo se mengua,
Rreguardat vos de mi lenqua
Que taja mas que guadaña.

Juan Rodríguez del Padrón

Byve leda sy podras
Non esperes atendiendo,
Que segunt peno sufriendo,
Non entiendo
Que jamás
Te veré nin me verás.

¡O dolorosa partida
De triste amador, que pido
Liçencia, que me despido
De tu vista e de mi vidual
El trabajo perderás
En aver de mi mas cura,
Que segunt mi grant tristura,
Non entyendo
Que jamás
Te veré nin me verás.

Pues que fustes la primera
De quien yo me catyvé,
Desde aquí vos do mi ffé
Vos sserés la postrimera.

Fernán Pérez de Guzmán

Viéneme cerca la mano
Un varón fuerte e notable,
De fortuna variable,
Viriato Lusitano,
Pastor rústico e villano,
De caminos robador.

Pero después vencedor
Del gran imperio romano.
Por continos doce años
Contra Roma guerreó,
Fasiéndole grandes daños,
Tantas veces los venció,
Tantos Cónsules mató,
Que si no Anibal, yo digo
Que tan cruel enemigo
Dudo si Roma falló.
A la fin, según se falla,
Non por los Italianos
Fué vencido en la batalla,
Mas sus mismos Lusitanos
Con muy desleales manos
Cruelmente lo mataron,
De lo qual non triunfaron
Con gran gloria los Romanos.

Iñigo López de Mendoza

Marqués de Santillana

La "Vaquera de la Finojosa,"

Moza tan fermosa
non ví en la frontera
*como una vaquera
de la Finojosa.*

Faciendo la vía
de Calavateño
a Santa María,
vencido del sueño
por tierra fragosa,
perdí la carrera
*do ví la vaquera
de la Finojosa.*

En un verde prado
de rosas e flores,
guardando ganado
con otros pastores,
la vi tan fermosa
que apenas creyera

*que fuese vaquera
de la Finojosa.*

Non creo las rosas
de la primavera
sean tan fermosas
nin de tal manera,
fablando sin glosa,
si antes supiera
*daquella vaquera
de la Finojosa.*

No tanto mirara
su mucha beldad
porque me dexara
en mi libertad;
mas dixé: donosa,
por saber quien era
*aquella vaquera
de la Finojosa.*

SONETO

No en palabras los ánimos gentiles,
No en amenazas, ni en semblantes fieros
Se muestran altos, fuertes e viriles,
Bravos, audaces, duros, temedores.

Sean los actos non punto civiles
Mas virtuosos e de cavalleros,
E dexemos las armas feminiles
Abominables a todos guerreros.

Si los Scipiones e Decios lidiaron
Por el bien de la patria, ciertamente
Non es dubda magüer que non hablaron;

O si Metelo se mostró valiente
Pues loaremos los que bien obraron
E dejaremos el hablar noziente.

Juan de Dueñas

La nao de amor

En altas ondas del mar
Navegando con fortuna,
Al tiempo vela ninguna
Non pudiendo comportar,
Contrarios vientos a par
Sacudiendo las entenas,
Esforcé con velas buenas,
Mas non pude contrastar
Al grand poder de mis penas.
Nave de grande humildança
Fis por compás e velando
En amor fortificando
Su camino de esperança,
Las tablas de lealtança
Yuntadas con discrección
Empegadas de raçon:
En la casa de temprança
Servando insto el timon,
Yo fise de fortaleza
El mástel a la mesana,
Las entenas de muy sana

Fusta nueva syn corteza;
E las xarcias de firmeza
Las velas otro que tal,
La sorra puse de sal,
Pistada con gran destresa,
Con obediencia coral...

Juan de Mena

Del "Laberinto,"

Bien se mostraba ser madre en el duelo
que fizo la triste después que ya vido
el cuerpo en las andas sangriento tendido
de aquél que criara con tanto desvelo:
ofende con dichos crueles al cielo,
con nuevos dolores su flaca salud,
y tantas angustias roban su virtud
que cae la triste muerta por el suelo.

Rasga con uñas crueles su cara,
hiede sus pechos con mesura poca;
besando a su fijo la su fría boca
maldice las manos de quien lo matara;
maldice la guerra do se comenzara,
busca con ira crueles querellas,
niega a sí misma reparo de aquéllas,
y tal como muerta, viviendo, se para.

Jorge Manrique

De las "Coplas a la muerte de su padre,"

I

Recuerde la alma dormida,
Avive el seso y despierte,
Contemplando
Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte
Tan callando.
Cuán presto se va el placer.
Cómo después de acordado
Da dolor:

Cómo a nuestro parecer,
Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor.

II

Pues que vemos lo presente
Cuán en un punto ses ido
Y acabado,
Si juzgamos sabiamente,
Daremos lo no venido
Por pasado.
No se engañe nadie, no,
Pensando que ha de durar
Lo que espera
Mas que duró lo que vió,
Pues que todo ha de passar
Por tal manera.

III

Nuestras vidas son los ríos
Que van a dar en la mar,
Que es el morir.
Allí van los señorios
Derechos a se acabar
Y consumir.
Allí los ríos caudales,
Allí los otros medianos
Y más chicos.
Allegados son iguales
Los que viven por sus manos
Y los ricos.

Garcilaso de la Vega

De la "Egloga tercera,"

TIRRENO Y ALCINO

Tirreno

Flérida, para mí dulce y sabrosa
Más que la fruta del cercano ajeno,
Más blanca que la leche y más hermosa
Que el prado por Abril de flores lleno;
Si tú respondes pura y amorosa

Al verdadero amor de tu Tirreno,
A mi majada arribarás primero
Que el cielo nos amuestre su lucero:

Alcino

Hermosa Filis, siempre yo te sea
Amargo al gusto más que la retama,
Y de tí despojado yo me vea,
Cual queda el tronco de su verde rama.
Si más que yo el murciélago desea
La oscuridad, ni más la luz desama
Por ver el fin de un término tamaño
Deste día, para mí mayor que un año.

Tirreno

Cual suele acompañada de su bando
Aparecer la dulce primavera,
Cuando Favonio y Zéfiro soplando
Al campo tornan su beldad primera,
Y van artificiosos esmaltando
De rojo, azul y blanco la ribera;
De tal manera a mí, Flérída mía,
Viniendo, reverdece la alegría.

SONETO

¡Oh, dulces prendas, por mi mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios quería!
Juntas estáis en la memoria mía,
Y con ella en mi mente conjuradas.
¿Quién me dijera cuando en las pasadas
Horas en tanto bien por vos me vía
Que me habíais de ser en algún día
Con tan grave dolor representadas?
Pues en una hora junto me llevastes
Todo el bien que por términos me distes,
Llevadme junto el mal que me dejastes.
Si no, sospecharé que me pusistes
En tantos bienes porque deseastes
Verme morir entre memorias tristes.

Luis Martín

Madrigales

Iba cogiendo flores
Y guardando en la falda
Mi ninfa, para hacer una guirnalda;
Mas primero las toca
A los rosados labios de su boca,
Y les da de su aliento los olores;
Y estaba por su bien, entre una rosa
Una abeja escondida
Su dulce humor hurtando,
Y como en la hermosa
Flor de los labios se halló, atrevida
La picó, sacó miel, fuese volando.
Sobre el verde amaranto y espadaña
Que Guadalhorce baña
Tenía con dorada llave el sueño
Cerrados los dos ojos, claros soles,
De mi hermoso dueño,
Y del rostro los rojos arreboles
Con un sudor cubiertos oloroso,
Vídola el cristalino dios del río
Y a tierra sale de su albergue undoso,
Vestido el cuerpo de ovas y rocío,
Y con helados labios bebe y toca
El delicado aliento de su boca.
El sueño sintió el hielo,
Y abrió los soles del sereno cielo,
Y al Dios hecho de escarcha así le ofenden,
Que suena ya su pecho como fragua,
Y teme que los rayos que lo encienden
Lo conviertan en agua;
Y así turbado y ciego
Saltó en el agua y escapó del fuego.

Gaspar Gil Polo

Canción de Nerea

En el campo venturoso
Donde con clara corriente
Guadalaviar hermoso,
Dejando el suelo abundoso
Da tributo al mar potente;
Galatea desdeñosa
Del dolor que a Licio daña,
Iba alegre y bulliciosa
Por la ribera arenosa
Que el mar con sus ondas baña.

Entre la arena cogiendo
Conchas y piedras pintadas,
Muchos cantares diciendo
Con el sol del ronco estruendo
De las ondas alteradas.

Junto al agua se ponía,
Y las ondas aguardaba,
Y en verlas llegar huía;
Pero a veces no podía,
Y el blanco pie se mojaba.

«¿Qué pasatiempo mejor
Cerca del mar puede hallarse
Que escuchar el ruiseñor
Coger la olorosa flor
Y en clara fuente lavarse?
»Plugiera a Dios que gozaras
De nuestro campo y ribera:
Y porque más lo preciaras
Ojalá tú lo probaras,
Antes que yo lo dijera.
»Porque cuanto alabo aquí
De su crédito le quito,
Pues el contentarme a mí
Bastará para que a tí
No te venga en apetito».
Licio mucho más le hablara,
Y tenía más que hablalle,
Si ella no se lo estorbara,

Que con desdeñosa cara
Al triste dice que calle.
Volvió a sus juegos la fiera
Y a sus llantos el pastor;
Y de la misma manera
Ella queda en la ribera
Y él en su mismo dolor.

Gutiérrez de Cetina

Madrigal

Ojos claros, serenos,
Si del dulce mirar sois alabados,
¿Por qué si me miráis, miráis airados?
Si cuanto más piadosos
Más bellos parecéis a quien os mira,
¿Por qué a mí sólo me miráis con ira?
Ojos claros, serenos,
Ya que así me miráis, miradme al menos.

Francisco de la Torre

El más allá

Donde siempre hay sereno alegre cielo
Y el fresco viento de la gracia expira
Sin conocer jamás rígido invierno;
Y el blanco lirio tierno,
El jazmín oloroso y las hermosas
Violetas de colores matizados,
Las blancas y encarnadas
Y las purpúreas bellas frescas rosas
Adornan las guiraldas celestiales
De los divinos coros virginales.
Allí fértiles árboles cargados
De inusitados frutos soberanos
Hacen las bellas selvas deleitosas;
Y ríos de cristales regalados
Bañan aquellos siempre verdes llanos
Y en las riberas frescas y sombrosas
En vez de dolorosas

Quejas del ave, se oye noche y día
Música que las almas entretiene;
Y allí fuerza no tiene
Muerte o fortuna que el placer desvía,
Ni la triste vejez al gusto ingrata
Vuelve el cabello de color de plata.

Fernando de Herrera

SONETOS

Al marqués de Santa Cruz.

Tú, que vengando con la armada mano,
El ya perdido honor del Occidente,
Teñiste del mar Jonio la corriente
Con la vertida sangre de otomano;
Y volviendo en el piélago africano
Venciste el reino antiguo y tiria gente,
Y del francés y escoto el pecho ardiente
Rompiste, y la pujanza del germano;
Y de rendir cansado el mar y tierra,
Descansas ya en la paz del alto cielo,
Que la tierra era poca a tanta gloria;
Ahora que amenaza cruda guerra
El impío scita, y tiembla todo el suelo,
Ven, o envía a los tuyos la victoria.

Al invierno

Hórrido invierno, que la luz serena
Y agradable color del puro cielo
Cubres de oscura sombra y turbio velo
Con la mojada faz, de nieblas llena,
Vuelve a la fría gruta y la cadena
Del nevoso aquilón, y entre aquel hielo
Que oprime con rigor el duro suelo,
Las furias de tu ímpetu refrena;
Que en tanto que en tu ira embravecido
Asaltas el divino hispalio río
Que corre al sacro seno de Occidente,
Yo, triste, en nube eterna del olvido
(Culpa tuya), apartado del sol mío,
No me enciendo en los rayos de su frente.

Baltasar de Alcázar

Un Cardenal valiente

Estando los escuadrones
Florentinos y romanos,
De indinados corazones,
Para venir a las manos
Por sus antiguas pasiones,
Iba el Cardenal de España
Rodeando la campaña,
Y animando a sus soldados
Que entrasen determinados
En la militar hazaña,
Diciéndoles: «Ea, señores,
Pelead como debéis,
Pues en todo sois mejores.
Y tantas veces habéis
Vencido trances mayores.
»La deseada victoria,
Que esperáis, ya es conocida;
No tenéis por qué dudalla:
Los muertos en la batalla
Váis a cenar en la gloria».
Y oyendo el rumor vecino,
Echóles la bendición,
Y en un caballo sabino,
Hijo de padre frisón,
Tomó de Roma el camino.
Viendo los soldados esto,
Que era indicio manifiesto
Que iba el Cardenal huyendo,
Dábanle voces, diciendo:
«Monseñor no os vais tan presto;
Ya los enemigos vienen,
La bélica trompa suena,
Para que todos se ordenen
Hallaros heis a la cena
Que aderezada nos tienen».
El respondió sin parar:
«Yo holgara de quedar,
Aunque de camino voy,
Por daros gusto: mas hoy
He dispuesto no cenar.»

Alonso de Ercilla y Zúñiga

De "La Araucana,"

Caciques del Estado defensores,
Codicia de mandar no me convida
A pesarme de veros pretensores
De cosa que a mí tanto era debida;
Porque según mi edad ya veis, Señores,
Que estoy al otro mundo de partida:
Mas el amor, que siempre os he mostrado.
A bien aconsejaros me ha incitado.

¿Por qué cargos honrosos pretendemos,
Y ser en opinión grandes tenidos,
Pues que negar al mundo no podemos
Haber sido sujetos y vencidos?
¿Y en esto averiguarnos no queremos,
Estando aún de españoles oprimidos?
Mejor fuera esta furia ejecutalla
Contra el fiero enemigo en la batalla.

¿Qué furor es el vuestro, o Araucanos,
Que a perdición os lleva sin setillo?
¿Contra vuestras entrañas tenéis manos,
Y no contra el tirano en resistillo?
¿Teniendo tan a golpe a los cristianos,
Volvéis contra vosotros el cuchillo?
Si gana de morir os ha movido,
No sea en tan bajo estado y abatido.

Volved las armas y ánimo furioso
A los pechos de aquellos, que os han puesto
En dura sujeción con afrentoso
Partido, a todo el mundo manifiesto;
Lanzad de vos el yugo vergonzoso;
Mostrad vuestro valor y fuerza en esto:
No derramáis la sangre del Estado
Que para derrimirnos ha quedado.

Bernardo de Balbuena

De "El Bernardo,"

Poema heróico

Dió el francés a Bernardo una herida
tan a sazón, que pudo desarmalle
todo el hombro siniestro, y de encendida
sangre darle una nueva fuente al valle:
corrió notable riesgo de la vida;
mas cuando ya volví a segundalle,
tan reció entró con él, que por las faldas
de un gran peñasco le hizo dar de espaldas.

Y antes que hallase tiempo conveniente
de rehacer su furia, con dos manos
alta la espada, sobre el yelmo ardiente
bajó gimiendo por los aires vanos:
la celada rompió el golpe valiente,
sonó el eco en los valles comarcanos,
y aunque no cayó el conde, del ruido
quedó atronado el uso del sentido.

Queríale ya dejar, y un bulto mudo,
del muerto primo sombra temerosa,
vió en el aire pasar, y el dolor pudo
volver cruel su alma de piadosa:
«Aunque es corta venganza a mal tan crudo,
no te puedo dar más, oh alma dichosa;
muere ahora, cruel; muere, homicida,
que aquí todo se paga con la vida.»

Dijo; y alzando el brazo vengativo,
a dar sobre él la fiera arma encantada,
dos partes quedó hecho el yelmo altivo,
su heróica frente y la enemiga espada;
cayó muerto Roldán, quedando vivo
su eterno nombre: su alma arrebatada
feroz voló a la esfera, y su gallardo
cuerpo, a los pies cayó del gran Bernardo.

Luis de Góngora y Argote

Letrilla

*Ande yo caliente
y riase la gente.*
Traten otros del gobierno
del mundo y sus monarquías,
mientras gobiernan mis días
mantequillas y pan tierno,
y las montañas de invierno
naranjada y aguardiente;
y riase la gente.

Coma en dorada vajilla
el príncipe mil cuidados
como píldoras dorados;
que yo en mi pobre mesilla
quiero más una morcilla
que en el asador reviente;
y riase la gente.

Cuando cubran las montañas
de plata y nieve el enero,
tenga yo lleno el brasero
de bellotas y castañas,
y quien las dulces patrañas
del rey que rabió me cuente;
y riase la gente.

Busque muy enhora buena
el mercader nuevos soles;
yo conchas y caracoles
entre la menuda arena,
escuchando a Filomena
sobre el chopo de la fuente;
y riase la gente.

Bartolomé Leonardo de Argensola

Soneto

Dime, Padre común: pues eres justo,
¿Por qué ha de permitir tu providencia,
Que, arrastrando prisiones la inocencia,
Suba la fraude al tribunal augusto?

¿Quién da fuerzas al brazo, que robusto,
Hace a tus leyes firme resistencia;
Y que el celo que más las reverencia,
Gima a los pies del vencedor injusto?

Vemos que vibran victoriosas palmas
Manos inícuas; la virtud gimiendo
Del triunfo en el injusto regocijo.

Esto decía yo, cuando, riendo,
Celestial ninfa apareció y me dijo:
¡Ciego!, ¿es la tierra el centro de las almas?

Lupercio Leonardo de Argensola

Sonetos

Imagen espantosa de la muerte,
sueño cruel no turbes más mi pecho,
mostrándome cortado el nudo estrecho,
consuelo solo de mi adversa suerte,

Busca de algún tirano el muro fuerte,
de jaspe las paredes, de oro el techo,
o el rico avaro en el angosto lecho,
haz que temblando con sudor despierte.

El uno vea el popular tumulto
romper con furia las herradas puertas,
o al sobornado siervo el hierro oculto;

El otro, sus riquezas descubiertas
con llave falsa o con violento insulto,
y déjale al amor sus glorias ciertas.

Yo os quiero confesar D. Juan, primero,
que aquel blanco y carmín de Doña Elvira
no tiene de ella más, si bien se mira,
que el haberle costado su dinero.

Pero también que me confieses quiero,
que es tanta la beldad de su mentira,
que en vano a competir con ella aspira
belleza igual de rostro verdadero.

¿Mas qué mucho que yo perdido ande
por un engaño tal, pues que sabemos
que nos engaña así naturaleza?

Porque ese cielo azul que todos vemos
ni es cielo, ni es azul. ¡Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!

Fray Luis de León

La vida tranquila

¡Qué descansada vida
La del que huye del mundanal ruido,
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido!
Que no le enturbia el pecho
De los soberbios grandes el estado,
Ni el dorado techo
Se admira, fabricado
Del sabio moro, en jaspes sustentado.
No cura si la fama
Canta con voz su nombre pregonera,
Ni cura si encarama
La lengua lisonjera
La que condena la verdad sincera.
¿Qué presta a mi contento,
Si soy del vano dedo señalado,
Si en busca de este viento
Ando desalentado
Con ansias vivas, con mortal cuidado?
¡Oh monte, oh fuente, oh río,
Oh secreto seguro, deleitoso!
Roto casi el navío
A vuestra alma reposo
Huye de aqueste mar tempestuoso
Un no rompido sueño,
Un día puro, alegre, libre quiero;
No quiero ver el ceño
Vanamente severo
De a quien la sangre ensalza o el dinero.

Noche serena, a Oloarte

Cuando contemplo el cielo,
De innumerables luces adornado,
Y miro hacia el suelo
De noche rodeado,
En sueño y en olvido sepultado

El amor y la pena
Despiertan en mi pecho un ansia ardiente,
Despide larga vena,
Los ojos hechos fuente,
Oloarte, y dijo al fin con voz doliente:
«Morada de grandeza,
Templo de caridad y de hermosura,
El alma que a tu alteza
Nació ¿qué desventura
La tiene en esta cárcel baja, oscura?
»¿Qué mortal destino
De la verdad aleja así el sentido
Que de tu bien divino
Olvidado, perdido,
Sigue la vana sombra, el bien fingido?»
El hombre está entregado
Al sueño, de su suerte no cuidando
Y con paso callado
El cielo vueltas dando
Las horas del vivir le va hurtando.

San Juan de la Cruz

Canción

I

¡Oh llama de amor viva,
Que tiernamente hieres
De mi alma en el más profundo control
Pues ya no eres esquiva,
Acaba ya, si quieres,
Rompe la tela de este dulce encuentro!

II

¡Oh cautiverio suave!
¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado,
Que a vida eterna sabe,
Y toda deuda paga!
Matando, muerte en vida la has trocado.

III

¡Oh lámparas de fuego,
En cuyos resplandores

Las profundas cavernas del sentido,
Que estaba oscuro y ciego,
Con extraños primores,
Calor y luz dan junto a su querido!

Santa Teresa de Jesús

SONETO

A Cristo Crucificado

No me mueve mi Dios para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, mi Dios; muéveme el verte
clavado en esa cruz y escarnecido;
muéveme por tu cuerpo tan herido;
muéveme las angustias de tu muerte;

Muéveme en fin, tu amor de tal manera
que, aunque no hubiera cielo, yo te amara
y aunque no hubiera infierno te temiera,

No me tienes que dar porque te quiera;
porque, si cuánto espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

Fray Félix Lope de Vega Carpio

Sonetos

Daba sustento a un pajarillo un día
Lucinda, y por los hierros del portillo
fuésele de la jaula el pajarillo
al libre viento en que vivir solía.

Con un suspiro a la ocasión tardía
tendió la mano, y no pudiendo asillo,
dijo (y de las mejillas amarillo
volvió el clavel que entre su nieve ardía):

«¿Adónde vas? ¿Por despreciar el nido,
al peligro de ligas y de balas
y el dueño huyes que tu pico adora?»

Oyóla el pajarillo enternecido,
y a la antigua prisión volvió las alas:
¡que tanto puede una mujer que llora!

Es la mujer del hombre lo más bueno;
Es la mujer del hombre lo más malo,
Su vida suele ser y su regalo,
Su muerte suele ser y su veneno.

Cielo a los ojos cándido y sereno,
Que muchas veces al invierno igualo,
Por raro al mundo su valor señalo,
Por falso el hombre su rigor condeno.

Ella nos da su sangre, ella nos cría,
No ha hecho el cielo cosa más ingrata:
Es un ángel y a veces una harpía.

Quiere, aborrece, trata bien, maltrata,
Y es la mujer, al fin, como sangría,
Que a veces da salud y a veces mata.

ROMANCE

Cobarde pensamiento
Pues todas tus promesas,
Burlándose del alma,
El viento se las lleva.
¿Qué quieres en mi pecho,
Que tanto me atormentas,
Pues tienes tú la culpa
Y tengo yo la pena?

Subir al mismo cielo
Tomaste por empresa;
Si bajas al abismo
¿Qué quieres que te deba?
El fuego en que me pones
Contradice tu fuerza;
Y si es bajar tu oficio
Las alas ¿de qué prestan?

Pensé yo, pensamiento
Que el mismo sol subieras,
Y que de ver tus bríos
Temblaron las estrellas,
Y he visto que su ofensa
Despierto sueña quien amando piensa.

¡Ay pensamiento mío!
¿Quién esto nos dijera,
A mí, que estoy sin vida,
Y a ti, que estás sin fuerza?

Cuando el amor, tu padre,
Para tan alta guerra

Rógaba a la esperanza
Te armase de firmeza.
¡Qué lucido saliste
Con galas soldadescas,
Prometiendo despojos
De favores y prendas!
¡Qué desmayado vuelves,
Las esperanzas muertas,
Las alas derretidas
Y las plumas deshechas!
Cobarde me saliste,
Mejor pensé que fueras;
Mil cosas prometías,
Que las creí por ciertas.
Y he visto que en su ofensa
Despierto sueña quien amando piensa.

De la comedia "La Estrella de Sevilla."

ACTO SEGUNDO.—ESCENA XI

DON SANCHO.—EL REY

- D. Sancho.* Vuestra alteza a mis dos labios
Les conceda los dos pies.
- Rey.* Alzad; que os hiciera agravios.
Alzad.
- D. Sancho.* Señor...
- Rey.* (*Ap.*) Galán es.
- D. Sancho.* No es mucho que yo, Señor,
Me turbo, no siendo aquí
Retórico ni orador.
- Rey.* Pues decid, ¿qué veis en mí?
- D. Sancho.* La majestad y el valor.
Y al fin una imagen veo
De Dios, pues le imita el Rey;
Y después de El, en vos creo.
A vuestra cesárea ley,
Gran Señor, aquí me empleo.
- Rey.* ¿Cómo estáis?
- D. Sancho.* Nunca me he visto
Tan honrado como estoy.
- Rey.* Pues aficionado os soy,
Por prudente y por bien quisto.

Porque estaréis con cuidado,
Codicioso de saber
Para lo que os he llamado,
Deciroslo quiero, y ver
Que en vos tengo un gran soldado.
—A mi me importa matar.
En secreto a un hombre, y quiero
Este caso confiar
Sólo de vos; que os prefiero
A todos los del lugar.

D. Sancho.

¿Está culpado?

Rey.

Si está.

D. Sancho.

Pues ¿cómo muerte en secreto
A un culpado se le da?

Poner su muerte en efecto

Públicamente podrá

Vuestra justicia, sin dalle

Muerte en secreto; que así

Vos os culpáis en culpalle,

Pues dais a entender que aquí

Sin culpa mandáis matalle.

Si ese hombre os ha ofendido

En leve culpa, Señor,

Que le perdonéis os pido.

Rey.

Para su procurador,

Sancho Ortiz, no habéis venido,

Sino para dalle muerte;

Y pues se la mando dar

Escondiendo el brazo fuerte,

Debe a mi honor importar

Matarle de aquesta suerte.

¿Merece el que ha cometido

Crimen læsæ, muerte...?

D. Sancho.

En fuego.

Rey.

¿Y si *crimen læsæ* ha sido

El de éste...?

D. Sancho.

Que muera luego,

A voces, Señor, os pido;

Y si es así, la daré,

Señor, a mi mismo hermano,

Y en nada repararé.

Rey.

Dadme esa palabra y mano.

D. Sancho.

Y en ella el alma y la fe.

Rey.

Hallándole descuidado,

Puedes matarle.

D. Sancho.

¡Señor!

Siendo Roela y soldado,

¿Me queréis hacer traidor?
¡Yo muerte en caso pensado!
Cuerpo a cuerpo he de matalle,
Donde Sevilla lo vea,
En la plaza o en la calle;
Que al que mata y no pelea,
Nadie puede disculpalle;
Y gana más el que muere
A traición, que el que le mata;
Y el vivo que cuantos trata
Su alevosía refiere.

Rey.

Matadle como queráis;
Que este papel para abono
De mí firmado lleváis,
En que consta que os perdono
Cualquier delito que hagáis.

Juan Ruiz de Alarcón

La verdad sospechosa

ACTO SEGUNDO.—ESCENA IX

D. BELTRÁN.—D. GARCÍA

Bel.

¿Sois caballero, García?

Gar.

Téngome por hijo vuestro.

Bel.

¿Y basta ser hijo mío
Para ser vos caballero?

Gar.

Yo pienso, señor, que sí.

Bel.

¡Qué engañado pensamiento!

Sólo consiste en obrar
Como caballero, el serlo.

¿Quién dió principio a las casas
Nobles? Los ilustres hechos
De sus primeros autores.

Sin mirar sus nacimientos
Hazañas de hombres humildes
Honraron sus herederos;

Luego en obrar mal o bien
Está el ser malo o ser bueno.

¿Es así?

Gar.

Que las hazañas
Den nobleza, no lo niego;

Bel. Mas no neguéis que sin ellas
También la da el nacimiento.
Pues si honor puede ganar
Quien nació sin él ¿no es cierto
Que por el contrario puede,
Quien con él nació, perdello?
Gar. Es verdad.

Bel. Luego si vos
Obráis afrentosos hechos,
Aunque seáis hijo mío,
Dejáis de ser caballero;
Luego si vuestras costumbres
Os infaman en el pueblo,
No importan paternas armas,
No sirven altos abuelos.
¿Qué cosa es que la fama
Diga a mis oídos mismos
Que a Salamanca admiraron
Vuestras mentiras y enredos?

Juan de Arguijo

Al Guadalquivir

Tú, a quien ofrece el apartado polo
Hasta donde tu nombre se dilata,
Preciosos dones de luciente plata;
Que envidia el rico Tajo y el Pactolo;
Para cuya corona, como a solo
Rey de los ríos, entreteje y ata
Palas su oliva con la rama ingrata
Que contempla en tus márgenes Apolo;
Claro Guadalquivir: si impetuoso
Con crespas hondas y mayor corriente,
Cubrieres nuestros campos mal seguros;
De la mejor ciudad, por quien famoso
Alzas igual al mar la altiva frente,
Respetas humilde los antiguos muros.

Juan Nicasio Gallego

De "El Dos de Mayo,"

Mas ¡hay! que en tanto sus funestas alas
Por la opresa metrópoli tendiendo,
La yelma asolación sus plazas cubre;
Y al áspero silbar de ardientes balas,
Y al ronco son de los preñados bronce
Nuevo fragor y estrépito sucede.
¿Oís cómo rompiendo
De moradores tímidos las puertas,
Caen estallando de los fuertes goznes?
¡Con qué espantoso estruendo
Los dueños buscan, que medrosos huyen!
Cuanto encuentran destruyen.
Bramando los atroces forajidos,
Que el robo infame y la matanza ciegan.
¿No véis cuál se despliegan,
Penetrando en los hondos aposentos,
De sangre y oro y lágrimas sedientos?
Rompen, talan, destrozan
Cuanto se ofrece a su sangrienta espada:
Aquí matando al dueño se alborozan,
Hieren allí su esposa acongojada;
La familia asolada
Yace espirando, y con feroz sonrisa
Sorben voraces el fatal tesoro.
Suelta a otro lado, la madeja de oro,
Mustio el dulce carmín de su mejilla,
Y en su frente marchita la azucena,
Con voz turbada y anhelante lloro
De su verdugo ante sus pies se humilla
Tímida virgen de amargura llena;
Mas con furor de hiena,
Alzando el corvo alfanje damasquino,
Hiende su cuello el bárbaro asesino.

¡Horrible atrocidad!... ¡Treguas, oh musa,
Que ya la voz rehusa,
Embargada en suspiros, mi gargantal
Y en ignominia tanta
¿Será que rinda el español bizarro
La indómita cerviz a la cadena?
No, que ya en torno suena
De Pallas fiera el sanguinoso carro,
Y el látigo estallante
Los caballos flamígeros hostiga.
Ya el duro peto y el arnés brillante
Viste los fuertes hijos de Pelayo;
Fuego arrojó su ruginoso acero;
¡Venganza y guerra! resonó en su tumba;
¡Venganza y guerra! repitió Moncayo;
Y al grito heróico que en los aires zumba,
¡Venganza y guerra! claman Turia y Duero;
Guadalquivir guerrero
Alza al bélico son la regia frente,
Y del Patrón valiente
Blandiendo altivo la nudosa lanza,
Corre, gritando al mar: ¡Guerra y venganza!
¡Oh, sombras infelices
De los que aleve y bárbara cuchilla
Robó a los dulces lares!
¡Sombras inultas, que en fugaz gemido
Cruzáis los anchos campos de Castilla!
La heroica España, en tanto que al bandido
Que a fuego y sangre, de insolencia ciego,
Brindó felicidad, a sangre y fuego
Le retribuye el don, sabrá piadosa
Daros solemne y noble monumento.
Allí en padrón cruento
De oprobio y mengua, que perpétuo dure,
La vil traición del déspota se lea,
Y altar eterno sea
Donde todo español al monstruo jure
Rencor de muerte, que en sus venas cunda,
Y a cien generaciones se difunda.

Manuel José Quintana

De "La invención de la imprenta,"

Pero al fin sacudiéndose, otra prueba
La plugo hacer de sí, y el Rhin helado
Nacer vió a Guttenberg. ¿Con que es en vano
Que el hombre al pensamiento
Alcanzase, escribiéndole, a dar vida,
Si desnudo de curso y movimiento,
En letargosa oscuridad se olvida?
No basta un vaso a contener las olas
Del férvido Oceano,
Ni en sólo un libro dilatarse pueden
Los grandes dones del ingenio humano:
¿Qué les falta? ¿Volar? Pues si a natura
Un tipo basta a producir sin cuento
Seres iguales, mi invención la siga;
Que en ecos mil y mil sienta doblarse
Una misma verdad, y que consiga
Las alas de la luz al desplegarse.
Dijo, y la imprenta fué; y en un momento
Vieras la Europa atónita, agitada
Con el estruendo sordo y formidable
Que hace sañudo el viento
Soplando el fuego asolador que encierra
En sus cabernas lóbregas la tierra.

Rodrigo Caro

De la canción "A las ruinas de Itálica,"

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Itálica famosa.
Aquí de Cipión la vencedora
Colonia fué; por tierra derribado
Yace el temido honor de la espantosa
Muralla, y lastimosa
Reliquia es solamente

De su invencible gente,
Sólo quedan memorias funerales,
Donde herraron ya sombras de alto ejemplo;
Este llano fué plaza, allí fué templo;
De todo apenas quedan las señales:
Del gimnasio y las termas regaladas
Leves vuelan cenizas desdichadas;
Las torres que desprecio al aire fueron
A su gran pesadumbre se rindieron.

Este despedazado anfiteatro,
Impío honor de los dioses, cuya afrenta
Publica el amarillo jaramago,
Ya reducido a trágico teatro,
¡Oh fábula del tiempo! representa
Cuánta fué su grandeza y es su estrago.
¿Cómo en el cerco vago
De su desierta arena
El gran pueblo no sueña?
¿Dónde, pues, fieras, ¡ay! está el desnudo
Luchador? ¿Dónde está el atleta fuerte?
Todo desapareció, cambió la suerte
Voces alegres en silencio mudo;
Mas aun el tiempo da en estos despojos
Espectáculos fieros a los ojos,
Y miran tan confuso lo presente,
Que voces de dolor el alma siente.

Aquí nació aquel rayo de la guerra,
Gran padre de la patria, honor de España,
Pío, felice, triunfador Trajano,
Ante quien muda se postró la tierra
Que ve del sol la cuna, y la que baña
El mar, también vencido gaditano.
Aquí de Elio Adriano,
De Teodosio divino,
De Silio peregrino
Rodaron de marfil y oro las cunas.
Aquí ya de laurel, ya de jazmines
Coronados les vieron los jardines,
Que ahora son zarzales y lagunas.
La casa para el César fabricada,
¡Ay! yace de lagartos vil morada:
Casas, jardines, Césares murieron,
Y aun las piedras que de ellos se escribieron.

Francisco de Rioja

A la Rosa

Silva

Pura, encendida rosa,
Émula de la llama,
Que sale con el día
¿Cómo naces tan llena de alegría,
Si sabes que la edad que te da el cielo,
Es apenas un breve y veloz vuelo?
Y ni valdrán las puntas de tu rama,
Ni tu púrpura hermosa,
A detener un punto
La ejecución del hado presurosa.
El mismo cerco alado
Que estoy viendo riente,
Ya temo amortiguado,
Presto despojo de la llama ardiente.
Para las hojas de tu crespo seno
Te dió amor de sus alas blandas plumas,
Y oro de sus cabellos dió a tu frente.
¡Oh fiel imagen suya peregrina!
Bañote en su color, sangre divina,
De la deidad que dieron las espumas.
¿Y esto, purpúrea flor, y esto no pudo
Hacer menos violento el rayo agudo?
Róbate en una hora,
Róbate licencioso su ardimiento
El color y el aliento:
Tiendes aún no las alas abrasadas,
Y ya vuelan al suelo desmayadas;
Tan cerca, tan unida
Está al morir tu vida,
Que dudo si en sus lágrimas la aurora
Mustia tu nacimiento o muerte llora.

Andrés Fernández de Andrade

De la "Epístola moral a Fabio,"

Fabio, las esperanzas cortesanas
Prisiones son do el ambicioso muere,
Y donde al más astuto nacen canas;
Y el que no las limare o las rompiere,
Ni el nombre de varón ha merecido
Ni subir al honor que pretendiere.

El ánimo plebeyo y abatido
Elija en sus intentos temeroso
Primero estar suspenso que caído:

Que el corazón entero y generoso
Al caso adverso inclinará la frente,
Antes que la rodilla al poderoso.

Más triunfos, más coronas dió el prudente
Que supo retirarse la fortuna,
Que al que esperó obstinada y locamente.

Esta invasión terrible e importuna
De contrarios sucesos nos espera
Desde el primer sollozo de la cuna.

Dejémosla pasar, como a la fiera
Corriente del gran Betis, cuando airado,
Dilata hasta los montes su ribera.

Aquel entre los héroes es contado
Que el premio mereció, no quien le alcanza
Por vanas consecuencias del estado.

P. Juan Arolas

Fakma y Acmet

Las bodas de los hijos del desierto,
Libres son como bodas de las aves,
Que unidas por amor dan el concierto
De sus górzeos dulces y suaves.
Libres sobre los nardos clorosos,
Se casan los insectos zumbadores;
El condor en los Andes cavernosos,
Y de Febo a la luz, plantas y flores.

Los himnos del festín han resonado;
Fakma se desposó y Acmet la adora:
Mirad su fresca sien que han coronado
Ricas perlas del golfo de Basora.
Fakma es bella cual nube que camina
Pintada por auroras boreales,
Y en el mar adormido se reclina
Para mirarse bien en sus cristales.
De una tribu enemiga muy guerrera
Dió su fe al adalid que la servía,
Y al huir de sus lares, la siguiera
Maldición paternal que así decía:
¡Que la sombra de tu cuerpo
Nunca cubran mis umbrales!
¡Que la luz que te ilumine
Veas de color de sangre!
¡Que si mía te dijeres,
Mil espectros se levanten
De las tumbas, que te digan:
Adúltera fué tu madre!
¡Que si al tálamo te llegas
Junto al tálamo desmayes,
Y esperando el primer beso
Te sorprendan mis puñales!
¡Que las penas te atosiguen!
Que mi maldición arrastres,
Sierpe venenosa y dura,
Que has crecido en mis rosales!

Francisco de Quevedo y Villegas

Letrilla

Poderoso caballero
es don Dinero.
Madre, yo al oro me humillo,
él es mi amante y mi amado,
pues de puro enamorado
de continuo anda amarillo;
que pues doblón o sencillo,
hace todo cuanto quiero,
poderoso caballero
es don Dinero.

Nace en las Indias honrado,
donde el mundo le acompaña;
viene a morir en España,
y es en Génova enterrado:
y pues quien le trae al lado,
es hermoso, aunque sea fiero,
poderoso caballero
es don Dinero.

Es galán y es como un oro,
tiene quebrado el color,
persona de gran valor,
tan cristiano como moro;
pues que da y quita el decoro,
y quebranta cualquier fuero,
poderoso caballero
es don Dinero.

De su "Epístola al Conde-Duque de Olivares,,

No he de callar, por más que con el dedo,
ya tocando la boca, o ya la frente,
silencio avises, o amenaces miedo.

¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

Hoy sin miedo, que libre escandalice,
puede hablar el ingenio, asegurado
de que mayor poder le atemorice.

En otros siglos pudo ser pecado
severo estudio, y la verdad desnuda,
y romper el silencio el bien hablado.

Pues sepa, quien lo niega, y quien lo duda
que es lengua la verdad de Dios severo.
Y la lengua de Dios nunca fué muda.

Señor excelentísimo, mi llanto
ya no consiente márgenes ni orillas.
Inundación será la de mi canto:

Ya sumergidas miro mis mejillas,
la vista por dos urnas derramada
sobre las aras de las dos bastillas.

Yace aquella virtud desaliñada,
que fué, si rica menos, más temida,
en vanidad y en sueño sepultada.

Y aquella libertad esclarecida,
que en donde supo hallar honrada muerte
nunca quiso tener más larga vida.

SONETOS

Miré los muros de la patria mía
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
de la carrera de la edad cansados,
por quien caduca ya su valentía.

Salíme al campo, vi que el sol bebía
los arroyos de hielo desatados;
y del monte quejosos los ganados,
que con sombras hurtó la luz del día.

Entré en mi casa, vi que amancillada
de anciana habitación era despojos
mi báculo más corvo y menos fuerte.

Vencida de la edad sentí mi espada;
y no hallé cosa en que poner los ojos,
que no fuese recuerdo de la muerte.

Érase un hombre a una nariz pegado,
érase una nariz superlativa,
érase una nariz sayón y escriba,
érase un pez espada muy barbado.

Era un reloj de sol mal encarado,
érase una alquitara pensativa,
érase un elefante boca arriba,
era Ovidio Nasón más narizado.

Érase un espolón de una galera,
érase una pirámide de Egipto,
las doce tribus de narices era.

Érase un naricísimo infinito,
muchísima nariz, nariz tan fiera,
que en la cara de Anás fuera delito.

Juan de Jáuregui

Silva

En la espesura de un alegre soto,
Que el Bétis baña, y de su fértil curso
Cobran verdor los sauces acopados,
Donde el ocioso juvenil concurso,
La soledad siguiendo y lo remoto,
Logra de amor los hurtos recatados;

Aquí prestar alivio a mis cuidados
Pensé yo triste un día,
Porque la ninfa mía
Vi que, emboscada y de recelo ajena,
Ya el cinto desceñido,
Sus miembros despojaba del vestido.
Dejóle al fin compuesto en el arena,
Manifestando al cielo
De su desnuda forma la belleza.
Luego a las puras ondas con presteza
La vi correr, do el cuerpo delicado
Sintió del agua de repente el hielo,
Y suspendió su brío,
Viéndose en la carrera salteado
Con líquidos aljófares del río;
Mas reclinóse al fin sabrosamente,
Cubriendo de los húmedos cristales
Toda su forma de la planta al cuello;
Tal vez la hermosa frente
Sola mostraba de su rostro bello;
Tal con ligeros saltos paseaba
La orilla, y en sus frescos arenales
Sus tiernos miembros liberal mostraba.

Esteban Manuel de Villegas

Sáficos

Dulce vecino de la verde selva,
Huésped eterno del abril florido,
Vital aliento de la madre Venus,
Céfiro blando.

Si de mis ansias el amor supiste,
Tú, que las quejas de mi voz llevaste,
Oye, no temas, y a mi ninfa dile,
Dile que muero.

Filís un tiempo mi dolor sabía,
Filís un tiempo mi dolor lloraba;
Quísome un tiempo, mas agora temo,
Temo sus iras.

Así los dioses, con amor paterno,
Así los cielos, con amor benigno,
Niegan al tiempo que feliz volares,
Nieve a la tierra.

Jamás el peso de la nube parda,
Cuando amanece la elevada cumbre,
Toque tus hombros, ni su mal granizo
Hiera tus alas.

Un pajarillo

Yo vi sobre un tomillo
Quejarse un pajarillo,
Viendo su nido amado
De quien era caudillo,
De un labrador robado.
Vile tan congojado
Por tal atrevimiento
Dar mil quejas al viento,
Para que al cielo santo
Lleve su triste acento.
Ya con triste armonía,
Esforzando el intento,
Mil quejas repetía;
Ya cansado callaba,
Y al nuevo sentimiento
Ya sonoro volvía,
Ya circular volaba,
Ya rastrero corría,
Ya pues de rama en rama
Al rústico seguía;
Y saltando en la grama,
Parece que decía:
«Deme, rústico fiero,
Mi dulce compañía»;
Y que le respondía
El rústico: «No quiero».

Sor Juana Inés de la Cruz

Redondillas

Hombres necios, que acusáis
A la mujer sin razón,
Sin ver que sois la ocasión
De lo mismo que culpáis.
Si con ansia sin igual
Solicitáis su desdén,
¿Por qué queréis que obren bien
Si las incitáis al mal?
Combatís su resistencia,
Y luego con gravedad
Decís que fué liviandad
Lo que hizo la diligencia.
Queréis con presunción necia
Hallar a la que buscáis,
Para pretendida Táis,
Y en la posesión Lucrecia.
¿Qué humor puede ser más raro
Que el que, falto de consejo,
El mismo empaña el espejo,
Y siente que no esté claro?
Con el favor y el desdén
Tenéis condición igual,
Quejándoos si os tratan mal,
Burlándoos si os quieren bien.
Opinión ninguna gana,
Pues la que más se recata,
Si no os admite, es ingrata,
Y si os admite es liviana.
Siempre tan necios andáis,
Que con desigual nivel
A una culpáis por cruel,
De fácil a otra culpáis.
Pues ¿cómo ha de estar templada
La que vuestro amor pretende,
Si la que es ingrata ofende,
Y la que es fácil enfada?

Francisco de Borja
(Príncipe de Esquillache)

Cançiones

I

Fuentecillas que reís,
Y con la arena jugáis,
¿Dónde vais?
Pues de las flores huís
Y los peñascos buscáis,
Si reposáis
Donde con calma dormís,
¿Por qué corréis y os cansáis?

II

Si alegres y risueñas
Corren las claras fuentes
Entre perlas lúcientes,
A reir las enseñas;
Y si corren aprisa,
Imitan más la gracia de tu risa.
No ríe la mañana,
Que soñolienta y fría
Sale a hospedar el día,
Vestida de oro y grana,
Si primero no ríes,
Y dejas que copiar en tus rubies.
También quiere imitarte,
Cuando el sol reverbera,
La dulce primavera;
Y cuando abril se parte,
Hace el primer ensayo
Al paso do tu risa el suave mayo.

Antonio Mira de Mescua

Quintillas

Deja espantos y temores,
Catalina ¿qué te falta?
Que en alas de mis amores
Iré a la sierra más alta
Por metales o por flores.

¿Quieres que trepando vaya
Por los brazos de esa haya,
Y baje de sus pimpollos
De una tórtola los pollos
A que jueguen en tu saya?

¿Quieres que descienda a un río,
Hijo de un risco de Cuenca,
Y en él mi valiente brío
No deje anguila ni tenca
Ni pez argentado y frío,

Que no venga a palpar
Sobre esta yerba, y a dar
Un salto y otro del suelo
Pensando que coge el vuelo
Para arrojarse a la mar?

Fray Diego de Hojeda

Del poema épico-religioso "La Cristiada,"

Cuando al Hijo de Dios, humano y muerto
Con dolores y afrenta por el hombre,
Musa divina, en su costado abierto
Baña mi lengua y muévela en su nombre,
Porque suene mi voz con tal concierto,
Que, los oídos halagando, asombre
Al rudo y sabio, y el cristiano gusto
Halle provecho en un deleite justo.

Dime también los pasos que obediente
Desde el Huerto al Calvario Cristo anduvo,
Preso y juzgado de la fiera gente,
Que, viendo a Dios morir, sin miedo estuvo;

Y el edificio de almas eminente
Que cansado y herido, en peso tuvo;
De ilustres hijos el linaje santo,
Del cielo el gozo y del infierno el llanto...

Ya el santo Hijo del supremo Padre,
Que, viendo su infinita hermosura,
Por sacar un concepto que le cuadre,
Con su esencia le infunde su figura,
Nacido había de una Virgen Madre;
Que madre casta pide y virgen pura
El hombre Dios, y caminado había
Su corta edad quien hizo el primer día;

Ya la esperada ley de paz dichosa,
En almas de profetas escondida,
Y con buril de santidad preciosa
Por Dios en sabios pechos esculpida,
Había dado a la ciudad famosa
En que dió a ciegos luz y a muertos vida;
Y el colegio de apóstoles sagrado
Había sobre santo amor fundado.

Pablo de Céspedes y Meneses

Del poema "De la pintura,"

Busca en el natural, y si supieres
Buscarlo, hallarás cuanto buscares;
No te canse mirarlo, y lo que vieres
Conserva en los diseños que sacares:
En la honrosa ocasión y menesteres
Te alegrará el provecho que hallares;
Y con vivos colores resucita
El vivo que el pincel e ingenio imita.

No me atrevo a decir, ni me prometo
Todas las bellas partes requeridas
Hallarse de continuo en un sujeto,
Todas veces sin falta recogidas;
Aunque los cría sin ningún defecto,
A todas en belleza preferidas,
Naturaleza; tú entresaca el modo,
Y de partes perfectas haz un todo.

En el silencio oscuro su belleza
Desnuda de afectadas fantasías,
Se descubre al pintor naturaleza

Por tantos modos y por tantas vías,
Para que el arte atienda a su lindeza
Con nuevo ardor, cuando en las cumbres frías
La luna embiste blanca y en cabello
Al pastorcillo desdeñoso y bello.

José de Villaviciosa

De "La Mosquea,"

El rey Sicaborón, a cuyo mando
Está la grande Buta en la Tartaría,
Viene las fieras ondas navegando
Contra la gente al mosca rey contraría:
Este juntó, a la voz de un solo bando,
Una caterva fuerte y temeraria
De foragidos de admirable talle,
Hijos de Buta y Barriliense valle.
Quinientos mil y más mosquitos lleva
En una valerosa infantería
Que tienen hecho de sus fuerzas prueba
En cuanto el valle Barriliense cría:
Es gente tal que se sustenta y ceba
En sangre de enemiga compañía,
Y porque tanto el vino le parece
Por eso esta canalla le apetece...
El rey Sanquileón las aguas hiende,
Acompañado de ánimos feroces,
Y en orden puestas sus galeras tiende,
Que son como sus ímpetus veloces:
Con leños fuertes al cristal ofende,
Y al aire manso con soberbias voces,
Y al fiero grito de la turba inmensa
Túrbase el mar y el aire se condensa.

Francisco Martínez de la Rosa

De "El arte poética,"

Mas al festivo ingenio déba solo
El sutil *Epigrama* su agudeza:
Un leve pensamiento,
Una voz, un equívoco le basta
Para lucir su gracia y su viveza

Y cual rápida abeja, vuela, hiere,
Clava el fino aguijón, y al punto muere.
Sin aguda saeta venenosa,
El ala leve y ricos los colores,
Cual linda mariposa
Que juega revolando entre las flores,
El tierno *Madrigal* ostenta ufano
En su voluble giro mil primores;
Mas si al ver su beidad tocarle intenta
Aspera y ruda mano,
Conviértese al instante en polvo vano.

El rígido *Soneto*,
Avaro en voces, pródigo en sentido,
Encierra en breve espacio un gran concepto:
Ya festivo, ya grave, ya sublime,
Siempre exacto, bellísimo, ingenioso,
Estrecha un pensamiento, no le oprime;
Mas sin darle ni tregua ni reposo,
Le ve nacer, crecer, apresurarse,
Y espirar en el término forzoso.

Angel de Saavedra

(Duque de Rivas)

De "El aniversario,"

¿Cómo, Señor, permites que tu templo
En tal festividad quede vacío,
Y que tu cuerpo y sangre nadie adore,
Más que tu siervo indigno?
La epístola leyó, y el Señor sea
Con vosotros, tornó a decir, y frío
Quedó cual mármol, de concurso inmenso
El templo viendo henchido.
¡Mas qué concurso! ¡Oh Dios! Concurso helado,
Que ni alienta, ni muévase, ni brillo
Muestra en los ojos... Turba de esqueletos...
Vivientes de otro siglo.
¡Esqueletos!... Envueltos en sudarios
Los más: algunos con ropajes ricos
Deslustrados y rotos: muchos visten
Sayal de San Francisco:
Varios, armas mohosas y abolladas,

Algunos, los más altos distintivos;
Y hay de todas edades, sexos, temples,
Sin orden confundidos.
Abiertas de la Iglesia en suelo y muros
Estaban de sepulcros y lucillos
Las losas, el silencio era espantoso,
Y el ambiente más frío.
Sí; los conquistadores denodados,
Que a Badajoz ganaron para Cristo,
Salieron con los suyos de las tumbas
A adorar a Dios vivo;
Y a celebrar el santo aniversario,
Asistiendo del culto a los oficios,
Ya que sus descendientes infernales
Los tienen en olvido.
Tiembla el joven sirviente. El sacerdote
Aterrado prosigue el sacrificio.
Consagra, alza, consume, vuelve luego
Y halla el concurso mismo.
Marchad, la misa concluyó, pronuncia,
Y al punto desaparece aquel gentío.
Tórnase en nada, y ciérranse las losas
De tumbas y lucillos.
No tenían que esperar los bienhadados
La bendición humana, ya benditos
Estaban del Señor.—Fuera del templo
Prosigue el exterminio.—
No pudo más el Santo Sacerdote,
Una misión terrible había cumplido,
Fué a recoger de su fervor el premio,
Y muerto a tierra vino.

Francisco de Rojas y Zorrilla

Del drama "García del Castañar,,

ESCENA IX DE LA JORNADA PRIMERA

REY.—D. MENDO.—D. GARCÍA

Rey. Pues yo sé que el Rey Alfonso
Tiene noticias de vos.
D. Mendo. Testigos somos los dos.
D. García. ¿El Rey de un villano intonso?

Rey. Y tanto el servicio admira
Que hicisteis a su corona,
Ofreciendo ir en persona
A la guerra de Algeciras,
Que si en la Corte seguís,
Os ha de dar a su lado
El lugar más envidiado
De palacio.

D. García. ¿Qué decís?
Más precio entre aquestos cerros
Salir a la primer luz,
Prevenido el arcabuz,
Y que levanten mis perros
Una banda de perdices;
Y codicioso en la empresa
Seguirlas por la dehesa
Con esperanzas felices
De verlas caer al suelo;
Y cuando son a los ojos
Pardas nubes con pies rojos,
Batir sus alas al vuelo,
Y derribar esparcidas
Tres o cuatro, y anhelando
Mirar mis perros buscando
Las que cayeron heridas,
Con mi voz, que los provoca;
Y traer las que palpitan
A mis manos, que las quitan
Sin disgusto de su boca:
Levantarlas, ver por donde
Entró entre la pluma el plomo;
Volverme a mi casa, como
Suele de la guerra el Conde
A Toledo, vencedor,
Pelarlas dentro en mi casa,
Perdigarlas en la brasa,
Y puestas al asador
Con seis dedos de un pernil,
Que a cuatro vueltas o tres
Pastilla de lumbre es
Y Canela del Brasil;
Y entregársela a Teresa
Que con vinagre y aceite
Y pimienta, sin afeite
Las pone en mi limpia mesa,
Donde en servicio de Dios,

Una yo y otra mi esposa
Nos comemos, que no hay cosa
Como a dos perdices, dos;
Y levantando una presa
Dársela a Teresa, más
Porque tenga envidia, Blas,
Que por dársela a Teresa;
Y arrojar a mis sabuesos
El esqueleto roído,
Y oír por tono el crujido
De los dientes y los huesos;
Y en el cristal trasparente
Brindar, y con mano franca
Hacer la razón mi Blanca
Con el cristal de una fuente;
Levantar la mesa, dando
Gracias a quien nos envía
El sustento cada día,
Varias cosas platicando;
Que aquesto es el Castañar,
Que en más estimo, Señor,
Que cuanta hacienda y honor
Los reyes me puedan dar.

Fray Gabriel Téllez (Tirso de Molina)

De "La Villana de Vallecas,"

ACTO II.—ESCENA V

Juan. Limpio es mi amor.
Violante. Si se lava.
¿Casárase él por ventura
Conmigo, como mi Antón?
Juan. Por ventura, y será mucha
La que el cielo me dará.
Viol. Es muy alto de estatura,
Y muy pequeña mi suerte.
Juan. Amor las iguala y junta.
Viol. No sabré yo entarimarme,
Ni caminar campanuda
En cuatro leguas de ruedo,
Como cesta de criatura.

¡Bonita es la muchacha,
Para estarse hecha figura,
Sufriendo en una visita
Desacatos de una pulga!
El amor anda entre iguales;
Que no hay labrador que unza,
Si quiere arar igualmente,
Un camello y una mula.
Supuesto esto, o toman pan
En casa, o adiós.

Juan.

Escucha,
Simple-sabia de mis ojos:
Si palabras aseguran,
Si juramentos obligan,
Si prendas desatan dudas,
Por la luz de esos dos soles
Que mis tinieblas alumbran;
Por el abril de esa cara
Que el enero no destruya,
Que si hallo que tu opinión
Corresponde a tu hermosura,
Sin mirar en calidades,
(Que amor no las pide nunca)
Rendirte he, siendo tu esposo,
La hacienda, que me asegura
Dos mil ducados de renta.

Viol.

Mire: si limpiezas busca,
Mas cristiana vieja soy
Que Vizcaya y las Asturias.

Juan.

Viol.

¿Has cobrádome afición?
No sé qué diablos me hurga
Desque le vi, dentro el alma,
Que tien más de mil ahujas.
Pero en fin, ¿se casará
conmigo?

Juan.

Viol.

Juan.

Viol.

Sin falta alguna.
¿Y empalagarase luego?
Amor firme siempre dura.
Lo dulce luego empalaga,
Y como el amor es fruta,
Suele comerse al principio,
Y enfadar después, madura.

Pedro Calderón de la Barca

A unas flores

SONETO

Estas que fueron pompa y alegría
Despertando al albor de la mañana,
A la tarde serán lástima vana
Durmiendo en brazos de la noche fría.

Este matiz que al cielo desafia,
Iris listado de oro, nieve y grana
Será escarmiento de la vida humana;
¡Tanto se aprende en término de un día!

A florecer las rosas madrugaron
Y para envejecerse florecieron;
Cuna y sepulcro en un botón hallaron.

Tales los hombres sus fortunas vieron:
En un día nacieron y espiraron;
Que pasados los siglos, horas fueron.

De "El Alcalde de Zalamea"

JORNADA III.—ESCENA VIII

Capitán.

Viejo cansado y prolijo,
Agradeced que no os doy
La muerte a mis manos hoy
Por vos y por vuestro hijo;
Porque quiero que debáis
No andar con vos más cruel,
A la beldad de Isabel.
Si vengar solicitáis
Por armas vuestra opinión,
Poco tengo que temer;
Si por justicia ha de ser,
No tenéis jurisdicción.

Crespo.

¿Qué, en fin no os mueve mi llanto?

Capitán.

Llanto no se ha de creer
De viejo, niño y mujer.

Crespo.

¿Que no pueda dolor tanto
Mereceros un consuelo?

- Capitán.* ¿Qué más consuelo queréis,
Pues con la vida volvéis?
- Crespo.* Mirad que echado en el suelo
Mi honor a voces os pido.
- Capitán.* ¡Qué enfado!
- Crespo.* Mirad que soy
Alcalde en Zalamea hoy.
- Capitán.* Sobre mi no habéis tenido
Jurisdicción; el Consejo
De Guerra enviará por mí:
- Crespo.* ¿En eso os resolvéis?
- Capitán.* Sí,
- Crespo.* Caduco y cansado viejo.
- Capitán.* ¿No hay remedio?
- Crespo.* Sí, el callar
Es el mejor para vos.
- Crespo.* ¿No otro?
- Capitán.* No.
- Crespo.* Pues juro a Dios
Que me lo habéis de pagar.
¡Hola! (*Levántase y toma la vara.*)
- Escribano.* (*Dentro.*) ¡Señor!
- Capitán.* ¿Qué querrán
Estos villanos hacer? (*Salen los labradores*)
- Labradores.* ¿Qué es lo que mandas?
- Crespo.* Prender
Mando al señor Capitán.
- Capitán.* ¡Buenos son vuestros extremos!
Con un hombre como yo,
Y en servicio del Rey, no
Se puede hacer.
- Crespo.* Probaremos:
De aquí, si no es preso, o muerto,
No saldréis.
- Capitán.* Yo os apercibo
Que soy un Capitán vivo.
- Crespo.* ¿Soy yo acaso Alcalde muerto?

Manuel Bretón de los Herreros

¡Muérete y verás!

ACTO II.—ESCENA IV

- Jacinta.* ¡Tú, Isabel, llorando así
Me admira tu amargo duelo,
¿Habrás de darte un consuelo
Quien lo esperaba de ti?
- Isabel.* ¡Viendo en mi frente la pena
dices que admirada estás! ...
Yo debo admirarme más
De ver la tuya serena.
- Jacinta.* ¡Ah, que es mucha mi aflicción
aunque ves mi rostro enjuto!
- Isabel.* Cuando en el rostro no hay luto
No hay pena en el corazón.
Sabe el cielo...
- Jacinta.* Sabe el cielo
Que en desesperado amor
No es verdadero dolor
Dolor que pide consuelo.
No hipócrita al cielo imploras.
¡Aún el cuerpo no está frío
Del que te dió su albedrío
Y de otro escuchas amores!
- Jacinta.* Siempre me amó D. Matías;
Y aunque en tan mala ocasión
Me recuerda su pasión,
Yo no sé hacer groserías.
No es culpa mía, Isabel,
Que ese muchacho me quiera;
Ni porque Pablo se muera
He de enterrarme con él.
Yo le amé mientras vivió.
Si el cielo cortó sus días
Y no ha muerto Don Matías;
¿Puedo remediarlo yo?
No es decir que esté dispuesta
A admitir amante nuevo,
Aunque en justicia no debo
Darle una mala respuesta.

Don Pablo, que era su amigo,
Le dijo que si él moría,
Y yo en ello consentía,
Se desposase conmigo.
Harto en mi dolor demuestro
Cuán de veras he sentido
Que se haya jay de mí cumplido
Aquel presagio siniestro:
Mas yo ahora te pregunto,
Si al otro llego a querer:
¿Hago más que obedecer
La voluntad del difunto?

Juan Eugenio Hartzembusch

Trabajar para su dueño

La madre de un muchacho campesino
Ganaba de comer hilando lino;
Y el muchacho grandísimo galopo,
La hurtaba una porción de cada copo.
Juntando las porciones fué tejiendo
Un látigo tremendo,
Con la benigna idea
De zurrar a los chicos de la aldea.
Los ocios del amigo no eran buenos;
La intención, por lo visto, mucho menos.
Dióse a pelar la rueca tanta prisa,
Que hubo la madre de notar la sisa;
Y registrando desde el piso al techo,
El látigo encontró de hurtillos hecho.
Cojióle furibunda,
Y al hijo dió con él tan recia tunda,
Que a contar de las posas al cogote,
No le dejó lugar libre de azote,
Diciendo al batanarle de alto a bajo:
¡Mira como te luce tu trabajo!
A robar te llevó tu mal deseo,
Y con el robo yo te vapuleo.
*Siempre verás que el vicio
Se labra por sus manos el suplicio.*

De "Los Amantes de Teruel"

ACTO III.—ESCENA XI

Martín. ¡Suerte cruel! Cuando el fatal destino
De la campana término ponía...

Marsilla. ¡Esa tigre anunció la muerte mía!

Martín. ¿Lo sabes

Marsilla. De ella

Martín. ¡Horror! Entonces era
Cuando Jaime, el sentido recobrando,
La traidora noticia desmentía.
Corro al templo a saber... Miro, enmudezco...
¡Eran esposos ya! Tu bien perdiste...
Dios lo ha querido así... Pero aun te quedan
Padres que lloran tu destino triste.

Marsilla. El ajeno dolor no quita el mío.
¿Con qué llenais el hórrido vacío
Que el alma siente, de su bien privada!
¡Padre! sin Isabel, para Marsilla
No hay en el mundo nada.
Por eso en mi doliente desvarío
Sed bárbara de sangre me devora.
Verterla a ríos para hartarme quiero,
Y cuando más que derramar no tenga,
La de mis venas soltará mi acero.

Martín. Hijo, modera ese furor.

Marsilla. ¿Quién osa
Hijo llamarme ya! ¡Fuera ese nombre!
La desventura quiebra
Los vínculos del hombre con el hombre,
Y con la vida y la virtud. Ahora
Que tiemble mi rival, tiemble la mora.
Breve será mi victorioso alarde:
Para acabar con ambos aun no es tarde.

Martín. ¡Desgraciado! ¿Qué intentas?

Marsilla. Con el crimen
El crimen castigar. Una serpiente
Se me enreda en los pies; mi pie destroce
Su garganta infernal. Un enemigo
Me aparta de Isabel: desaparezca.

Adelardo López de Ayala

De "Consuelo,"

ACTO I.—ESCENA XVI

- Fernando.* ¿Vas a salir?
Consuelo. Sí.
Fern. ¿A qué entró Ricardo?
Con. Aquí le encontré...
Fern. Él antes nunca... ¿Por qué no me miras?
Cons. ¿Por qué no?
(Alzando los ojos con aparente tranquilidad)
Fern. ¡Consuelo!... ¿Qué novedad Hay en ti que me estremece? ¿Y sus celos? ..Ya parece Que no te inquietan, ¿verdad? ¿Por qué se aparta de mi Tu madre, y llora, y se esconde? *(Consuelo baja la vista)* Pero mírame y responde: Mírame, ¿qué pasa aquí?
Cons. Ya te dije que en tu ausencia Nos dijeron...
Fern. ¡Evidentes Calumnias!
Cons. Siento...
Fern. ¿Qué sientes? ¿La calumnia o mi inocencia?
(Pausa)
No hay duda; quisieras hoy Que yo fuese joh, qué señal Tan aciagal un criminal, Un monstruo. No, no lo soy. Es el único favor Que en vano me habrás pedido, Consuelo. Si me has vendido, Vendes a un hombre de honor. ¿Pues tú lo ignoras?... Corrí Para calmar tus crueles Celos. ¡Necio! Estos papeles Se están mofando de mí.
(Los arroja)

Ramón de la Cruz Cano

De "Las Tertulias de Madrid,"

- Inés.* ¿Qué hay de nuevo, Don Luis?
Luis. Nada
Lo más sensible aquí es
La disposición del alma.
- Inés.* ¿Pues qué va a peor?
Luis. Señora,
Usted téngala tragada:
Búsquese un coche, y con una
De estas amigas se vaya,
Que ya no está bien aquí;
Y pues tanta confianza
Tiene de estos caballeros,
Nombre uno que cargo se haga
De disposiciones, llaves
Y papeles.
- Inés.* ¡Ay, mi Juana!
Juana. Yo sería la primera,
Amiga que te llevara,
A no tener tantos hijos.
- Franc.* Yo también, como mi casa
Tuviera una alcoba más.
- Ana.* Por mí, ya sabes la mala
Condición de mi marido.
- Inés.* Señor Don Joaquín...
Joaquín. Madama,
Yo en asunto de papeles,
Soy un pedazo de albarda.
- Lucas.* Yo ya sabe usted que tengo
Una oficina pesada.
- Aba. 1.º* Yo mil correos y agencias
Que me llevan a la rastra.
- Pepito.* A mí lo testamentario
Es cosa que no me encaja.
- Inés.* ¿Vosotras sois mis amigas
De quien tuve confianza?

Don Nicolás Fernández de Moratín

Soneto

Un alto y generoso pensamiento,
Inspiración del cielo soberano,
Me puso la aurea cítara en la mano
Para cantar el dulce mal que siento.
Y fué tan grato mi sonoro acento,
Que la ancha vega, el apacible llano
Y el cavernoso monte carpetano
Mostraron compasión de mi tormento.
Turbóse el río de cerúleo manto,
Oculto entre los álamos sombríos,
Al ver su cisne lamentarse tanto,
Moviéronse los brutos más impíos
Y los ásperos troncos a mi llanto;
Y no la que causó los males míos.

EPIGRAMAS

Ayer convidé a Torcuato:
Comió sopas y puchero,
Media pierna de carnero,
Dos gazapillos y un pato.
Doyle vino, y respondió:
«Tomadlo por vuestra vida,
Que hasta mitad de comida
No acostumbro a beber yo.»

Admiróse un portugués
De ver que en su tierna infancia
Todos los niños en Francia
Supiesen hablar francés:
Arte diabólico es,
Dijo torciendo el mostacho,
Que para hablar en gabacho
Un fidalgo en Portugal,
Llega a viejo, y lo habla mal,
Y aquí lo parla un muchacho.»

Juan Meléndez Valdés

Anacreónica

Viendo el Amor un día
Que mil lindas zagalas
Huían dél medrosas
Por mirarle con armas.

Dicen que, de picado,
Les juró la venganza,
Y una burla les hizo,
Como suya extremada.

Tornóse en mariposa,
Los bracitos en alas,
Y los pies ternezuelos
En patitas doradas.

¡Oh! ¡qué bien que parece!
¡Oh! ¡qué suelto que vaga
Y ante el sol hace alarde
De su púrpura y nácar!

Ya en el valle se pierde,
Ya en una flor se para,
Ya otra besa festivo
Y otra ronda y halaga.

Ventura Ruiz Aguilera

ELEGIA

A la muerte de su hija

Debajo de mis balcones
Parábase el saboyano;
Ella, la música oyendo,
Danzaba al sonido mágico
Y yo de gozo temblaba
Como la hoja en el árbol.

Debajo de mis balcones
Hoy se paró el saboyano;
Levantar le vi los ojos
Una, dos, tres veces, cuatro...
¡Y una, dos, tres, cuatro veces
Sin esperanza bajarlos!

No mires a mis balcones,
¿Por qué miras, saboyano,
Si ya no ha de salir ella
A este balcón solitario,
Para echarte la limosna
Benedicida por su labio?...

No mires a mis balcones,
Y si vuelves, saboyano,
La voz del órgano apaga,
Y pasa, por Dios, callando,
Pues yo no sé lo que tiene
¡Ay! que no puedo escucharlo.

José Selgas y Carrasco

La cuna vacía

Bajaron los ángeles,
besaron su rostro.
murmurando a su oído, dijeron:
—Vente con nosotros.
Vió el niño a los ángeles
de su cuna en torno;
extendiendo los brazos, les dijo:
Me voy con vosotros.
Batieron los ángeles
sus alas de oro;
suspendieron al niño en sus brazos
y se fueron todos.
De la aurora pálida
la luz fugitiva,
alumbró a la mañana siguiente
la cuna vacía.

Ramón de Campoamor

El pájaro ciego

I

Porque dicen que un pájaro en cegando
Canta más y mejor,
Los ojos le sacó, un día jugando,
Casilda a un ruiseñor.

II

Y después ¿cantó más y con más fuego
El ruiseñor? ¡Ah, sí!
Se siente más cuando se está más ciego,
¡Esto lo sé por mí!

Cosas del tiempo

Pasan veinte años; vuelve él,
Y al verse exclaman él y ella:
(—¡Santo Dios! ¿Y éste es aquél?...)
(—¡Dios mío! ¿Y ésta es aquélla...?)

Los dos espejos

En el cristal de un espejo
A los cuarenta me vi
Y, hallándome feo y viejo,
De rabia el cristal rompí.
Del alma en la transparencia,
Mi rostro entonces miré,
Y tal me vi en la conciencia
Que el corazón me rasgué.
Y es que, en perdiendo el mortal
La fe, juventud y amor,
¡Se mira al espejo, y... mal!
¡Se ve en el alma, y... peor!

Rosas y fresas

I

Porque lleno de amor te mandé un día
Una rosa entre fresas, Juana mía,
Tu boca, con que a todos embelesas,
Besó la rosa sin comer las fresas.

II

Al mes de tu pasión, una mañana
Te envié otra rosa entre las fresas, Juana,
Mas tu boca, con ansia, y no amorosa,
Comió las fresas sin besar la rosa.

Los padres y los hijos

Un enjambre de pájaros metidos
En jaula de metal guardó un cabrero,
Y a cuidarlos voló desde el otero
La pareja de padres afligidos.
—Si aquí, dijo el pastor, vienen unidos,
Sus hijos a cuidar con tanto esmero,
Ver cómo cuidan a los padres quiero
Los hijos por amor y agradecidos.—
Deja entre redes la pareja envuelta,
La puerta abre el pastor del duro alambre,
Cierra a los padres y a los hijos suelta.
Huyó de los hijuelos el enjambre
Y, como en vano se esperó su vuelta,
Mató a los padres el dolor y el hambre.

Dolora

Así un esposo le escribió a su esposa:
«O vienes o me voy. Te amo de modo
Que es imposible que yo viva, hermosa,
Un mes lejos de tí
Mi amor es tan profundo, tan profundo,
Que te prefiero a todo, a todo, a todo».
Y ella exclamó: «No hay nada en este mundo
Que él quiera como a mí».
Mas pasan unos meses y la escribe:
«¡Qué hermoso debe estar nuestro hijo amado!
Sólo él, él sólo en mis entrañas vive;
Piensa en él más que en tí.
Su cuna se pondrá junto a mi cama.
No hay cielo para mí más que a su lado.»
Y ella prorrumpo: «Es que el ingrato ya ama
Al hijo más que a mí.»
Después de algunos años la escribía:
«Espérame. Ya sabes lo que quiero,
Mucho orden, mucha paz y economía.
¿Estás? yo soy así.
Cierra el coche, me espanta el reumatismo;
Avisale que voy al cocinero.»
Y ella pensó: «Se quiere ya a sí mismo
Más que al hijo y a mí.»

José Zorrilla

Las hojas secas

A MI MADRE

¡Madre, te encuentro llorando!

¡Ah, no atiendes a mis voces!

Mírame, ¿no me conoces?

¿Tan mudado, madre, estoy?

¿Tan pronto borrar pudieron

Mi rostro las desventuras...?

¡Bebí tantas amarguras...!

Pero al fin, madre, yo soy.

¡Cuán trémula está tu mano!

¡Tú corazón cuán opreso!

Madre, ¿no tienes un beso

Ni una queja para mí?

¡Lloras! Beberé tu llanto...

Mas abrasan tus mejillas...

Héme, madre, de rodillas

Avergonzado ante tí.

Apartas de mí los ojos,

Sufres viéndome, lo veo,

Mas estoy como está el reo

Humillado ante su Dios.

Tornadme el rostro, señora,

Y aunque lo tornéis severo,

Aunque sea el favor postrero,

Porque me ausento de vos.

¡Mas tú inconsolable lloras,

Sin atender a mis voces!

¡Mi vial! ¿No me conoces?

¿Tan mudado, madre, estoy?

¿Tan pronto borrar pudieron

Mi rostro las desventuras?

¡Bebí tantas amarguras...!

Pero al fin, madre, yo soy.

De "La Tempestad,"

¿Qué quieren esas nubes que con furor se agrupan
Del aire transparente por la región azul?
¿Qué quieren cuando el paso de su vacío ocupan,
Del zénit suspendiendo su tenebroso tul?
¿Qué instinto las arrastra? ¿qué esencia las mantiene?
¿Con qué secreto impulso por el vacío van?
¿Qué ser velado en ellas, atravesando viene
Sus cóncavas llanuras que sin lumbrera están?

De la "Introducción a los Cantos del Trovador,"

Venid, yo no hollaré con mis cantares
Del pueblo en que he nacido la creencia,
Respetaré su ley y sus altares;
En su desgracia a par que en su opulencia
Celebraré su fuerza o sus azares,
Y, fiel ministro de la gaya ciencia,
Levantaré mi voz consoladora
Sobre las ruinas en que España llora.
¡Tierra de amor! ¡tesoro de memorias,
Grande, opulenta y vencedora un día,
Sembrada de recuerdos y de historias
Y hollada asaz por la fortuna impía!
Yo cantaré tus olvidadas glorias;
Que en alas de la ardiente poesía
No aspiro a más laurel ni a más hazaña
Que a una sonrisa de mi dulce España.

José Espronceda

De "El diablo mundo,"

DEL CANTO SÈPTIMO

Era una noche; aún suenan en mi oído
Los acentos alegres de consuelo,
De amistad, de esperanza,
De juventud, de vida y confianza,
Que llenaron de amor, el dolorido
De nuestras almas, cariñoso duelo!

Yo, aquella noche, en tu dormir penoso
Te estuve contemplando,
Mientras callaba el llanto en tu reposo,
Hilo a hilo mis lágrimas llorando.
¡Era tan larga de tu amor mi ausencia!
¡Tan incierta mi suerte!
Que en medio de la loca indiferencia
Que hasta otro mundo, por placer, me echaba,
Arrepentido y sin vigor lloraba,
Y de mi alma inquieta me quejaba,
Que por volar sin rumbo iba a perderte.

Del "Canto a Teresa,"

Aún parece Teresa que te veo
Aérea como dorada mariposa
Ensueño delicioso del deseo,
Sobre tallo gentil temprana rosa,
Del amor venturoso devaneo,
Angélica, purísima y dichosa,
Y oigo tu voz dulcísima, y respiro
Tu aliento perfumado en tu suspiro.
Y aún miro aquellos ojos que robaron
A los cielos su azul, y las rosadas
Tintas sobre la nieve, que envidiaron
Las de Mayo serenas alboradas:
Y aquellas horas dulces que pasaron
Tan breves, ¡ay! como después lloradas,
Horas de confianza y de delicias,
De abandono y de amor y de caricias.
Que así las horas rápidas pasaban,
Y pasaba a la par nuestra ventura;
Y nunca nuestras ansias las contaban,
Tú embriagada en mi amor, yo en tu hermosura:
Las horas ¡ay! huyendo nos miraban,
Llanto tal vez vertiendo de ternura;
Que nuestro amor y juventud veían,
Y temblaban las horas que vendrían.

De la "Canción del Pirata,"

Con diez cañones por banda,
Viento en popa a toda vela,
No corta el mar, sino vuela
Mi velero bergantín:

Bajel pirata que llaman,
Por su bravura el Temido,
En todo el mar conocido
Del uno al otro confin.
La luna en el mar riela,
En la lona gime el viento,
Y alza en blando movimiento
Olas de plata y azul;
Y ve el capitán pirata
Sentado alegre en la popa,
Asia a un lado, al otro Europa
Y allá a su frente Stambul.

Alberto Lista

A la Muerte de Jesús

¿Y eres Tú el que, velando
La excelsa majestad en nube ardiente,
Fulminaste en Siná? Y el impío bando,
Que eleva contra Tí la osada frente,
¿Es el que oyó medroso
De tu rayo el estruendo fragoroso?
Mas ora abandonado
¡Ay! pendes sobre el Gólgotha, y al cielo
Alzas, gimiendo, el rostro lastimado;
Cubre tus bellos ojos mortal velo,
Y su luz extinguida,
En amargo suspiro das la vida.
Así el amor lo ordena;
Amor, más poderoso que la muerte:
Por él de la maldad sufre la pena
El Dios de las virtudes; y león fuerte,
Se ofrece al golpe fiero
Bajo el vellón de cándido cordero.
¡Oh víctima preciosa
Ante siglos de siglos degollada!
Aún no ahuyentó la noche pavorosa
Por vez primera el alba nacarada,
Y, hostia del amor tierno
Moriste en los decretos del Eterno.

Juan Nicasio Gallego

De "La Providencia,,

Mortal, necio mortal, que un solo instante
Para morir animas
¿Presumes tú dar leyes al Tonante
Que hace temblar las celestiales cimas?
Deja que a la virtud hermosa y pura
La adversidad persiga,
Y que al malvado la fortuna impura
De rosa y de laurel corone amiga.
Deja al desorden que domine al mundo:
Vendrá el terrible día
Que arranque a la maldad el cetro inmundo
Y grite el cielo «la venganza es mía».
El alma es inmortal: puede una hora
Labrar tu eterna suerte:
Ejerce la virtud... a Dios adora...
Y lo demás te enseñará la muerte.

Gertrudis Gómez de Avellaneda

De "La Cruz,,

¡Canto la Cruz! ¡Que se despierte el mundo!
Pueblos y reyes, escuchadme atentos:
Que calle el universo a mis acentos
Con silencio profundo.
Y tú, supremo autor de la armonía,
Que prestas voz al mar, al viento, al ave,
Resonancia concede al arpa mía,
Y en conceptos de austera poesía
El poder de la Cruz deja que alabe.

Gustavo Adolfo Becquer

Baladas

Los invisibles átomos del aire
En derredor palpitan y se inflaman;
El cielo se deshace en rayos de oro;
La tierra se estremece alborozada;
Oigo, flotando en olas de armonía,
Rumor de besos y batir de alas;
Mis párpados se cierran... ¿qué sucede?
¡Es el amor que pasa!

Como en un libro abierto
Leo de tus pupilas en el fondo;
¿A qué fingir el labio
Risas que se desmienten con los ojos?
¡Llora! No te avergüences
De confesar que me quisiste un poco.
¡Llora! Nadie nos mira.
Ya ves; yo soy un hombre... ¡y también lloro!

Rimas

Al ver mis horas de fiebre
E insomnio lentas pasar,
A la orilla de mi lecho,
¿Quién se sentará?
Cuando la trémula mano
Tienda, próximo a espirar,
Buscando una mano amiga,
¿Quién la estrechará?
Cuando la muerte vidrie
De mis ojos el cristal,
Mis párpados aún abiertos,
¿Quién los cerrará?
Cuando la campana suene,
Si suena en mi funeral,
Una oración al oírla,
¿Quién murmurará?
Cuando mis pálidos restos
Oprima la tierra ya,
Sobre la olvidada fosa,
¿Quién vendrá a llorar?

¿Quién, en fin, al otro día,
Cuando el sol vuelva a brillar,
De que pasé por el mundo,
¿Quién se acordará?

Rosalía de Castro

De "Los Robles,,

Allá en tiempos que fueron, y el alma
Han llevado de santos recuerdos,
De mi tierra en los campos hermosos,
La riqueza del pobre era el fuego,
Que al brillar de la choza en el fondo
Calentaba los rígidos miembros
Por el frío y el hambre ateridos,
Del niño y el viejo.
De la hoguera sentados en torno,
En sus brazos la madre arrullaba
Al infante robusto;
Daba vuelta, afanosa la anciana
En sus dedos nudosos, al huso,
Y al alegre fulgor de la llama,
Ya la joven la harina cernía
O ya desgranaba
Con su mano callosa y pequeña
Del maíz las mazorcas doradas.
Y al amor del hogar calentándose
En invierno, la pobre familia
Campesina, olvidaba la dura
Condición, de suerte enemiga
Y el anciano y el niño, contentos
En su lecho de paja dormían
Como duerme el polluelo en su nido
Cuando el ala materna lo abriga.

Eusebio Blasco

De "La Oración,,

¡Oid! Con son doliente que el ancho espacio hiere
Resuena la campana cuando la tarde muere,
Y el sol hunde sus rayos en el confín del mar.

¡Oíd! Allá en la torre voltea la campana
Que al corazón infunde la santa fe cristiana
Y anuncia un día menos en el que va a espirar.
Ya el campo sin faenas quedando va desierto,
Las barcas pescadoras volviendo van al puerto,
La lumbre en los hogares comienza ya a lucir,
Fosforescentes brillan las murmurantes olas,
Y lánguidas las flores plegando sus corolas
Se humillan dolorosas sintiéndose morir.
El pájaro nocturno se cierne en la montaña,
Los perezosos bueyes, tornando a la cabaña,
Hoy como ayer pasaron, más lentos hoy que ayer.
Buscando van las aves el amoroso nido,
El bosque entre las ramas exhala hondo gemido,
Y van las hojas secas rodando a perecer.
La sombra se alza y crece, la noche avanza oscura:
Silencio reina en torno del monte y la llanura
Y el campo no repite ni el más leve rumor.
Medrosa el aura leve los árboles orea,
Y el humo que levanta la oscura chimenea
Se pierde entre la sombra sin forma y sin color.

José de Velilla

La gota

Cayó en el mar una gota
Desprendida de una nube
Y, aunque el nivel luego sube,
Ni el mar dormido lo nota.
Lanza el hombre una verdad
Hija de estudio profundo,
Y aunque se estremece el mundo
No lo ve la humanidad.
La gota en el mar caída
Círculos sin fin describe,
Y con la verdad recibe
La humanidad nueva vida.
No te canses de brotar;
Brotó, pensamiento, brotó,
Pues sé que una sola gota
Levanta el nivel del mar.

José A. Cavestany

De "El Nacimiento,"

De un monte hecho de corcho bajando la pendiente
Que fingen unas tablas en curva desigual,
Y a cuyos pies de estaño despéñase un torrente,
Que muere en un arroyo formado de cristal,
Los Reyes Magos siguen, envueltos en su manto,
El curso que les marca la estrella de latón,
Y pasan los corceles al ver el portal santo,
Oculto en una gruta de barro y de cartón.
Un grupo de pastores que afrenta a la escultura
Bailando se acompaña la gaita y tamboril,
Y olvida las ovejas que pacen en la altura,
O bajan ellas solas en busca del redil.
Allí nacen hermanos el pino y la palmera,
Junto a un árbol sin hoja se ven lirio y clavel,
Y a un mismo tiempo fingen invierno y primavera
La nieve en las cabañas, la flor en el verjel.
De pavos la manada entre el follaje umbroso
En formación correcta hacia el arroyo va,
Y un gallo en un tejado levántase orgulloso
Más grande que la casa sobre la cual está.
El viejo asa castañas en la pintada hoguera,
La vieja con su rueca trabaja junto a él,
Y al borde del arroyo la tosca lavandera
El trapo ya lavado suspende de un cordel.
Un monte coronando, de Herodes la morada
Se eleva pintoresca como es la tradición.
Con sus persianas verdes, su rústica fachada,
Encima un pararrayos y el dueño en el balcón.
Allí nada respeta la loca fantasía;
Mil épocas se juntan en rara variedad:
¡Bendito anacronismo, más lleno de poesía
Que el cuadro que se ajusta servil a la verdad.

Manuel del Palacio

De "El Fraile,"

Meditación

En el ruinoso claustro bizantino
Iba a sentarse al declinar el día,
A pie cruzando el áspero camino
Que conduce del pueblo a la Abadía.

Todo allí soledad, todo misterio;
Del monte en el declive ameno valle,
Y vecino a la iglesia el cementerio,
De altos cipreses tras angosta calle.

Aquel antiguo claustro, aquella calma,
Aquel cielo tan puro y transparente,
Hablaban a mis ojos y a mi alma
De algo que no se explica y que se siente.

Alguna vez el eco repetido
Por la cintrada bóveda del coro
Traía murmurando hasta mi oído
El rezo triste y el cantar sonoro;

Y alguna vez también, pálido y mudo,
Un hombre, que un fantasma parecía
Contestaba impasible a mi saludo,
Y del templo en las sombras se perdía.

¿Quién era? Al mundo y a la vida extraño,
Prófugo del hogar, de nombre incierto,
¿Qué crimen, qué dolor, qué desengaño
Lloraba en aquel ávido desierto?

Bajo su tersa y despejada frente,
De su pupila azul en los fulgores,
Irradiaban los sueños de la mente,
Ricos de luz, de encanto y de colores.

Eugenio Sellés

Serenata

Cuando la noche en sombras al mundo deja
Y los ojos que celan duermen en calma,
Con la voz de mi lira llamo a tu reja,
Con la voz de mis penas llamo a tu alma.
Si despierta tus sueños angelicales
El rumor misterioso de tus cristales,
Abre, niña, y no temas a las visiones
Que el miedo por las sombras triste derrama;
Es el amor que vuela por tus balcones.
¡Soy yo quien llama!

Gaspar Núñez de Arce

De "Un Idilio,"

El tiempo deslizóse dulcemente
Como mansa corriente
Que cruza el hondo valle, limpia y clara,
Pero ya tuve edad, y como es uso,
Mi buen padre dispuso
Que mis graves estudios empezara.
¡Conservaré el recuerdo mientras viva!
Sin pena a dejar iba
Por vez primera los paternos lares:
Mi amante madre preparaba inquieta
La estudiantil maleta,
Y sin querer llorar, lloraba a mares.
Mi padre enternecido, aunque severo,
Ensilaba el overo
Que ya esperaba indócil a la puerta.
La hermosa niña, casi adolescente,
Inclinaba la frente,
Callada y sin color como una muerta.
En confusión ruidosa, pero grata,
La loca cabalgata
De otros muchachos a buscarme vino.
—Rayaba apenas la rosada aurora.—
—¡Vamos, Juan, que ya es hora!—

Gritó la turba, y prosiguió el camino.
Mi madre entonces con abrazo estrecho
Devorándome a besos trastornada.
Y mi padre decía, ahogado en llanto:
— ¡Mujer, no es para tanto!
¡Siempre has de ser así! ¡Lloras por nada!—
Puse fin a la triste despedida,
Monté, tendí la brida
Y seguí en pos del bullicioso bando.
Aún escuché gritar:— ¡Que escribas, hijo.—
La niña nada dijo.
Mas se abrazó a mi madre sollozando.
¡Fué terrible y patético el momento!
Yo, hasta entonces contento,
Conmovido lloré, perdí la calma.
La ansiada libertad me sonreía;
Pero, ¡ay de mí sentía
Que en aquel pobre hogar dejaba el alma.
Pocos meses después, de amor henchido,
Tornaba al patrio nido,
Fija en su santa paz mi única idea.
¡Oh ventural a los últimos reflejos
Del sol, y ya a lo lejos,
Alcancé a ver la torre de mi aldea.

De "La visión de Fray Martín,,

I

Era una noche destemplada y triste
Del invierno aterido. Lentamente
La nieve silenciosa descendiendo
Del alto cielo en abundantes copos
Como sudario fúnebre cubría
La amortecida tierra. Cierzo halado
Azotaba los árboles desnudos
De verde pompa, pero no de escarcha,
Y, conmovidos por el recio choque,
Parecían lanzar en las tinieblas
Los duros troncos, lastimeros ayes.

II

La ciudad descansaba. De repente
Turbó su sueño el lúgubre tañido
De la campana, que con voz sonora

Desde la torre a la oración llamando,
En sus vibrantes notas contenía
Todo el siniestro horror de aquella noche
Negra y glacial como el ingrato olvido
De la mujer amada.

III

Era la hora
De los maitines en el viejo templo
De Padres Agustinos. Taciturnos
Y soñolientos, la capucha vuelta
Sobre la faz rugosa, y con los brazos
En las flotantes mangas escondidos,
Por el gótico claustro del convento
Los frailes avanzaban hacia el coro,
Las moribundas lámparas que ardían
De trecho en trecho el claustro iluminaban
Con esa claridad tibia y confusa,
Más espantable que la misma sombra.

Federico Balart

De "Restitución,,

Ya lo ves: las canciones que te consagro,
En mi mente han nacido por un milagro.
Nada en ellas es mío, todo es don tuyo:
Por eso a tí, de hinojos, las restituyo.
¡Pobres hojas caídas de la arboleda,
Sin su verdor el alma desnuda quedad!
Pero no, que aún te deben mis desventuras
Otras más delicadas, otras más puras:
Canciones que por miedo de profanarlas,
En el alma conservo sin pronunciarlas;
Recuerdos de las horas que, embelesado,
En nuestro pobre albergue pasé a tu lado,
Cuando al alma y al cuerpo daban pujanza
Juventud y cariño, fé y esperanza;
Cuando lejos del mundo parlero y vano,
Ibamos por la vida mano con mano;
Cuando, húmedos los ojos, juntas las palmas,
En una se fundían nuestras dos almas:
Canciones silenciosas que el alma hieren;
Canciones que en mí nacen y que en mí mueren;
¡Hechizadas canciones, con cuyo encanto
A mis áridos ojos se agolpa el llanto!

José María Gabriel y Galán

De "Los pastores de mi abuelo,"

Yo quisiera que tornaran a mis chozos y casetas
Las estirpes patriarcales de selváticos poetas,
Tañedores montesinos de la gaita y el rabel;
 Que mis campos empaparan en la intensa melodía
De una música primera que en los senos se fundía,
De silencios transparentes, más sabrosos que la miel.
 Una música tan virgen como el aura de mis montes,
Tan serena como el cielo de sus amplios horizontes,
Tan ingénua como el alma del artista montaraz,
 Tan sonora como el viento de las tardes abribeñas,
Tan suave como el paso de las aguas ribereñas,
Tan tranquila como el curso de las horas de la paz.
 Una música fundida con balidos de corderos,
Con arrullos de palomas y mugidos de terneros,
Con chasquidos de la honda del vaquero silbador.
 Con rodar de regatillos entre peñas y zarzales,
Con zumbidos de cencerros y cantares de zagales.
¡De precoces zagalillos que barruntan ya el amor!
 Una música que dice cómo suenan en los chozos
Las sentencias de los viejos y las risas de los mozos,
Y el silencio de las noches en la inmensa soledad.
 Y el hervir de los calderos en las lumbres pavorosas,
Y el llover de los abismos en las noches tenebrosas,
Y el ladrar de los mastines en la densa oscuridad.

De "Ana María,"

Una alondra feliz del pardo suelo
Fué la primera en presentir el día
Y loca de alegría
Al cielo azul enderezando el vuelo
Contábaselo al campo que aún dormía.
Celosa codorniz madrugadora
Dijo tres veces que la bella aurora
Se avecinaba con amable prisa;
Del lado del Oriente
Vino una fresca misteriosa brisa
Con las alas cargadas de relente,

Y aún en sagrada obscuridad envueltas
Las hojas de los árboles, sonaron
Dulcemente revueltas,
Las mieses ondearon
Y de los senos de la tierra helada
Surgió vivificante,
El húmedo perfume penetrante
Que sólo sabe dar la madrugada.

Antonio Fernández Grilo

De "El invierno,"

No bien tras las montañas asoma su cabeza,
De nieves coronada, de miedo y de tristeza,
Los himnos de la vida suspende la creación.
¡Fatídicos espectros en el espacio flotan;
Laméntanse los aires que la muralla azotan,
El monte es un fantasma, el valle un panteón!
¡Desiertos los caminos, las heredades solas;
Los prados sin la púrpura de agrestes amapolas,
De la apretada nieve con la mortaja están!
¡Los álamos desnudos; sin músicas la sierra;
Parece que ha saltado la mar sobre la tierra
O lo ha arrasado todo la lava de un volcán!
¡Abre el arado surcos en hazas y linderos;
En las cercanas huertas se nutren los criaderos;
El árbol tiembla al golpe del rudo leñador;
Renuévase el viñedo con mano cuidadosa,
Para que en dulce néctar la verde vid pomposa
Convierta de las lluvias el manantial creador!
¡La escarcha tenue borda laderas y collados,
Y buscan los pastores abrigo a los ganados,
En resguardado aprisco burlando el temporal;
La enjuta leña anima las chozas y las casas,
Y el rústico romero quemándose en las brasas
Perfuma con su aroma las noches del hogar!
¡El desgarrado velo de la flotante niebla
Las húmedas cañadas y los espacios puebla,
Que corta a trechos largos el huracán veloz;
Entoldan nubes pardas el lóbrego horizonte,
Y escúchase en el campo gemir de monte en monte
Del cáرابو escondido la solitaria voz!
¡El árbol ya no tiene ni pompa ni follaje,

Ni riza el aura el borde del opulento traje
Que las nacientes hojas tejieronle en Abril;
Las ramas están mustias, los gérmenes dormidos,
Sin hiedra el viejo tronco, sin música los nidos,
Abandonados lechos del pájaro gentil
¡El árbol, el anciano señor de la ribera,
El rey de la montaña, la cúpula severa
Que de frescura y sombra los cármes llenó,
El arpa que pulsaron los céfiros suaves,
El techo de las rosas, la tienda de las aves,
El toldo de la siesta del que a su pie durmió,
Hoy... despojado, inmóvil, al polvo vil sujeto;
Su espectro se levanta cual vívido esqueleto
Que los nudosos brazos retuerce sin cesar:
El céfiro desdeña sus últimas congojas,
No duermen ya los pájaros debajo de sus hojas,
Ni vienen en sus frutas los picos a clavar.

Emilio Ferrari

De "La Musa moderna,"

En medio de las ruinas que a montones
Cubren la tierra desolada y fría,
Despojo de las ondas, convulsiones
De esta angustiosa y trágica agonía;
Dogmas hollados, muertas religiones,
Tronos hundidos, soledad sombría,
De un cielo gris bajo la luz confusa,
Triunfante se alza la moderna musa.

Musa de disección que tierra y cielo
De escudriñar en su avidez no cesa,
Del alma mide el soberano vuelo
Y la ceniza de los héroes pesa;
Que de Isis quiere desgarrar el belo
Que emponzoña la sangre cuando besa,
Y a quien echar en el matraz se ha visto
Del hombre el llanto y el sudor del Cristo.

Sobre esta vieja sociedad asoma
Su amenazante brazo iconoclasta;
Ya es hacha ruda que brutal desploma,
Ya ácido lento que tenaz desgasta.
¡Oh ilusión dulce! mística paloma
De todo amor la compañera casta,
¿En qué árbol ya fabricarás tu nido
Que no vacile por el rayo herido?

Rubén Darío

Sonatina

El jardín puebla el triunfo de los pavos reales.
Parlanchina, la dueña dice cosas banales,
Y, vestido de rojo, piruetea el bufón.
La princesa no ríe, la princesa no siente;
La princesa persigue por el cielo de Oriente
La libélula vaga de una vaga ilusión.
¿Piensa acaso en el príncipe de Golconda o de China
O en el que ha detenido su carroza argentina
Para ver de sus ojos la dulzura de luz?
O en el rey de las Islas de las rosas fragantes,
O en el que es soberano de los claros diamantes,
O en el dueño orgulloso de las perlas de Ormuz?
¡Ay! la pobre princesa de la boca de rosa,
Quiere ser golondrina, quiere ser mariposa,
Tener alas ligeras, bajo el cielo volar,
Ir al sol por la escala luminosa de un rayo,
Saludar a los lirios con los versos de Mayo,
O perderse en el viento sobre el trueno del mar.
Ya no quiere el palacio, ni la rueca de plata,
Ni el halcón encantado, ni el bufón escarlata,
Ni los cisnes unánimes en el lago de azul.
Y están tristes las flores por la flor de la corte;
Los jazmines de Oriente, los nelumbos del Norte,
De Occidente las dalias y las rosas del Sur.

José Santos Chocano

De "Pandereta,"

Madre Andalucía, caja de alegría,
Pandereta heroica de vibrante son:
Es a ti a quien debo, madre Andalucía,
Los desbordamientos de mi fantasía
Y las marejadas de mi corazón.
Río con tu risa, peno con tus penas;
Sangre de tu sangre corre por mis venas,
Que si soy de Lima, tú has estado allá;

Y desde la altura de esa edad remota,
Viene a mi tu sangre, cual si fuese gota
Que por cuatro siglos destilando está.

Amo tus balcones llenos de macetas,
Y las coplas tristes con que tus poetas
Pulsan la guitarra y hacen el amor;
La sospecha muda, la venganza mora,
El galán furtivo, la mujer traidora
Y el puñal desnudo de su matador.

Amo el regocijo de tus zambras locas,
En que los claveles ríen como bocas,
Y el dorado vino baila en el cristal;
Y en que esbelta maja de sensual donaire
Desenrosca un tango... y echa por el aire
Frescos puñaditos de menuda sal.

Francisco Villaespesa

De "El Alcázar de las perlas,"

Por donde quiera que la vista extendiendo
Sólo contemplo ruinas,
Palacios que en las áridas colinas
Se van al sol en polvo deshaciendo,
Y con sus capiteles mutilados,
Sus arcos truncos y columnas rotas,
En la llanura gris medio enterrados.
Resucitan catástrofes remotas
Y evocan, bajo el sol de la mañana,
Las mondas osamentas colosales
De alguna gigantesca caravana
Perdida en los desiertos arenales!

Marcos Zapata

Tierra firme

SONETO

Como busca el piloto diestramente
Defendiendo su nave carcomida,
Un abrigo en la costa apetecida

Donde fijar el ancla el corvo diente,
Así también del mundo en la corriente,
Cansado de los mares de la vida,
Busca en la paz de la mujer querida
Puerto feliz el corazón ardiente.
Dichoso aquel que por bondad del cielo
Encuentra en el regazo de una esposa
El arribo feliz de su ventura,
Playa de amor y de eternal consuelo:
¡Para el bien de la vida, cuán hermosal
¡Para el goce del alma, cuán segura!

José García y Tassara

Del "Himno al sol,"

Álzate ¡oh sol! El ruiseñor del bosque
Tu presencia en los cielos solemniza;
El aura blanda que su pluma riza,
Canta en himnos alegres tu ascensión.

El pino ondeando un gentil plumero,
Se inclina en tu presencia reverente,
Y en su cauce de rocas el torrente
Se despeña clamando: ¡Bendición!

Hasta las ondas de la mar se elevan
Cuando en las cumbres del Oriente rayas;
Y rebotando en las turgentes playas,
Se adelantan gozosas ante tí.

Palpita el orbe. Cielos, tierras, mares
Que en la luz esperada se coronan,
El himno excelso de tu gloria entonan,
Y el hombre siente la creación en sí...

¡Oh, cuán hermoso entre los mundos eres
Con eterna y magnífica hermosura!
La omnipotencia se cifró en tu hechura;
Dios a sí mismo se admiraba en tí.

Corre, corre, ¡alto sol! Ya por los montes
Tu derramada cabellera ondea:
Que yo en tu hermosa plenitud te vea,
Y el rayo sienta de tu lumbre en mí.

Felipe Pérez y González

La levita vieja

—Maestro, me parece
Que esta levita
Unos botones nuevos
Ya necesita,—
Decía al sastre un joven
Que abotonada
Llevaba una levita
bastante usada.
Y el sastre contestóle:
—Dispense, amigo,
Si yo en este momento
Le contradigo;
Pero es más necesario,
Según la lleva,
Echar a los botones
Levita nueva.

Nicomedes Pastor Díaz

De "A la luna,"

Ora cubra cargada, rubicunda
Nube de fuego tu ardorosa frente;
Ora cándida, pura, refulgente,
Deslumbre tu mirar.
Ora sumida en soledad profunda
Te mire el cielo desmayada y yerta,
Como el semblante de una virgen muerta
¡Ah!... que yo vi espirar.
La he visto ¡ay, Dios!... Al sueño en que reposa
Yo le cerré los anublados ojos;
Yo tendí sus angélicos despojos
Sobre el negro ataúd.
Yo sólo oré sobre la yerta losa
Donde no corre ya lágrima alguna.
Báñala al menos tú, pálida luna...
¡Báñala con tu luz!

Tú lo harás... que a los tristes acompañas,
Y al pensador y al infeliz visitas;
Con la inocencia o con la muerte habitas:
El mundo huye de tí.
Antorcha de alegría en las cabañas,
Lámpara solitaria en las ruinas,
El salón del magnate no iluminas,
Pero su tumba... ¡sí!

Eulogio Florentino Sanz

De su "Epístola a Pedro,"

De tierra sobre tierra fabricadas,
Más solemnes quizá, por más sencillas,
Las del santo jardín tumbas aisladas,
Con su césped de flores amarillas
Se elevan... no muy altas... a la altura
Del que lllore, al besarlas, de rodillas.
¡Mas sola allí, sin flores, sin verdura,
Bajo la cruz de hierro se levanta
De un hispano cantor la sepultura!...
Delante de la cruz tuve mi planta...
Y soñé que en su rótulo leía:
¡Nunca duerme entre flores quien las cantal
¡Pobre césped marchito! ¡Quién diría
Que el cantor de las flores en tu seno
Durmiera tan sin flores algún día!
Mas ¡ay del ruiseñor que, en aire ajeno,
Por atmósfera extraña sofocado,
Sobre extraña región cayó en el cieno!
¡Ay del vate infeliz que, amortajado
Con su negro ropón de peregrino,
Yace en su propia tumba desterrado!
Yo, al encontrar su cruz en mi camino,
Como engendra el dolor supersticiones,
Llamé tres veces al cantor divino.
Y de su lira desperté los sonos,
Y turbé los sepulcros murmurando
La más triste canción de sus canciones.

Carlos Fernández Shaw

De "La carreta,"

Por caminos y atajos, la carreta camina,
La carreta recruje, la carreta rechina;
Al andar de los bueyes, tan enormes y lentos,
Sin cesar fatigados, sin cesar soñolientos;
Al gemir de sus tablas, por los malos caminos;
Al girar de sus ruedas, en sus ejes cansinos.
Por atajos muy duros, la carreta rechina,
Con su música tosca, de canción campesina;
Con su música triste; que se queja y que deja
Por el aire una larga vibración de su queja.
Todo va, en la carreta, de su marcha cansado:
Tan rendido el boyero, como el lento ganado;
Lacia y mustia la hierba que, en montañas, se hacina
Sobre el fondo de tablas, que se rinde y rechina;
Mustio y lacio el mozuelo que se tiende y enerva
Recostado en las cimas de los montes de hierba.
Todo va sofocado por la ardiente mañana.
Todo va con pereza, con fatiga... sin gana...;
Sin que nadie se queje de un andar tan reacio;
Sin que nadie se duela de vivir tan despacio.
¿Hacia dónde el boyero, con la vara que rige
Los destinos de todos, la carreta dirige?
¿Es quizá que sus bueyes se adormilan y tardan
Porque en parte ninguna la conocen ni aguardan?
¡Ah, carreta de bueyes bajo el sol!... Se dijera
Que caminas tan poco porque nadie te espera.
Así va por el mundo, tan cansada, la vida,
Cuando el ánimo pobre se rindió dolorida...
Así en horas muy tristes, con el agrio sonido,
Con las notas dolientes de un profundo quejido,
Hoy se arrastra mi verso de indolente poeta...
Con la música triste de la pobre carreta.
Mas ¿qué importa? Mi verso con razón se retarda.
¡Ningún alma, que rime con la suya, le aguarda!

Por las cuestas del monte la carreta camina,
Con su música tosca de canción campesina...
Y allá va por el aire mi canción plañidera,
Hacia un valle ignorado, donde nadie la espera...

Teodoro Llorente

De "A la alondra,"

Calla, importuna alondra vigilante,
Que audaz remontas hasta el sol el vuelo:
No despierte a tu voz mi dulce amante,
Soñando que la llaman desde el cielo.

Leo, al pasar sobre su frente pura,
Los pensamientos de su amor risueños;
Y sorprendo temblando mi ventura,
En las dulces sonrisas de sus sueños.

Como cubre la luna blanca gasa,
Vela su frente nube pasajera;
Lenta a mis ojos y apacible pasa;
E interna luz su rostro reverbera.

El mudo labio, que entreabrirse quiere,
Deja escapar murmurador gemido,
Y en él confuso y palpitante muere
Mi nombre, una y cien veces repetido.

En un suspiro de amoroso fuego
Por fin el tierno corazón estalla,
Y su labio feliz sonríe luego...
¡Cállate, alondra vigilante, calla!



ÍNDICE POR ORDEN DE AUTORES

Páginas

Máximas y pensamientos de varios autores	5
--	---

COMPOSICIONES EN PROSA

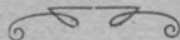
Alfonso X, el Sabio	28
Pedro López de Ayala	30
Infante D. Juan Manuel	30
Bachiller Alfonso de la Torre	32
Rodrigo de Cota y Fernando de Rojas	33
Vicente Espinel	34
Fernán Pérez de Oliva	34
Fray Luis de Granada	35
Luis Vélez de Guevara	36
Jorje de Montemayor	36
Santa Teresa de Jesús	37
El P. Pedro de Ribadeneyra	38
El P. Luis de la Palma	39
Fray Luis de León	40
Fray Juan de los Angeles	41
Fray Pedro Malón de Chaide	42
Diego Hurtado de Mendoza	43
Diego Enriquez del Castillo	44
Hernando del Pulgar	45
Florián de Ocampo	46
Pedro Antonio de Alarcón	47
P. Juan de Mariana	47
Francisco de Quevedo y Villegas	48
Diego de Saavedra Fajardo	49
Francisco de Moncada	50
Francisco Manuel de Melo	50
Antonio de Solís y Rivadeneyra	51
Miguel de Cervantes y Saavedra	52
P. Fray Benito Jerónimo Feijóo	58
Gaspar Melchor de Jovellanos	59
Leandro Fernández de Moratín	60
Juan Donoso Cortés	61
Antonio Alcalá Galiano	62
Juan Meléndez Valdés	63
José María Queipo de Llano	64
Antonio Ferrer del Río	65
Ramón de Mesonero Romanos	65
Mariano José de Larra	66
Cecilia Bohl de Faber	68
Juan Valera	69
José María de Pereda	70
José Ortega Munilla	71
Jacinto Benavente	72

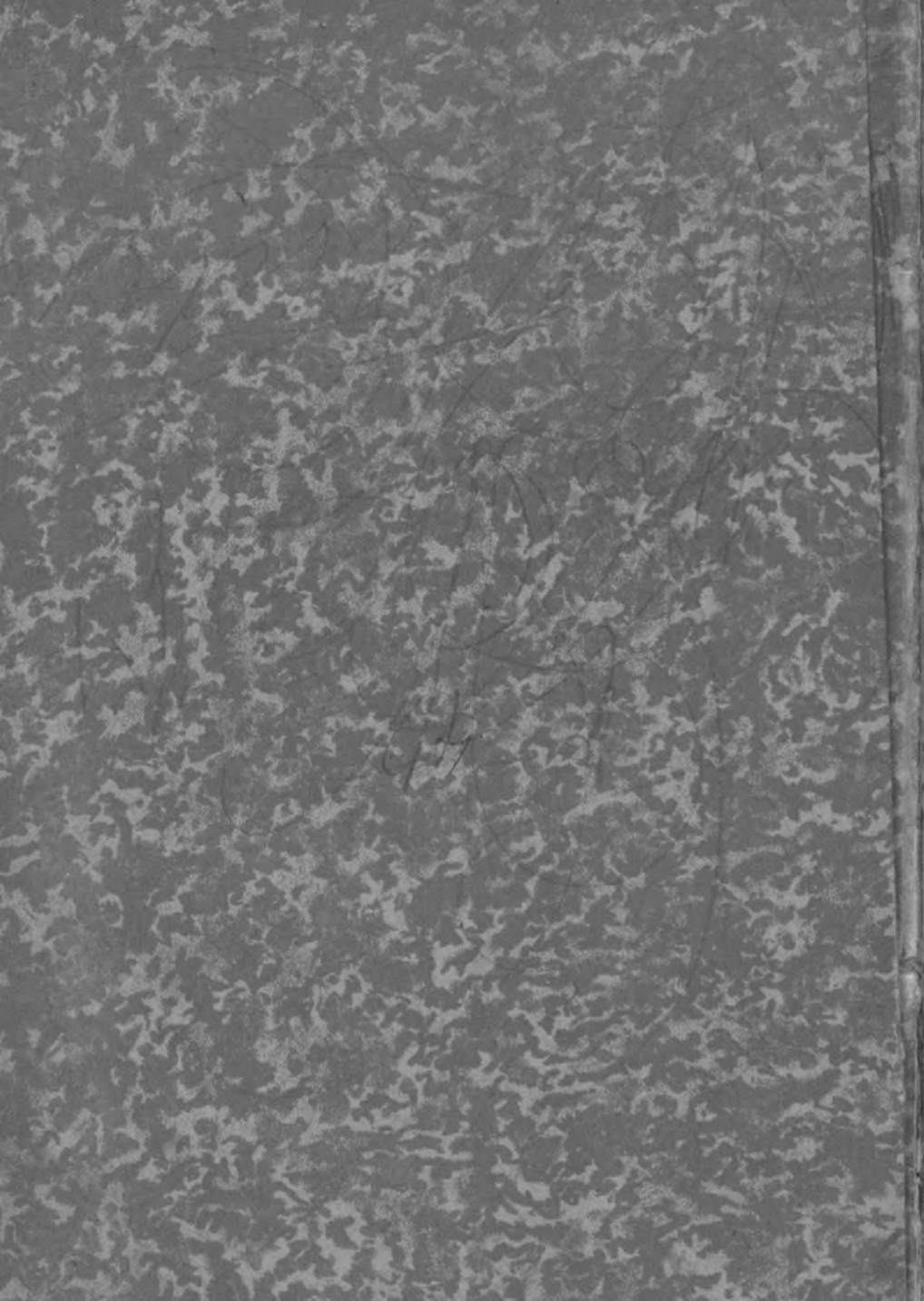
José Echegaray	72
Gregorio Martínez Sierra	73
Serafín y Joaquín Álvarez Quintero	74
Joaquín Dicenta	74
Manuel Linares Rivas	75
Benito Pérez Galdós	76

COMPOSICIONES EN VERSO

Del «Poema del Myo Cid»	77
Poema de las «Moedades del Cid»	77
Gonzalo de Berceo	78
Juan Alfonso de Baena	80
Juan Rodríguez del Padrón	81
Fernán Pérez de Guzmán	81
Iñigo López de Mendoza	82
Juan de Dueñas	83
Juan de Mena	84
Jorje Manrique	84
Garcilaso de la Vega	85
Luis Martín	87
Gaspar Gil Polo	88
Gutiérrez de Cetina	89
Francisco de la Torre	89
Bernando de Herrera	90
Baltasar de Alcázar	91
Alonso de Ercilla y Zúñiga	92
Bernardo de Balbuena	93
Luis de Góngora y Argote	94
Bartolomé Leonardo de Argensola	94
Lupercio Leonardo de Argensola	95
Fray Luis de León	96
San Juan de la Cruz	97
Santa Teresa de Jesús	98
Fray Félix Lope de Vega Carpio	98
Juan Ruiz de Alarcón	102
Juan de Argüjío	103
Juan Nicasio Gallego	104
Manuel José Quintana	106
Rodrigo Caro	106
Francisco de Rioja	108
Andrés Fernández de Andrade	109
P. Juan Arolas	109
Francisco de Quevedo y Villegas	110
Juan de Jáuregui	112
Esteban Manuel de Villegas	113
Sor Juana Inés de la Cruz	115
Francisco de Borja	116
Antonio Mira de Mescua	117
Fray Diego de Hojeda	117
Pablo de Céspedes y Meneses	118
José de Villaviciosa	119
Francisco Martínez de la Rosa	119
Angel de Saavedra	120
Francisco de Rojas y Zorrilla	121
Fray Gabriel Téllez	123
Pedro Calderón de la Barca	125

Manuel Bretón de los Herreros	127
Juan Eugenio Hartzembusch	128
Adelardo López de Ayala	130
Ramón de la Cruz Cano	131
Nicolás Fernández de Moratín	132
Juan Meléndez Valdés	133
Ventura Ruiz Aguilera	133
José Selgas y Carrasco	134
Ramón de Campoamor	134
José Zorrilla	137
José Espronceda	138
Alberto Lista	140
Juan Nicasio Gallego	141
Gertrudis Gómez de Avellaneda	141
Gustavo Adolfo Becquer	142
Rosalía de Castro	143
Eusebio Blasco	143
José de Velilla	144
José A. Cavestany	145
Manuel del Palacio	146
Eugenio Sellés	147
Gaspar Núñez de Arce	147
Federico Balart	149
José María Gabriel y Galán	150
Antonio Fernández Grilo	151
Emilio Ferrari	152
Rubén Darío	153
José Santos Chocano	153
Francisco Villaespesa	154
Marcos Zapata	154
José García y Tassara	155
Felipe Pérez y González	156
Nicomedes Pastor Díaz	156
Eulogio Florentino Sanz	157
Carlos Fernández Shaw	158
Teodoro Llorente	159





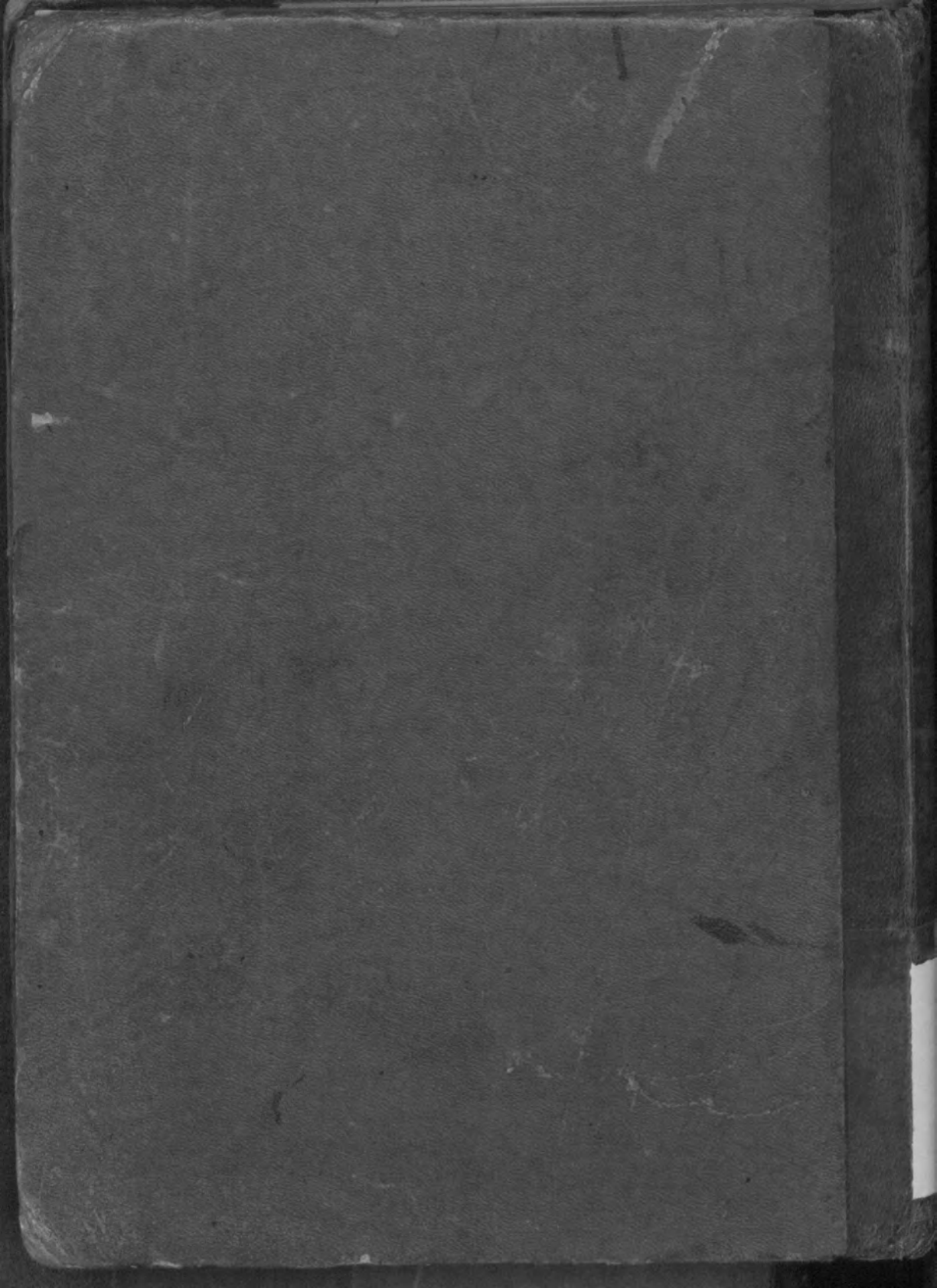
Handwritten text, possibly a signature or name, at the top of the page.

Handwritten text, possibly initials or a name, in the middle right section.

Handwritten text, possibly a name or address, in the lower right section.

Handwritten text, possibly a name or address, at the bottom right.

Small handwritten marks or characters on the left side.



G 59049

18708